

# **LOS CUENTOS DE MORO**

**Luis Fernando Moro**

## ÍNDICE

- 1- LA PORTADA
- 2- AÍDA
- 3- BETARRAGA
- 4- LOS INSOPORTABLES SE LEVANTAN TEMPRANO
- 5- EL SEÑOR RIQUELME
- 6- MI UP
- 7- FAMILIA EXTENDIDA
- 8- TEJIDO DE AFECTOS
- 9- SENOGRAFÍA
- 10- AÑO HISTÓRICO
- 11- SOL BRILLANTE
- 12- LAS ANTENAS
- 13- LA REVOLUCIÓN
- 14- PIANISTA Y TORERO
- 15- DOÑA PERPETUA
- 16- RUBIROSA
- 17- STANNO TUTTI BENE
- 18- MR.& MRS. PEW
- 19- SICOLOGÍA APLICADA
- 20- LA RUEDA
- 21- CROACIA
- 22- POST VIRUS

## LA PORTADA

Jamás pensé que escribiría un libro. Ahora que lo terminé, tenía que pensar cómo se llamaría. Le di varias vueltas y llegué a la conclusión que lo que más me gustaba era ponerle lo que en realidad había adentro, básicamente puros cuentos. Le puse sencillamente LOS CUENTOS DE MORO. Puede ser medio fome el título, pero sentí que cualquier otra cosa era pretenciosa. Se viene lo más difícil, diseñar la portada. Mal que mal yo soy diseñador, me cuesta dejar que otro le meta mano. Entonces se me vino otro cuento a la cabeza, perfecto para la portada !

Don Sergio Larraín era un gran personaje muy amigo de mis viejos, inclusive era el padrino de mi hermano Felipe. Un día le contó a mi madre que su hijo Queco -como le decían-, quería dedicarse a la fotografía y le comentó que sería un gesto bonito que mis viejos lo contrataran para sacarle fotos a su ahijado, quien por esos años era una guagua.

Así fue como, una tarde, cuando llegué del colegio aún en uniforme, vi que en la terraza tenían a Felipe acostado sobre un gigante cojín blanco medio disfrazado como de angelito, y un señor le sacaba montones de fotos. Me quedé un rato sentado mirando este espectáculo, y no me di cuenta que, en medio de la sesión fotográfica, Queco me había sacado una foto a mí también.

Al poco tiempo llegaron las fotos y entre medio venía de yapa la que me había tomado. Me la regalaron de recuerdo. Acto seguido, corrí a pegarla con engrudo en mi álbum personal, el que aún guardo.

Muchos años después caché que el que me había sacado la foto era nada menos que Sergio Larraín, gran fotógrafo a nivel mundial.

Para entonces -cuando descubrí quién era el autor de mi retrato-, me las estaba dando de artista y había decidido hacer un collage. Lo único que tenía claro era que tenía que haber un desnudo importante. Busqué dentro de los desnudos clásicos, pasando por Rubens, pero sus mujeres eran como gorditas de más. Vi también la muy famosa obra de Ingres, pero figuraba muy de espalda. Finalmente di con la Venus de Tiziano. La encontré sensual, desnuda entera, con esa pose entre angelical y provocativa. Fui a buscar a mi amiga Rosita Velazco, que vive al frente de mi departamento quien es artista y fotógrafa. Le mostré la pintura que pensaba intervenir. Le tincó mi idea y de

inmediato pasó a ser pieza clave en mi locura para ayudarme con lo del montaje. Yo no le pego mucho al Photoshop!

Ahora tocaba empezar a intervenir la pintura para crear mi “propia obra”. Lo primero que hice fue borrar del cuadro original todo lo religioso y colocar la Venus al revés, al costado izquierdo. Luego le saqué unos cojines donde estaba apoyada, bajé a la bodega para sacarle una foto a un baúl de Louis Vuitton que era de mi abuela. Le saqué la foto y, con mucho esfuerzo y ayuda de Rosita, la metimos en el collage en desarrollo: Ahora la Venus, en vez de un cojín, tenía un baúl...nada mal.

Hecho eso, tenía que encontrar algo para acompañar a mi Venus: fue ahí donde me iluminé y me acordé de aquella foto del Queco pegada en mi álbum. Hice como un ensayo pegoteándola entre medio. La verdad es que se veía increíble. La Venus en pelota y yo con el uniforme del Verbo Divino, ambos frente a frente. Después le borré un perro faldero que tenía la pintura original y quedamos los dos solos. Me acuerdo perfecto del ensayo de este montaje, escuchando a la María Bethania a todo dar, tomándome un tinto y sintiéndome cual Picasso.

La idea era imprimirla en grande y ponerla en un bastidor como de dos metros de largo para ubicarla en mi departamento. Fue exactamente lo que hice, pero aún seguí retocando mi obra. Decidí pintarla. Partí por el cuerpo, el que dejé en color como bronceado y no pinté las pechugas. El resultado era como si viniera llegando de tomar sol en topless.

Pero era mucho... se veía estúpido. Por suerte había usado acuarela, le borré el bronceado y, en cambio, pinté los cojines y la sábana de abajo. Y así quedó, sin darme cuenta en ese momento, el efecto visual era la Venus y yo mirando a los ojos del observador.

Hoy, si vas a mi casa, puedes ver cómo mi Venus y yo te miramos fijamente .

## A Í D A

Hace un montón de años, un sábado después de almuerzo, recibí un llamado de mi querido amigo Emilio Sanfuentes, un tipo genial, brillante, culto y con gran sentido del humor. Me dijo: “Ponte corbata y te paso a buscar a las seis para ir al Municipal, mi mujer no puede ir”.

¡Qué me han dicho! Era el mejor panorama, no tanto por el Municipal - ni siquiera sabía qué íbamos a ver -, sino porque salir con Emilio ya valía la pena. En el camino me contó que íbamos a ver una ópera. Era la primera vez que yo iba a ver una.

Fue una rica experiencia, un espectáculo de gran estética. Y la música también me gustó. No recuerdo que ópera fue, pero sí me acuerdo que después fuimos a comer al Da Carla. Acompañados por una botella de vino de más y los besos cariñosos de la dueña, conversamos por un largo rato.

Emilio me trataba de convencer de que, además de diseñar muebles o casas, tenía que hacer algo grande, que trascendiera, que fuera el principio de un nuevo desafío: “Diséñate una ópera” me dijo. Y recuerdo que me cagué de la risa. “¡Estás loco! yo no sé nada de ópera. “Esta me gustó, en parte, porque fuimos juntos y porque era la primera vez”, le respondí. Mi amigo no cedió: “Mira, voy a averiguar qué funciones vienen para la próxima temporada, te ayudo para que las entiendas y te largas”. Me ofrecía una especie de sociedad intelectual muy excitante.

No sé si fue por el vino que nos tomamos esa noche o qué, pero salí tan entusiasmado que al llegar de vuelta a mi casa le dije a mi señora: “¡Voy a diseñar una ópera!”

Mientras, seguí viendo a mi amigo Emilio. En uno de nuestros encuentros decidimos, con otros amigos, ir a un viaje que pintaba para ser un hit: era viajar en barco al sur de Chile recorriendo fiordos y pescando.

Al final yo no pude ir, estaba muy atrasado en el proyecto del desarrollo de la discoteca Gente y comprometido a inaugurarla en pocos meses más. Emilio, su hijo y el resto del lote partieron felices a esta gran aventura, yo me quedé picado, por haberme perdido flor de panorama.

Si cuento esto es porque me cuesta y duele acordarme de lo que pasó en ese viaje. Hasta el día de hoy se me aprieta el pecho casi hasta las lágrimas. El bote en que pescaban se dio vuelta en un río y se ahogaron Emilio y Mario Lecaros, otro gran amigo. Fue desgarrador, no encontraron sus cadáveres hasta muchos días después, los que fueron eternos y demoledores, mientras todas sus familias y amigos estábamos en vilo.

Esta es una de las grandes penas en mi vida. Las descripciones eran tremendas y devastadoras. Los detalles relatados por los sobrevivientes eran la peor pesadilla.

Se fue uno de esos amigos que, pese al paso del tiempo no se olvidan. No solo se me fue mi gran amigo, se esfumó también mi socio de los sueños de óperas, de ilusiones compartidas, de vivencias imaginarias.

Pero, como sucede en la vida, yo seguí trabajando, dibujando muebles, aconsejando qué sofá poner aquí o allá, sugiriendo colores, ambientando casas y oficinas.

Así estaban las cosas cuando un viernes, Marcial, un gran dibujante que yo compartía con José Domingo Peñafiel, entró radiante a mi oficina. El motivo de su alegría era que con José Domingo se habían ganado la propuesta para diseñar la escenografía de la ópera Aída.

Yo me quise morir. Fue un balde de agua helada. Se me vino a la cabeza mi noche en el Da Carla con Emilio. Me sentí abatido, casi desesperado, no podía creer lo que estaba escuchando. Lo encontraba injusto y me sentí un imbécil.

Llamé en el acto a José Domingo para felicitarlo y rogarle que me dejara trabajar “de goma” con él en este proyecto. Pese a que le expliqué lo de las charlas con Emilio, no era posible. Ya tenía todo hecho. Pero me sugirió que me presentara a la propuesta - que aún estaba abierta - para diseñar el vestuario, lo que me pareció de locos.

De todas formas, ese fin de semana no pude pensar en nada más, hasta que el lunes partí al teatro y retiré las bases de la licitación para el vestuario y la utilería.

Yo soy un poco obsesivo, como también un poco loco, característica que no me ofende, por lo que no paré de pensar y hablar del tema. En esa época no

había internet, Google no existía ni en la mente de Bill Gates, quien debe haber estado aún en el colegio. Estaba perdido, no tenía la menor idea por dónde empezar.

En un cóctel, yo había conocido a la señora de Butros Butros-Ghali, el embajador de Egipto en Chile. Me acuerdo de ella porque era igual a Sofía Loren. Conversamos un rato. Era mi época de mucha vida social, por lo que volví a encontrármela, no me acuerdo donde, pero conversamos un buen rato. No la volví a ver porque, al poco tiempo, se fueron a la embajada en España. Después, a él lo nombraron Secretario General de las Naciones Unidas.

En mi obsesión por sacar adelante el proyecto de Aída, y como no podía encontrar información gráfica de la ópera, había decidido partir a Egipto, donde en los años '20 se había estrenado. Me las arreglé para conseguir el teléfono de la embajadora en Madrid. Sin dudar, calculé una hora que no fuera imprudente, y después de un saludo un tanto nervioso, le conté mi plan y le pedí que me consiguiera una entrevista con el director de la Ópera en el Cairo. Hoy me acuerdo y me da vergüenza ajena. Tengo que haber estado francamente demente. Lo más increíble es que me la consiguió.

Síntesis: llegué a El Cairo. El teatro se había quemado hacía más de treinta años y no había rastro de la ópera, excepto unas pocas fotos en blanco y negro en estado decrepito. El director del teatro era un empleaducho público venido a menos, con un bigotín más delgado que un cigarrillo y un inglés como el de Omar Sharif, con terno café y sandalias sobre los soquetes. Llevaba el infaltable pelo teñido negro como piano al igual que el bigotín. Por más que le expliqué nunca comprendió mi cuento. Finalmente volví al hotel a tomarme un gin con tónica y casi a llorar.

Insistente yo, partí a París donde, en distintos lugares, encontré imágenes que pude fotocopiar. Volví a Chile con mi tesoro para empezar a armar el puzle.

Tenía poco tiempo para entregar mi propuesta antes de que se venciera el plazo, pero estaba aún en las mismas condiciones de los otros que también habían retirado las bases, entre ellos un conocido diseñador de teatro argentino. Armé un equipo con Marcial entre otros, y trabajamos a veces hasta casi el amanecer, poniendo, me acuerdo, un cassette con la música de Aída a todo volumen para inspirarnos.

Cuando supe que la soprano que interpretaría Aída actuaba en una película que se llamaba Diva, la vi muchas veces. Era una negra con una voz maravillosa y una facha de diosa griega. Creo que llegué a enamorarme de esta actriz: soñaba con ella.

A la vez, me entrevisté con cuanto operático pude en Santiago, mostrándoles los bosquejos que teníamos para obtener comentarios. Volví loca a una amiga que vivía en Nueva York para que me mandara fotocopias de las imágenes que tenía el MET, hasta que finalmente completamos la carpeta y la entregué, un día antes que se venciera el plazo.

Celebramos como locos cuando gané. Me acuerdo que me tomé varios gin con tónica brindando espiritualmente con Emilio: estaba seguro de que él me había ayudado desde arriba.

Ahí comenzó lo lindo. Me presentaron a todo el personal de la sastrería y de los talleres del teatro, cuál de todos más artista que el otro. Me quedaba días enteros ahí dentro, llevando mis dibujos y aprendiendo de cada uno de estos personajes maravillosos y diestros para adaptar lo que había pensado a la realidad del teatro.

Lo más increíble de todo era cuando al llegar me saludaban: “buenos días, maestro”. Yo no cabía en mí. Pensar que apenas salí del colegio a empujones, y ahora estos genios del teatro me decían “maestro”. Años después, cuando trabajé mucho yendo a Ecuador comprando muebles, me decían “ingeniero Moro”. Esta es una vida loca. He tenido la enorme fortuna de haber hecho y gozado haciendo lo que he querido, sin plan alguno. Mis antiguos profesores de los distintos colegios no hubieran creído lo que Moro lograría en la vida.

Volviendo al teatro, me acuerdo que en la sastrería me trataban con una enorme paciencia, explicándome términos que nunca había escuchado, ayudándome a escoger géneros adecuados a las túnicas para Redamés, sacos y cadenas para los esclavos o gazas para el ballet. Lo mismo en los talleres de carpintería, pasaba horas armando tronos y estandartes con las plumas de avestruz de las *vedettes* del Bimbambum, que el teatro había comprado cuando éste último cerró.

Este gran sueño casi se viene al suelo cuando me llamó el Director del teatro, Andrés Rodríguez, para decirme que, desgraciadamente, el teatro pasaba por un momento económico muy delicado, por lo cual no podía seguir con los



gastos que generaba nuestra ópera y que debería usar lo que estaba en bodega de las antiguas Aídas.

Yo que había ido hasta Egipto y ya tenía casi la mitad hecha y el sueño armado, me resistí a aceptar la idea y pedí que me dieran la cantidad de plata que faltaba para terminar, comprometiéndome a conseguirla y devolverla. Si no lo lograba, vendería un Peugeot nuevo que recién me había comprado... pero yo tenía que seguir y terminar mi proyecto.

Me autorizaron después de una muy larga conversación. Ahora mis días eran de teatro y de mendigo, tenía totalmente abandonada mi pobre oficina. Toqué muchas puertas, empezando por la de don Anacleto Angelini, quien era un amor de hombre, y fue muy generoso con su tiempo y con su aporte (con quien comencé una gran amistad que duró hasta su muerte). De ahí, busqué otros banqueros y grandes empresarios, hasta que finalmente conseguí los fondos y seguí con mi sueño.

Acercándose la fecha del ensayo general, llegó a Chile mi Aída. Y digo “mi Aída” porque era parte mía y de mis sueños. Me avisaron que estaba en las oficinas. Subí en un estado mezcla de ansiedad, nervios totales y felicidad, pero cuando la vi tuve un shock: las medidas que había usado para mandar a hacer su vestuario no calzaban mucho con la realidad, ni tampoco era la misma diosa de la película Diva, pero igual era una norteamericana maravillosa, y sobre todo encantadora y sencilla.

Me atreví a preguntarle si quería almorzar. Me dijo que venía bajando del avión y que estaba muerta de hambre. Cruzamos la calle y fuimos al Due Torri. Yo en éxtasis, entre conversa y conversa, le conté que era primera vez que hacía esto y que, en realidad, era mueblista y medio decorador. Fue increíble. Ella no se inmutó y quedamos de vernos al día siguiente para una prueba: “Lo único que yo no hago es salir descalza o en color amarillo” me dijo.

La fui a dejar al Hotel Sheraton, y rajé a comprar más telas a la calle Las Dalias, me acuerdo. Y de ahí partí a la sastrería, a conversar con la Monse, la jefa máxima, con la que a estas alturas ya éramos yunta. Le conté de mi desesperación, de la que ella también era parte: había un vestido semi ajustado que de frentón nuestra Aída no se podía poner. Le mostré los géneros que había comprado, eran varios metros de imitación seda de colores morado, violeta y rosa, para hacerle como ponchos uno encima del otro, los que sobre su piel

negra se verían espectaculares. La Monse estaba atemorizada, nunca antes había improvisado un traje tres días antes del ensayo general.

Esa noche casi no dormí. Al día siguiente la pasé a buscar al hotel y le adelanté un poco lo que se aproximaba: ella tenía una confianza ciega en mí, como si yo fuera Balenciaga. Al rato, ella ya estaba en calzones y sostén y yo de rodillas, tijera en mano, cortando en distintos ángulos, después de haber hacerle hoyos a la tela para pasarla por su cabeza. Se veía preciosa, con un gesto amoroso parada frente al espejo, mostrando con una gran sonrisa sus dientes blancos. Hasta aplaudió suave un par de veces.

Como se imaginarán, vivíamos horas de tensión. Ese mismo día, a las seis, era el ensayo general: yo corría como loco entre el vestuario del grupo de ballet, la sastrería, los talleres de muebles, el camarín de mi Aída y los del resto de los actores, ajustando los últimos detalles. Al tenor le incomodaban las botas con tacones disimulados para que se viera más alto. A Redamés le molestaba su gran corona y Amneris se quejaba de todo.

Finalmente, sentado en la platea y sumido en un silencio profundo y expectante, junto al grupo de personas con las que habíamos trabajado codo a codo por meses, oí como el maestro Izquierdo y sus músicos afinaban los instrumentos.

Se abrieron las cortinas, se encendieron las luces del escenario. Todo brillaba con un esplendor nunca visto hasta entonces, y yo con piel de gallina. Mi emoción era total. La orquesta invadía la sala con los primeros acordes ¡Empieza la función!

La escenografía de José Domingo se veía increíble: nos miramos con cara de niños frente al Viejo Pascuero, yo le hice una seña con el pulgar en alto...El escenario se iba llenando, había literalmente cientos de personas en escena. Los sacerdotes se veían omnipotentes, las voces invadían la totalidad del teatro vacío ¡Qué maravilla!

Al término del ensayo todos aplaudimos emocionados. Yo tenía una sensación parecida a la que sentí cuando, en la sala de partos, vi nacer a mi primer hija sana y salva.

Así transcurrieron los días, ajustando detalles, hasta la primera función oficial, donde se abrieron las puertas y el teatro empezó a llenarse desde la platea hasta la última silla de la galería. Las lámparas de lágrimas parecían de

cristal puro, los asistentes deambulaban muy elegantes. Yo, vestido con mi traje gris oscuro, unos zapatos que lucían como de charol y con mi corbata azul profundo, me paseaba nervioso e inflado como pavo real, saludando por doquier.

Durante la función estuve tras bambalinas, apoyando los cambios entre acto y acto, retocando detalles, improvisando soluciones para percances inesperados y, extrañamente, dando aliento a quienes los nervios invadían. Tanto así que, en la tercera función, llegué en el intermedio al camarín de mi Aída, como solía hacerlo, y me la encuentro al borde de las lágrimas diciéndome que no podía volver a escena, que estaba paralizada por un ataque de pánico. Traté de calmarla poniéndole una toalla húmeda en el cuello, y volé a los salones en búsqueda del pediatra de mis hijos, al que había visto llegar. Lo tomé del brazo y lo llevé a toda velocidad al camarín, explicándole la seriedad de su misión mientras corríamos por los pasillos.

Teníamos apenas unos minutos antes del llamado a escena. Él, con muy buen manejo, le hizo unos masajes en el cuello, mientras con voz baja y cual gurú tibetano le transmitía mucha paz. Y yo, de rodillas frente a ella, le hacía cariño en sus heladas manos. Finalmente se recuperó y volvió a escena. Mientras todo esto sucedía, yo, que sólo era el diseñador del vestuario, sentía que se me iba la vida en esto, como me pasa con todas las cosas que asumo.

Al término de la última función, y como de costumbre al cierre de la última cortina, salí frente al público haciendo una venia, agradeciendo los generosos aplausos.

Pasaron días y meses y yo estaba como atontado...echaba de menos...

Volví a tener noticias de “mi Aída” después de un año y tanto: un amigo se encontró con ella en un avión, donde salió el tema de su presentación en Chile. Así fue como supe que ella había halagado mi trabajo y valoraba nuestra rica y breve amistad: en el avión me escribió una carta maravillosa donde decía que jamás olvidaría nuestra relación.

## BETARRAGA

Hoy recibí un cariñoso whatsApp de una querida amiga en el que me decía que, al escuchar una canción brasilera que habíamos oído muchas veces juntos, se acordó de mí.

Es una amiga de la infancia, alta y guapa, con grandes dientes dirigidos un poco hacia adelante, como los míos, por lo nunca nos dimos un beso por temor a que sonara como el choque de copas en un brindis.

Eran tiempos de colegio y comienzos de la madurez, a la que no sé si llegué cien por ciento, lo que de alguna manera me encanta. Debo confesar que la madurez total, para mí es la pérdida de la niñez, de la risa loca y de tantas cosas que no quiero perder nunca... La niñez prolongada te da licencia para vivir intensamente. Así, siendo a veces considerado un poco loco por algunos, me siento premiado con una energía vital que me es indispensable para gozar tanto el amor como la vida en general. Esta amiga de toda la vida forma parte de mis afectos profundos, mezclados con el humor.

A propósito de risas, me estoy acordando ahora mismo de Juan Carlos, mi querido amigo, que con cáncer y la vida cuesta arriba, cuando estaba a punto de partir, decía: “cuando sea grande, voy a dejar de fumar”, con un sentido del humor y un desparpajo envidiables, que nunca abandonó.

Los maduros totales en general son graves de más, al igual que los súper inteligentes: suelen ser medios avasalladores e incluso egoístas de tanto competir para ser los mejores en todo. La mediocridad es de los lesos. El ideal es ser un poco vivo, contar con mucho humor y ganas de querer gozar la vida con todo.

Me he dado cuenta que los lateros tienen varias características en común: en general son autorreferentes y de cuento largo. De nuevo citando amigos geniales, me acuerdo de Diego José Fontecilla, que decía: “se cacha al tiro a los lateros cuando describen un almuerzo; dicen había platos de todos colores, había azules, rojos, morados, amarillos, naranjas, verdes, celestes, blancos...”

No sé muy bien si lo que acabo de escribir viene o no mucho al caso, pero el asunto es que la existencia está llena de vivencias y recuerdos de lo más curiosos. Y, por otro lado, parece que hay cosas de verdadera importancia que se pierden en la nebulosa de la memoria. Según dicen, uno solo se acuerda de las cosas que emocionan.

Durante los primeros años que viví en Washington, la mayoría de mis amigas eran más propicias a regalar besos y trasnoches que gestos refinados. Cuando hablaba con mi viejo, me insistía para que fuera a ver unos amigos suyos, que tenían una hija de mi edad aparentemente encantadora y muy bonita.

Una mañana, en la que desperté con una chica durmiendo profundamente a mi lado, inundando mi cara y la almohada con unos pelos negros, eternos de largos, decidí llamar a los amigos de mi padre.

Encantados con mi llamado, me convidaron a comer a su casa. Yo, para asegurarme de cómo venía la cosa, el día antes pasé frente a la casa y me di cuenta de que debía usar la única chaqueta elegante que tenía y el clásico pantalón gris. Planché mi mejor camisa y partí.

Al tocar el timbre me abrió la puerta un mayordomo negro, alto, con mucho mejor facha que yo, vestido como para recibir una condecoración. Ya en el *living*, aparecieron estos señores amigos de mi padre también elegantísimos. Ambos eran muy refinados.

La hija estaba en la universidad. Me mostraron sus fotos en marcos de plata: era igual a la Jackie Kennedy.

Pasamos al comedor y me sentaron a la derecha de la dueña de casa, y frente a mí, su marido. La mesa era enorme, con catorce sillas, y el centro de mesa era unos candelabros de plata como de Versalles. Para horror mío, frente a mi colocaron un caldero de plata con Borsh, la clásica sopa fría de betarraga decorada con crema ácida. Es lo único que no como en la vida. “Espero que te guste”, me dijo ella, quizás sabiendo lo que yo pensaba al ver mis ojos, que se deben haber querido saltar de las órbitas: “Me encanta la betarraga”, respondí con entusiasmo después de la primera cucharada.

Los muchos años que mis viejos invirtieron en enseñarme buenos modales ahí fueron puestos a prueba de modo magistral. Al despedirnos, ella -

en forma excepcional para una anglosajona- me dio un beso, con la promesa de volver a vernos cuando la hija volviera a casa.

Un tiempo después volví, ya saludando al mayordomo como si fuera de la casa, como un latino canchero: Sandra, la hija, estaba ahí. La saludé con dos besos. La verdad es que era guapa en serio, alta y muy flaca. Y me gustó. La convidé a ver Doctor Zhivago, recién estrenada, y después a tomarnos unos tragos a Clyde's, el bar de moda. Todo bien.

Al poco tiempo, Sandra ya conocía mi departamento y a uno de mis convivientes, Juan Carlos, mi casi hermano. Para nuestra sorpresa, a ambos nos llegó una invitación para una recepción en un club elegantísimo, que yo obviamente solo conocía por fuera. Decía: “Tenida formal, *smoking* obligatorio.”

Pasamos a buscar a Sandra, que vestida de largo y escotada, estaba de película. Subimos las escalas del club rodeados de celebridades, y ya en el salón, nos mezclamos con sus amistades, a las que ella nos presentaba, orgullosa de contar con estos nuevos amigos, ambos bien pintados.

Debo mencionar que antes de partir a USA, mi viejo me había regalado su elegantísimo *smoking*, además de la camisa de seda apropiada. Todo ello con una corbata humita que aprendí a anudar, no como esas que vienen para el cuello, lo que Sandra valoró de inmediato.

Después de muchos saludos, de caras nuevas y presentaciones, ofrecí traerle un trago a mi nueva amiga: “Champagne, please”, respondió, al igual que otra niña que en ese momento estaba con nosotros. Juan Carlos y yo partimos raudos al bar. Mientras esperábamos los tragos, un señor alto y muy simpático que nos oyó hablar en español, nos preguntó con real interés: “¿De dónde son ustedes?” Al unísono contestamos: “De Chile”. Él, con cara de asombro y casi con cariño, nos contó que sabía mucho de Chile, ya que había sido director de la Cruz Roja Internacional durante el terremoto. Como dice Rubén Blades en una canción: “sorpresas te da la vida”, no había pasado un minuto, cuando se acercó una niña llena de sonrisas saludando a quien resultó ser su papá, y él cariñosamente le dijo: “Acabo de conocer a estos encantadores muchachos, son chilenos”. “Ah... ¡qué increíble!, qué hacen en Washington ?, nos preguntó ella, mientras se presentaba, nos dijo llamarse Belinda. Le contesté: “Trabajamos, y de vez en cuando jugamos polo...”. Obviamente, lo más cerca del polo que estuvimos era cuando compartíamos tiempo con

nuestros amigos mejicanos, hijos de ricachones, que jugaban en una cancha en las afueras de la ciudad: Nosotros jamás jugamos...

Sandra al poco tiempo volvió a la universidad y nunca supe más de ella, Belinda pasó a ser mi gran compañía durante el resto de mi estadía en Washington, donde finalmente nos casamos, después nos vinimos a vivir al país de los terremotos donde tuvimos 4 hijos maravillosos.

## **LOS INSOPORTABLES SE LEVANTAN TEMPRANO**

No falta el típico hueón que empieza tocando la bocina tempranito en la mañana. Ese que la toca si uno se demora quince segundos cuando dan la luz verde. Ese que, cuando alguien pasa cerca, le da con la bocina, y peor: ese que se cree juez de policía local, y que, estando parado en la otra esquina, si uno pasa con luz amarilla, te llama la atención con cara de histérico, tocando sin parar la bocina.

En general, ese tipo es el mismo que, haciéndose el loco, trata de meterse en la cola, aunque los otros lleven horas esperando, es el que alega en el supermercado cuando las paltas están todas duras porque él se las quiere comer al tiro. Ese personaje es el que lleva el estandarte de “los insoportables”. No es que sea odioso. Es insoportable. El vecino ya no lo saluda, y hasta el perro de su casa le muestra los colmillos con los pelos erizados por todas las veces que lo ha pateado.

¿Por qué será que hay tipos así? Los bondadosos lo definen como “ese pobre infeliz”, y de alguna manera hay algo de eso en el insoportable: ese tipo no lo puede pasar bien, no puede tener una vida feliz, está todo el día alegando contra el mundo, hasta contra su propia existencia.

Entre otras características, el insoportable se considera víctima de los que lo rodean: nosotros, los que pasamos con luz amarilla, le hacemos la vida imposible. ¡Y cómo no va a estar molesto, si no lo dejan meterse en medio de la cola! Para el insoportable la vida es injusta.

Lo increíble es que esta especie se da mayoritariamente en el sexo masculino.

Las mujeres parecen ser distintas. Cuando en el desayuno, al marido se le cae la cuchara al suelo, ella no le dice nada. Solo lo mira subiendo las cejas, como diciendo “es tercera vez que se te cae...”

Saliendo de la casa para llevar a su mujer al trabajo, el marido saca el auto y por esquivar a un ciclista pasa a llevar el auto con la reja. La señora que va de copiloto, le dice con tono irónico:

“Lo podrías haber matado. Mira cómo dejaste el auto, a mi déjame aquí. Yo me tomo un taxi”.

Ella es perfectamente normal, muy feliz y sensata. Lo que pasa es que los hombres son insoportables.



## EL SR. RIQUELME

Lunes 9.30 a.m. el profesor se presenta: “Mi nombre es Raúl Riquelme y seré su nuevo profesor de historia”. Acto seguido abre el libro de clases y empieza a pasar la lista de los treinta y dos alumnos que tiene este curso.

“Aldunate”, “Presente, señor”. “Álvarez”, “Presente, señor”. “Bustos”, “Presente, señor”. “Cortez”, “Presente, señor”. Y así, sigue llamando por su apellido a cada uno de los alumnos, los que no están muy callados que digamos. Hasta que llega a Molina, quien le responde medio en chacotilla “presentiii ...”. Riquelme lo mira fijo a los ojos y le dice con voz clara, sin cambiar el tono: “Salga inmediatamente de la clase y me espera en la rectoría”.

Nunca nadie más agarró pal hueveo al viejo de historia.

Esta creo que fue la mejor enseñanza de toda mi vida: cuando uno aguanta que lo pasen por arriba está jodido. Después será casi imposible cambiar el rumbo de las cosas.

Esto pasa en todo orden de cosas: en política, en los negocios, en el amor, en todo.

Cuando oigo conversaciones en las que alguien dice “es que me pasan a llevar...”, me acuerdo al tiro del viejo Riquelme.

En todos los colegios hay alumnos a los que se califica como líderes negativos. Son los que, cuando ven a un profe medio buena persona de más, o medio inseguro, se lo meten al bolsillo para la vida. ¡Y para qué decir lo que le pasa al pobre guatoncito de la clase! Ese que siempre llega último en las carreras, ese será material pal hueveo permanente.

Ya sea en el colegio como en todos los ámbitos de la vida, hay que tener presente la enseñanza del señor Riquelme, saber dónde poner límites a nuestra intimidad, dónde poner los límites de la tolerancia. Nuestras libertades son sagradas.

Soy un convencido de que es indispensable revisar sin arrogancia, más bien con mucha humildad, el camino recorrido. No hay duda de que somos

permanentes aprendices en el camino de la vida, manejando los complicados hilos de la coexistencia.

Estos meses de encierro, en que la vida nos obligó a estar reclusos en nuestra propia existencia, a mí me han regalado tiempo para repasar el camino recorrido con realismo. Esta vez sin mentirme a mí mismo, como seguramente lo he hecho muchas veces, para mi auto defensa o para no reconocer errores cometidos. Los mismos personajes que se reían del guatoncito de la clase después crecen y en la vida también son los que tienden a buscar situaciones para traspasar los límites de aquellos que no delimitan con claridad sus vidas.

Hay personas que tienen esa tendencia de pasar a llevar a los demás, la tendencia a no reconocer límites. Son los que creen en la ley del gallinero, los que creen que el de arriba caga al de más abajo, y que el más fuerte caga al más débil. Esos ya no encajan en la realidad de la sociedad actual, donde el mundo de hoy castiga con fuerza al poderoso, en el amplio sentido de la palabra.

El nuevo mundo, al que todos aspiramos, es aquel de las igualdades de vida, donde, en teoría, no debemos andar protegiéndonos del abusador, del violador, del que se aprovecha de las debilidades del que tiene al lado. Esos personajes ya no son valorados. Pese a todo, ahí están.

Estamos viviendo tiempos de mucha odiosidad. El mundo se ha puesto insolente, el tuitero traspasa los límites de la intimidad, el extremista se ha vuelto intolerable, el comunista perdió el norte, al igual que el facho: hoy todo se debe expresar al instante, sin reflexión. Los “likes” crean líderes de humo, los más gritones son los que tienen tribuna, las leyes se pasan, no por lo buenas que puedan ser, sino por el efecto inmediato en la masa.

Todo esto pasa frente a nuestras narices. Al menos a mí el elástico de la tolerancia se me está venciendo... y lo peor es que es ahora, en la mitad de este estado tempestuoso, estamos obligados a escoger nuevos líderes como también rediseñar el guión para definir nuestro futuro y el de nuestros hijos.

Yo quiero votar por el señor Riquelme.

## MI UP

Voy a hacer la historia corta. La mayoría de las personas que viven hoy no habían nacido o eran niños en tiempos de la Unidad Popular, y creo que tienen historias desfiguradas de ese período. Unos piensan que Allende fue un héroe, yo creo que ha sido el peor Gobierno en toda la historia de Chile. Para poner un ejemplo que todos conocen, estábamos igualito a lo que es Venezuela hoy. La vida era un caos en todo sentido, y lo peor era que cada día la situación empeoraba. De trabajar ni hablar, no había ni clavos.

En mi opinión, la meta del compañero Allende era convertirnos en un país socialista con sabor a empanada y vino tinto, lo que estaba muy lejos de lo que yo quería para mi vida y para mi país. Con mi temperamento, no estoy hecho para ser un espectador en la vida.

Decidí tomar parte en la acción, metiéndome de lleno en lo que el futuro me deparara. Un día fui a una concentración de Patria y Libertad en el Teatro Normandie, y a la salida me acerqué a T., (Omitiré los nombres por razones obvias ) a quien conocía, y solo le dije: “me quiero unir”.

Me mandó a una sede en Providencia donde debía hablar con su prima, H., que era coordinadora de la propaganda del movimiento. Lo primero que ella me preguntó fue si tenía auto. Le respondí que contaba con un Fiat 600, que estaba estacionado afuera. En menos de diez minutos ya le habían instalado al auto una parrilla con un parlante amarrado sobre ella y, sentado a mi lado, un flaco con anteojos que me pareció un tipo bastante tenso. En el asiento trasero iba un chato supuestamente de seguridad, que debía tener unos veinticinco años y que llevaba un linchaco bajo el brazo como único elemento de protección.

Deben haber sido como las cuatro de la tarde. Enfilamos hacia el Estadio Nacional, donde el flaco con anteojos se puso a leer unas proclamas en contra del socialismo y del Gobierno, a todo el volumen que daba el parlante. No nos tiraron muchas piedras porque deben haber creído que el compadre que iba sentado atrás – que estaba muy metido- era de seguridad. Éste miraba desafiante en todas direcciones, como si estuviera dispuesto a sacar una metralleta tipo comando israelí. Pero igual ligerito tuvimos que apurar el paso para que no rompieran los vidrios.

Esa rutina se repitió durante varios días en distintos barrios, arrancando de las piedras muchas veces por las veredas. Hasta que una vez nos pegaron un

piedrazo y rompieron el vidrio de atrás, lo que me obligó a pasar a otras pegas como pegar carteles, ahora con casco y, obviamente, a ir a todas las marchas.

A esa altura, ya se había unido también al grupo mi gran amigo MJ. Nuestras responsabilidades eran ahora de mayor envergadura. Nos asignaron la sede de Talagante, que estaba en formación, a la que debíamos ir semanalmente para dar charlas sobre el espíritu del Frente Nacionalista a los nuevos miembros. Esto después de haber leído en detalle el libro escrito por Pablo Rodríguez, el que estaba absolutamente en contra de las doctrinas del marxismo.

Además, pasábamos largas horas en la sede, distribuyendo panfletos y participando en reuniones de programación de actividades de propaganda para conseguir más voluntarios. De lo que pasaba en otras sedes, no sabíamos nada.

Eran días difíciles. Yo trataba de mantener mi oficina a flote, lo que no era nada de fácil dado el ambiente de caos político y económico reinante. Tenía poco trabajo en mi tienda de decoración y venta de muebles, pero igual alternaba el tiempo entre mi local, el movimiento y las marchas, que eran muy frecuentes.

Mi señora, de nacionalidad norteamericana, tenía a sus padres en Washington, donde vivían. Ellos estaban bastante preocupados por la situación en Chile, por lo que nos mandaron pasajes para nosotros y para nuestra hija, que estaba en prekínder. Querían que dejáramos el país y nos fuéramos a Estados Unidos lo antes posible.

Era tanto el nerviosismo y la tensión, que un día recibí un llamado de teléfono bastante angustiado de mi señora (la gringa, como yo le decía con mucho cariño), en el que me pedía que por favor me fuera al tiro a la casa porque habían pasado frente a ella advirtiendo por parlantes que habría ¡un golpe de estado! A mí me extrañó, pero al oírla tan asustada, partí a la casa. Al llegar, me encontré con una camioneta vendiendo pescado en la calle. La gringa, que me esperaba muy ansiosa, me volvió a decir que habían pasado con un parlante vociferando: “Golpe de estado, cierren las puertas”.

Después de mucho, y con la participación de la nana en la conversación, me di cuenta de que lo que habían dicho en realidad era: “Llegó pescado sierra del puerto”. Nos reímos mucho, lo que ayudó a que la pobre gringa, con su débil español, se relajara.

Pasaron los días y partimos a Estados Unidos. Una vez allí nos sentimos como en el país de las maravillas. No había que hacer colas por horas para comprar un pollo o un tarro de chanco chino. Conseguir un balón de gas ya no era tema. Y así pasamos un par de semanas, hasta que yo decidí volver a Chile y dejar un tiempo más a mi señora y a mi hija, como me había pedido mi suegro.

El primer día en Santiago fui a la oficina. Era bien poco lo que había pasado. A esas alturas ya no tenía ni secretaria, y habíamos trasladado el teléfono a la casa del cuidador y de su señora, ambos comunistas furiosos, pero de mi total confianza y cariño, lo que al parecer era un sentimiento recíproco.

Me puse al tanto de las noticias, que no eran muchas, y partí a la sede de Patria y Libertad, entusiasmado con estar de vuelta. Al llegar, pude captar un ambiente distinto al de hacía unas semanas. Había muchas reuniones, mucho secretismo. De acuerdo con unos rumores que había oído por ahí, MJ me contó que nos querían mandar como jefes a una nueva sección. Yo percibía que los capos máximos, pese a que existía una barrera de rangos clarísima, nos saludaban por nuestros nombres, dándonos un trato más cercano.

A los pocos días, se vivía un clima muy difícil en la calle, con mucha huelga agresiva y mucho despliegue policial. La Brigada Ramona Parra, el brazo de corte terrorista que apoyaba al Gobierno, desfilaba por todas partes enarbolando sus banderas con la hoz y el martillo sobre fondo rojo, las que estaban amarradas a sendos palos.

Un día llegué como a las doce del mediodía a la sede, y me quedé hasta tarde, sin siquiera almorzar. En el segundo piso, en una sala chica llena de gente, comentábamos unas escaramuzas medio pesadas que habían tenido lugar mientras yo estaba en Washington. Al otro lado del pasillo había dos o tres oficinas y una sala de reuniones, todo en un espacio bastante apretado. Mujeres y hombres entraban y salían de las oficinas llevando papeles en las manos. Se respiraba un ambiente tenso.

Gente de la oposición al Gobierno había volado unas torres de alta tensión, y nos culpaban a nosotros. Mientras, en las calles, frente a nuestras ventanas, sirenas de la policía se sumaban a las consignas en contra del Gobierno y a favor nuestro.

El ambiente se mantuvo todo el día así, con pugilatos ocasionales entre bandos opuestos, hasta que cerraron las puertas de la sede y quedamos dentro

con prohibición de salir. A la media noche, cuando ya quedaba menos gente en la calle y el clima era más calmo, se abrieron las puertas y casi todos nos fuimos, sobre todo los que estaban en el primer piso.

Sin intención de espiar las conversaciones ajenas, no pude evitar oír que los directivos buscaban un lugar más seguro para las reuniones. Les conté que yo estaba solo en mi casa con la nana, sin mi familia, y que ésta además tenía estacionamiento adentro: en síntesis, ofrecí mi casa para que se reunieran ahí, asegurándoles que no me asomaría. Sin contestarme, cerraron la puerta.

En verdad, no tenía idea de qué se trataban esas reuniones, solo entendía que no eran para ir a jugar cacho y que eran importantes. Al rato, se abrió la puerta y me pegaron un grito: “Luis Fernando, ven”. Y se cerró la puerta.

Todos los jefes estaban ahí, yo no había tenido nunca una relación de igual a igual con ellos. No me acuerdo quien fue el que inició la conversación. Bastante nervioso, empecé a entender que habría varias reuniones en mi casa con distintas personas y que estas debían ser absolutamente secretas. Entendí, además, que no podía ni asistir ni comentar sobre estas reuniones. Mi participación era nula más allá de prestar la casa. Otras personas agregaron comentarios, confirmando que se trataba de un asunto muy delicado, que yo debía entender la confianza que ellos depositaban en mí y no mencionarlo a nadie.

Me pidieron que lo pensara bien, y que al día siguiente les hiciera saber si prestaba o no la casa. Contesté de inmediato que no tenía que pensarlo: podían contar con mi ofrecimiento desde ese momento y por las veces que fuera necesario. Después de una breve conversación, donde se acordó que a partir del día siguiente la necesitarían en distintos horarios, me dijeron que sería mejor que no estuviera la nana, para protegerla y también como medida de seguridad.

Esa noche llegué tarde a mi casa, la María ya dormía. Comí algo del refrigerador y me fui a dormir pensando en lo que pasaría al otro día y con mucha curiosidad por saber quiénes vendrían a esta reunión. El que no estuviera la María no sería un problema. Desde que yo había vuelto solo, sin mi mujer y mi hija, ella, con tono entre cómplice y pícara, me dijo:

—“Oiga, don Luis Fernando, ahora que no está la señora, cuidadito con portarse mal ... mire que le cuento todito a la patrona cuando vuelva”.

Al día siguiente, a la hora del desayuno, le dije a María que, en vista de que no había tanta pega, aprovechara para ir a ver a su hermano, que vivía en Paine, por unos días.

—No sabe cuánto se lo agradezco, —me contestó con una sonrisa media diablo, pensando obviamente que yo traería a la casa a alguna amiguita. Hizo el aseo y partió tempranito. Quedamos en conversar después su fecha de vuelta.

Antes de partir a la sede, sin saber cuánta gente vendría a la reunión, dejé un hervidor lleno de agua, el clásico tarro de Nescafé, azúcar y diez tazas, todo esto en la salita y no en el comedor, suponiendo que sería más bien una reunión de conversación más que una muy formal. Al llegar a la sede, subí directo al segundo piso (el primero era el área operativa y de enlace con las otras sedes, donde yo no tenía nada que hacer).

Ese día estuve muy poco en la sede, pasé la mayor parte del tiempo en Talagante. Antes de salir, acordamos que esa tarde, a las siete, habría una reunión en mi casa. Me tocarían el timbre. Yo, desde el citófono, les abriría el portón de la calle y la puerta de la casa, y ellos cerrarían al salir.

Mi casa estaba ubicada en la calle Vaticano. Era de un piso, con una entrada larga desde la calle y un jardín bastante grande. Yo, desde las seis estaba en mi casa, bastante nervioso, esperando a que llegaran. Una vez que abrí las puertas me fui a mi dormitorio, que estaba bastante lejos de la salita, para no escuchar nada. Como el acceso de autos al garaje pasaba a unos pasos de la ventana de mi dormitorio, pude comprobar que habían entrado dos autos.

Después de un par de horas escuché que cerraban las puertas y fui a husmear a la salita: se habían ocupado seis tazas de café y habían fumado como locos. Ordené un poco, llevé las tazas a la cocina, me comí unos huevos y me fui acostar, pero demoré muchísimo en quedarme dormido. El momento político reinante era complejo, había un ambiente tenso, difícil de describir, olas de rumores golpistas, por un lado, noticias sobre el descubrimiento de armas ingresadas al país por los cubanos, por otro. Se decía que los operarios de las fábricas - que en ese momento estaban todas tomadas-, estaban armados. La propaganda marxista era cada vez más fuerte. Amenazaban con severos castigos a los que pretendieran desestabilizar el Gobierno... y yo era miembro de Patria y Libertad, y, además, estaba prestando mi casa para reuniones secretas y subversivas. ¡Con razón no podía quedarme dormido!

Mi vida en ese momento era muy rara. Obviamente, nadie de mi familia ni mis amigos sabían en lo que estaba, mucho menos mi señora en Washington. Me había transformado en una especie de espía en mi propio país.

Mientras, las reuniones en mi casa siguieron llevándose a cabo todos los días, algunas muy largas, pero siempre con pocas personas. Me imagino que, por seguridad, se trataba de un núcleo muy cerrado. Un día, durante una larga reunión, me permití ir a la cocina a buscar algo para comer, y en la salita, que estaba con la puerta abierta, vi a los cabecillas del movimiento y a un militar hablando en forma intensa. Yo había estado dos años en la Escuela Militar, por lo que supe que el militar de uniforme era capitán. Durante un momento nos quedamos mirando a los ojos.

Al día siguiente, en la sede había un ambiente de complicidad. Todos sabían que yo, a esas alturas, estaba al tanto de que las reuniones en mi casa eran altamente comprometedoras, y que si lo que estaban planeando fracasaba, estaba involucrado hasta las masas. De alguna manera, eso me dio el derecho a saber un poco más, especialmente cuando me contaron que la reunión del día anterior había sido la última. Entendí que estábamos *ad- portas* de algo grande.

Ese día nos quedamos conversando hasta tarde con la dirigencia máxima del movimiento. Esta vez, MJ se incorporó y quedó clara la importancia de lo que estaba en marcha: era algo que podía salir bien o ser una catástrofe total. Quedamos en juntarnos a las siete de la mañana en una casa de seguridad en Vitacura, a metros de Américo Vespucio.

Me acuerdo que esa noche me sentía realmente alterado por lo que estaba sucediendo. No sé por qué y sin avisar decidí ir a comer donde mis viejos, y entre que les daba besos a ambos, mi mamá me preguntó, mirándome a los ojos:

— ¿Qué le pasa? Anda raro, mi amor. — Contesté con la voz más normal que pude que no ocurría nada especial, que los quería ver, que por eso había ido a comer con ellos. Ella, con instinto de madre, insistió con la pregunta sobre qué me pasaba. Ellos sabían que yo era parte del movimiento, yo se lo había contado a mi viejo una noche en que hubo un apagón y a él le tocó hacer guardia. Esa vez, mientras paseábamos por su cuadra, le conté sobre mi participación en Patria y Libertad. Me pidió que me cuidara mucho, que la cosa estaba muy complicada.



Durante la comida solo les conté que parecía que algo importante podía pasar al día siguiente, lo que no era traicionar ningún secreto, ya que todo el tiempo se hablaba de un golpe militar inminente. Esos eran los días en que la gente tiraba maíz a los militares diciéndoles que eran gallinas porque no se atrevían a botar al Gobierno marxista. Ellos me pidieron que me alojara en su casa esa noche, cosa que hice. Conversamos hasta tarde. Antes de irnos a dormir nos tomamos un scotch y yo le pedí a mi mamá -a la que le encantaba manejar mi Fiat 600 por lo fácil de estacionar-, que me dejara su auto. Me llevé su Fiat 125, quizás me hacía sentir más seguro. Tomamos desayuno a las seis y media, y después de unos besos partí raudo.

Ese día, el 29 de junio de 1973, cuando llegué a la casa acordada, ya estaban todos reunidos con la televisión y varias radios encendidas. Entre ellos estaba Pablo Rodríguez hablando por teléfono con un tono y semblante muy tensos. Por lo que podía entender de su conversación, había militares que, habiendo estado comprometidos con la planificación que se había hecho, estaban cambiando de opinión. De pronto, por televisión se anunció que un grupo de aproximadamente veinte tanques había salido del regimiento Tacna y avanzaban por la avenida Santa Rosa hacia el Centro. Llegaron al Palacio de Gobierno rodeándolo y disparando sus ametralladoras contra el edificio. Eran ya las nueve de la mañana. Pablo seguía llamando, ahora con la voz ahogada, tratando de entender qué pasaba con el resto de los regimientos comprometidos.

Nuestro grupo mantenía un silencio total. Sólo se escuchaba el ruido de las ametralladoras. Vimos cómo uno de los tanques que iba hacia el Ministerio de Defensa con el propósito de rescatar a un capitán detenido a raíz de la filtración acerca de la conspiración, botaba su reja principal.

El ambiente era ya muy complejo. Se escuchaba ruido de ametralladoras por todas partes. Allende se dirigió al país diciendo que un regimiento se había alzado en contra del gobierno y pidió al pueblo que saliera a las calles con lo que tuvieran a mano. Mencionaba que, si llegaba el momento, el pueblo tendría armas. Para mí, esto era el principio del fin.

Otros regimientos no salieron a las calles. El general Prats, representando al ejército y al Gobierno, llegó a La Moneda y ahí se armó un enredo que era muy difícil de entender por las noticias. Al parecer, unos tanques se encaminaban por otras calles céntricas. Llegaba otro regimiento para apoyar al Gobierno. Los ruidos de disparos seguían oyéndose por todas partes. Fuera de la casa donde estábamos se escuchaban muchas sirenas. Después se supo que el

regimiento que había llegado a proteger a Allende era el de Buin, al mando del general Pinochet. Al cabo de dos horas, se anunció que el golpe había sido sofocado.

P. nos dijo que debíamos asilarnos. Yo subí a todos al auto de mi vieja y partimos sin tener claro dónde, llevando a plena luz del día a las personas más buscadas de Chile. Pasamos entre los pocos autos que circulaban a esa hora, y entonces me pidieron que fuéramos a la embajada de Ecuador. Cada metro se me hacía como un kilómetro, pero finalmente llegamos y estacionamos frente al portón de la embajada, en pleno Américo Vespucio, a una cuadra de la avenida Vitacura.

Tocamos varias veces el timbre de la embajada, que estaba cerrada, hasta que un muchacho, con una cara de susto como si lo estuvieran apuntando con una pistola, se acercó caminando lentamente, quedándose a unos metros de distancia de la reja. P. le explicó que veníamos a pedir asilo. Él contestó que el Embajador no se hallaba en la embajada y que él era un sobrino que solo estaba de paso. Mientras, los autos pasaban a metros de nosotros por Américo Vespucio, se oían sirenas por todas partes y yo ya veía que pasaban la policía o los militares y nos agarraban ahí mismo. El sobrino del embajador nos dijo que iría a preguntarle a la embajadora si podía hacernos pasar. Esperamos varios minutos hasta que, finalmente, nos dejaron entrar en forma provisoria, hasta que llegara el embajador, y nos pidieron que bajáramos a una sala en el subterráneo.

No había tiempo para pensar ni decidir nada. Tampoco era momento para ir a despedirse de nadie: me estaba asilando y había dejado el auto de mi vieja tapando la entrada a la embajada. Sentíamos una profunda tristeza, y en mi caso una sensación de locura total. Los otros empezaron a llamar a sus casas para despedirse de sus familias. Recuerdo conversaciones como “voy a estar un tiempo de viaje, pórtate bien, obedécele y cuida a tu mamá”. Creo que nunca volveré a vivir algo semejante a lo que vivimos durante esas horas... todos entendían que, en realidad, yo estaba de yapa en esa situación, así es que nos miramos, nos abrazamos, y yo, con una sensación de tristeza y de abandono, subí al primer piso, contraviniendo las instrucciones que nos habían dado. La casa estaba en silencio, me acerqué a la puerta de la que parecía la cocina, y con una voz un tanto insegura dije “aló” un par de veces, hasta que apareció un mozo, al que le pedí que me abriera, ya que yo no me iba a asilar, a lo que me respondió con un “no se puede”.

Después del alboroto que habíamos armado pidiendo asilo, el mozo se negó a dejarme ir hasta que no llegara el embajador. Las instrucciones eran que nadie podía salir. Bajé al subterráneo con la cola entre las piernas.

A los pocos minutos llegó el embajador. P. asumió el liderazgo y conversó con él. No recuerdo los detalles de la situación. Realmente no me acuerdo de nada. Estaba con la mente en blanco. Lo único que quería en ese momento que el embajador me diera permiso para irme. Solo me acuerdo de haber salido de allí por la puerta de la cocina como arrancando de algo, y de haber entrado a la casa de mis viejos estallando en llantos, y balbuceando entre palabras entrecortadas “nos traicionaron, nos traicionaron”.

Esa noche alojé ahí. Dormí como el culo. Me despertaba a cada rato con visiones del día anterior, transpirado entero. A la mañana siguiente, pude leer los grandes titulares de los diarios, pero yo en realidad no lograba dimensionar todo lo que había pasado. No sabía muy bien qué hacer. Nuestras sedes debían estar todas cerradas. ¿Nos estarían allanando? Finalmente me fui a la oficina, donde por las noticias comprobé que estaban allanando todas las sedes, a las que nunca más volví. Aparte sentía mucha angustia y pena por todo lo que pasaba. Se hablaba de que el Estado de Chile le solicitaba al gobierno de Ecuador que no se diera asilo a los golpistas. En los días venideros, otras personas del movimiento se asilaron en embajadas.

Mientras, yo me pasaba el día entero en la oficina como asilado en mi propio mundo, bajo la crítica mirada de mis cuidadores comunistas. Llame a la María, le pedí que se volviera de Paine, y me fui a dormir a mi casa.

Mi señora no paraba de llamarme desde Washington muy preocupada. Yo, obviamente, no le decía que nuestra casa había sido el centro de operaciones. Y trataba de retomar mi vida.

A los pocos días, una vecina nuestra, con la que a veces nos turnábamos para hacer cola en los supermercados, me llamó para decirme que había encontrado el dato de una casa en la que vendían aceite y otras cosas, y que había comprado algunos alimentos para nosotros. Le agradecí y me fui caminando a su casa para pagarle y retirar las compras. Antes de volver, nos quedamos conversando sobre lo que estaba pasando. Ella, como la mayoría de la gente en ese momento, cansada con la situación, lamentaba que el Golpe hubiera fracasado.

Yo, aún tenso por los momentos vividos, trataba de aparentar calma y no demostrar nada extraño. Quizás fue por eso que vi un furgón que subía por la calle hacia nosotros. Cuando este se acercó, me di cuenta de que era un furgón militar y me congelé al ver a través de la ventana que en él iba el capitán que había asistido a la reunión en mi casa. Nos miramos fríamente a los ojos, mientras el furgón con cuatro militares dentro seguía su camino. Por un momento pensé en arrancar calle abajo, pero por suerte no se detuvo y siguió.

Me despedí de la vecina como si nada hubiera pasado, y me fui a mi casa. Estaba claro que la situación era de guerra. Me tiritaban las piernas, sentía unas ganas de vomitar atroces. Al entrar a la casa fui al baño. Estaba blanco como papel. Me senté en la cama. No atinaba a nada, no sabía a dónde ir. Estaba en estado de shock. Al fin, decidí ir a la casa de MJ a contarle todo lo sucedido. Su señora, que era también una de mis mejores amigas, escuchó la conversación, me dio a entender claramente que no podía volver a mi casa, y me pidió que me quedara a alojar ahí mientras pensábamos qué hacer. Llamé a la María, y le dije que me habían convidado al campo, y que volvería en una semana.

Tenía una tremenda revoltura de ideas en mi cabeza. No podía borrar la imagen de la cara del capitán, el que cuando cruzamos miradas obviamente iba preso y que tuvo el coraje de no denunciarme. Me emocionaba recordarlo, quería llorar y abrazarlo. También pensaba en la gringa: me sentía traicionándola a ella y a sus padres. Pensaba en los míos, les había ocultado tanto a todos. Me sentía acorralado: tenía susto y sentía angustia.

Llamé a la Gringa, le conté un poco lo que estaba pasando, suavizando las cosas, mezclando verdades con mentiras. Me sentía pésimo. Hablamos largamente. Ella estaba aterrorizada, pensaba que me meterían preso. Yo le decía que se calmara, que no era así, pero en mi interior sabía que si aquel capitán no hubiera sido tan hombre yo ya estaría preso, y probablemente por un largo tiempo. Al final lloramos los dos, y quedamos en hablar al día siguiente. Llamé a mis viejos y les conté la verdad completa, excepto dónde estaba, para no comprometerlos. Quedamos en que yo los llamaría. Me costaba respirar, la angustia me ahogaba.

Como otras veces, esa noche de nuevo casi no dormí. No sabía a quién acudir. Al día siguiente en la tarde, fui hasta un teléfono público cercano y llamé a mis viejos, contestaron de inmediato, como si hubieran estado esperando que me comunicara. Me contaron que la María ya los había llamado llorando, muerta de susto, diciéndoles que los militares habían allanado la casa, se habían

llevado mi pasaporte, que habían tomado huellas por todas partes y no le creían que había estado en Paine. Mi vieja sollozaba al teléfono y yo terminé hecho un nudo. No paraba de temblar. Me quedé dos días con mis amigos sin moverme de la casa, imaginándome que si salía me agarrarían, y que tarde o temprano llegarían a buscarme.

Volví a llamar a la gringa, ya medio en clave: la situación ya estaba en manos de mi suegro. Ella estaba tan destrozada como yo. Tuve que contarle que los militares habían ido a la casa, lo que ella ya sabía porque había llamado y hablado con la María.

Yo estaba tomando pastillas para dormir. La última noche en esa casa se me quedó el frasco abierto. Al otro día, a mis amigos no les costó entender por qué su pequeño hijo se caía cuando intentaba pararse, y se andaba quedando dormido a cada rato.

Mi padre era un hombre muy recto, y muy analítico. Preocupado por mi situación, se tomó la libertad de llamar desde un teléfono público a uno de los mejores abogados penalista de Santiago contándole lo que él sabía, suponiendo que yo aún me guardaba parte de la historia. Cuando lo llamé, me contó y me dijo que había acordado que éste me recibiría en su oficina para darnos un informe sobre lo que podía pasar si yo, acompañado por él, me entregaba voluntariamente. Al principio encontré de locos su plan, pero finalmente concordé en que era bueno tener al menos su opinión legal sobre mi caso.

Al día siguiente partí al centro. En mi estado de pavor, imaginaba que tendrían alguna foto mía y me agarrarían. Nada de eso pasó. Me reuní con el abogado y lo primero que me dijo fue: “Mira, yo tengo todo el tiempo que quieras, lo único que te exijo es que me cuentes todo en detalle, sin ocultar nada. Si no, ambos estamos perdiendo el tiempo”. Y así fue. Al término de mi relato me contestó muy escuetamente: “La pateadura y el carcelazo son para largo. Te recomiendo que te echés a volar”.

Me quedó clarito que tenía que irme del país, lo que no era fácil. Desde hacía una semana estábamos en Estado de Sitio, lo que complicaba aún más los movimientos.

Empecé a vivir algo nuevo. Me di cuenta de que era un fugitivo de la justicia, lo que no era menor. Pero a la vez, pensaba que lo que yo había hecho durante meses era lo que queríamos; no ser otra Cuba.

Allende había salido elegido con una diferencia de votos que correspondía a menos de la mitad de los que caben en el Estadio Nacional. Había prometido terminar con las injusticias y con las diferencias de oportunidades, pero ahora tenía al país no sólo más injusto, sino convertido en uno de los más caóticos del continente, sin posibilidades de lograr el país que había prometido. Allende no solo nos había engañado con sus sueños de justicia, sino que, además, nos tenía hundidos en un desastre económico y social. Yo, por querer contribuir a ponerle fin a esa farsa, estaba siendo perseguido y podría caer preso.

A esas alturas del partido no había tiempo para filosofar, sino solo para buscar un zafe a mi situación. De la reunión con el abogado me fui sin aviso previo a la casa de un amigo. Este vivía solo, sus padres, como los de muchos otros, habían emigrado. Toqué el timbre, sabía que él estaba enfermo en cama. Le expliqué mi situación y accedió generosamente a darme alojamiento por unos días mientras planificaba algo.

Empecé a considerar mis opciones. No podía tomar mi auto y cruzar a Argentina: me agarrarían en la frontera. Tampoco podía ir al aeropuerto y comprar un pasaje, en Policía Internacional me detendrían. Todo esto sin contar con que, además, no tenía pasaporte. Lo único que parecía posible, y tenía que ser pronto, era conseguir que un avión privado me llevara a alguna parte fuera de Chile.

Mientras planeaba mi salida, hablaba todos los días con mi señora, tomando muchas precauciones en cuanto a qué decía, y cómo. Mi suegro, que era una persona muy influyente en Washington, estaba utilizando todos sus contactos para que me facilitaran entrar a Estados Unidos desde Buenos Aires. Solo le faltó llamar a Nixon, el Presidente de Estados Unidos en esa fecha, para pedir ayuda.

Fue entonces cuando me acordé de un amigo que tenía un avión, y lo llamé, pero me contestó que lo había vendido. Llamé al nuevo propietario, y después de una larga conversación cómplice, me dijo que lo que él podía hacer era avisar a su hangar en el Aeropuerto de Tobalaba y autorizar al encargado para que le pasara las llaves del avión a un amigo piloto que podía llegar hasta ahí, sin mencionar su nombre.

Por fin empezaba a ver una luz al fin del túnel. Mientras tanto, tenía que tranquilizar a mis padres y a mi señora, que seguían más que preocupados por

mí. Supe que él había tenido que ir a declarar y que había detectives de punto fijo en su casa, me imagino que por si se me ocurría ir a verlos. Como su teléfono podía estar intervenido, yo llamaba desde distintos teléfonos públicos en diferentes barrios, pero era un riesgo asomarse a la calle, por lo tanto, salía disfrazado, como en las películas de espionaje.

Esa misma noche decidí cambiarme de casa: tenía que ir donde gente muy amiga y ojalá sin niños. Me trasladé a una casa bastante aislada en Las Condes, y me dediqué a conseguir un piloto que me llevara a Argentina, lo que era complicado por los riesgos que implicaba. Además, estábamos en julio, y el clima era nublado y lluvioso, lo que hacía casi imposible volar. Yo sentía que si lograba salir de Chile iba a zafar, pero tenía que encontrar al piloto y esperar a que el tiempo mejorara.

¡Increíble lo que pasó! Amigos míos que me ayudaban en la búsqueda de un piloto, contactaron a uno muy experimentado. Al preguntarle si podía sacar a una persona a Argentina, respondió que eso se hacía por mucha plata o por amistad, y cuando supo que era yo, respondió “cuenten conmigo”. Gestos como este y el de mi capitán jamás en mi vida los olvidaré.

Con enorme emoción, desde el teléfono de la esquina les conté la buena noticia a mis viejos y a mi gringa, pese a que no ignoraba los peligros de lo que se venía por delante; al día siguiente, en julio, mes de tormentas y nevazones, deberíamos cruzar la cordillera en forma clandestina y entrar secretamente al espacio aéreo argentino. El avión debía regresar a Chile sin ser detectado, todo eso tratando de salir vivos por el mal clima. No era una tarea fácil. Eran las tres de la tarde cuando todo esto se acordaba. Saldríamos al día siguiente. Supuestamente el cielo estaría despejado. El piloto había pedido que saliéramos temprano.

Llamé a mi amigo MJ, que quiso acompañarme. Me pasaría a buscar apenas aclarara. Salí a la calle camino al teléfono público para hablar por última vez con mis viejos y mi gringa, y despedirme. Ya no habría más llamados hasta que llegara a Argentina, si Dios así lo quería. Fueron minutos muy emotivos. Me despedí de mis viejos con besos grandes y con un “I love you very much” a mi gringa.

Mi amiga, la dueña de la casa donde me alojaba, me había comprado un bigote falso en una tienda de disfraces. Después de comida, tratando de quitarle el peso emocional a lo que vivíamos, pasamos al baño, yo con una copa de vino

blanco en la mano. Me sentaron sobre el escusado, y ella, tijera en mano, me cortó el pelo y me pegó el bigote. Recuerdo que todos miramos mi aspecto en el espejo y nos reímos con una risa forzada y nerviosa.

Volvimos al *living* a planificar los detalles. El dueño de casa manejaría su auto, acompañado por MJ en dirección al aeródromo de Las Rocas de Santo Domingo. El piloto iría a Tobalaba, tendría el avión cargado de combustible y, basándose en las condiciones del tiempo, haría su plan de vuelo, previsto para no antes de las diez. Quedamos de encontramos en la pista a las diez y media, así habría tiempo para cruzar la cordillera y volver antes de la hora 0, lo que dejaba poco de tiempo extra para contingencias. Nos tomamos el último trago, y nos fuimos a acostar. El día siguiente sería un día bravo. Me despegué el bigote e intenté dormir.

Era un momento muy emotivo e intenso. Estábamos en estado de sitio, la policía me buscaba, mis amigos se estaban arriesgando por mí, y yo dejaba a mi familia y mi país quizás por cuánto tiempo. Además, también dejaba atrás mi historia, mi oficina y tantos amigos. En fin, estaba dispuesto a todo, siempre y cuando no me arrestaran ni nos sacáramos la raja !!!

Mi viejo, no sé cómo se las arregló para hacerme llegar con MJ su *parka*, un bolsón con plata argentina y unas cartas suyas y de mi mamá, las que me hicieron llorar a mares. Además, con su caballerosidad habitual, incluyó una caja de chocolates Bozzo en agradecimiento a mis suegros por todo su apoyo.

El 14 de julio, el día de Francia, amaneció semi nublado. Todos estábamos despiertos desde las cinco de la mañana. Tomamos un desayuno abundante medio a la fuerza y con la guata apretada...quizás cuando sería la próxima vez que comería. Me pegaron nuevamente el bigote, lo que volvió a producir risas nerviosas. Abracé con fuerza a la dueña de casa, emocionado y profundamente agradecido, y partimos. En el trayecto en auto, oíamos las noticias, las que obviamente no ayudaban a calmar los nervios, no solo porque narraban hechos vinculado al levantamiento sedicioso de junio, mencionando las detenciones de los golpistas, sino porque, además, pronosticaban tiempo parcial nublado con posibilidades de lluvia. Una vez en camino, por suerte no vimos ni a militares ni a policías controlando, quizás porque hacía mucho frío.

Finalmente llegamos al aeródromo: el avión ya estaba ahí, Q., el piloto, tomaba café de un termo con el cuidador. Definitivamente, ese no era un día ideal para viajar, había bastante nubosidad baja. Apenas nos bajamos del auto,



empezamos con un cuento que habíamos inventado para la ocasión: íbamos a una cacería a un fundo en Constitución.

El cuidador del aeródromo tenía pinta media rara, de huevón total, o bien se estaba haciendo. Al hablar, echábamos halos de vapor por el frío costero, lo que no ayudaba mucho a dar credibilidad a nuestro plan de cacería, sobre todo porque el cuidador era del sur y decía que el tiempo tenía que ser aún peor “pá allá”. Nos hicimos un guiño con el piloto, y este dijo:

—Es mejor que cancelemos el plan de vuelo. Ustedes váyanse a almorzar un caldillo de congrio al restaurante de la Marina en Algarrobo, y yo me vuelvo y aviso por radio que no volaremos.

El cuidador del aeródromo no se estaba comprando el cuento de la cacería. Había quedado en claro que nos veríamos en la cancha de aterrizaje de Algarrobo. Nos despedimos, ahora nosotros haciéndonos los huevones.

Rajamos a Algarrobo, no teníamos mucho tiempo que perder. Cuando llegamos a la cancha, el avión ya estaba ahí, y no había cuidador al que dar explicaciones. El piloto dijo “listo”, puso en marcha los motores, y para mí sorpresa oí que MJ decía “yo los acompaño”. Era de no creerlo: su declaración era la de un piloto kamikaze japonés. Como insistió mucho, y el piloto nos urgió diciéndonos que estábamos perdiendo tiempo, nos dimos un cariñoso beso y abrazo con nuestro amigo dueño de casa, y los tres nos subimos al avión, yo atrás, con mi pequeño bolsón como único equipaje, y MJ adelante, él también era piloto.

Ya en el aire, el piloto, con sus audífonos puestos, confirmó el vuelo a Quivolve, pista particular en Constitución, y al poco andar oímos por la radio que Air France cancelaba su vuelo a Buenos Aires por mal tiempo en la cordillera. Q., nuestro piloto, nos informó que tomaríamos una ruta más al sur, donde había un paso a la cuadra de Mendoza. Mientras, la nubosidad se hacía cada vez más densa, los pilotos se daban confianza entre ellos. Creo que, si no hubiera sido por MJ, yo habría pedido volver. De hecho cuando empezamos a cruzar la cordillera y las turbulencias se pusieron muy feas yo veía que el altímetro bajaba de a saltos y, aunque llevaba puesto mi cinturón de seguridad, me pegaba con la cabeza en el techo del avión, pedí de frentón que volviéramos y me botaran en algún potrero porque estaba seguro de que nos íbamos a matar. MJ, con un humor increíble, mirando de reojo hacia la ventana, me hacía una mueca simulando comer, y me mostraba con la mano izquierda el cogote de Q.,

que era bastante fornido, dándome a entender que, si nos caíamos, al menos tendríamos con qué alimentarnos.

Los tumbos del avión y el crujido del fuselaje producto de la turbulencia hacían creer que este se iba a partir. La nieve que caía y la nubosidad que oscurecía el cielo a medida que nos acercábamos a los cerros era un espectáculo aterrador. Volábamos a catorce mil pies, muy por encima de la altura permitida para volar sin arriesgarse, al no recibir oxígeno. Por suerte, ninguno de los tres nos mareamos. Reinaba el silencio.

Según las estimaciones, ya estábamos por asomarnos al lado argentino. Justo entonces, la luminosidad y la visibilidad mejoraron y los motores parecieron estar menos exigidos. En síntesis: mientras los pilotos chequeaban constantemente los instrumentos de navegación, mi corazón parecía querer salir de mi pecho, como si estuviera llegando a la meta después de haber corrido una maratón.

Había salido el sol, pero las noticias que los pilotos me transmitieron no eran buenas. MJ se dio vuelta para decirme que estábamos sobre una masa gigante de cúmulos, lo que para mí no significaba nada, sobre todo porque veía el sol brillar y, debajo de nosotros, nubes blancas, que después de lo experimentado no me intranquilizaban. Pero lo que me dijeron fue horrible: “así no podemos bajar, ojalá que encontremos un claro”. Sobrevolamos un buen rato sobre esa alfombra de nubes que parecía de algodón espeso. Hicieron los cálculos de combustible y horas de vuelo, revisaron las cartas y miraron hacia el horizonte buscando un claro, el que de pronto apareció frente a nosotros. Q. bajó a través del claro...y de pronto se extendió ante nuestra vista una pampa eternamente plana. “San Rafael esta al norte, te voy a dejar aquí, la carretera está a la derecha, te tenés que bajar rápido. MJ, ábrele la puerta apenas paremos”, dijo el piloto. Y comenzamos a descender.

En solo segundos tocamos tierra, donde nos envolvió una polvareda. MJ abrió la puerta y la empujó hacia afuera con la pierna: “Listo, bájate”, me dijeron a coro. Pasé por encima suyo, que se echó para adelante en el asiento, y no hubo ni tiempo para decir adiós. Me bajé con mi bolso, cerraron la puerta, oí un “mucho suerte” y el avión aceleró tomando altura. Yo, entre el polvo y el viento de las hélices, levanté las manos con los pulgares hacia arriba y les tiré besos.

Luego quedé inmóvil, petrificado, mirando el avión hasta que se perdió entre las nubes. Por un momento, estaba en un estado de meditación acelerada, como levitando. Era una sensación irreal, extraña, única, difícil de describir, que

estoy seguro que jamás volveré a experimentar, en la que se mezclaban susto y pena. En los largos minutos que siguieron sentí una angustia enorme por lo que enfrentaban mis héroes, mis salvadores. Los imaginaba viviendo nuevamente ese horroroso cruce de la cordillera. Después caí en la cuenta de que me rodeaba un silencio total: de pie, en la mitad de la pampa, solo oía el soplar del viento que movía la hierbas a mi alrededor, mientras pequeños matorrales sueltos volaban a ras de tierra dando botes, algo que solo había visto en películas de *cowboys*.

Un rato después me eché a andar. El sonido de mis pisadas volvía realidad lo que estaba viviendo. Mientras, empezaba a darme cuenta de lo que tenía que hacer. Recuerdo que caminaba con pasos lentos pero decididos en la dirección que me habían indicado. Avanzaba mirando para todos lados, escudriñando el horizonte, esperando ver algo que no fuera pampa, pero nada cambió al menos por una hora, que se me hizo eterna. Deben haber sido las tres o las cuatro de la tarde, tenía miedo de que oscureciera. Finalmente vi la carretera, pero mientras me acercaba no pasó ni un solo auto.

Al llegar al camino, vi un auto en la dirección que me llevaba a San Rafael. Le hice dedo, pero pasó a mi lado como si yo no existiera. No sacaba nada con caminar en la dirección indicada, la ciudad quedaba como a ciento cincuenta kilómetros de distancia. Pero tampoco tenía la calma necesaria para sentarme a esperar. Así estaban las cosas cuando vi una micro que se acercaba desde la distancia. Me dije: “esta no me la pierdo ni llorando”. Me paré en el camino con las manos en alto, la micro se detuvo, se abrió la puerta, subí y mirando al chofer, le dije en forma muy natural, como si estuviera esperándola en un paradero: “San Rafael”, como si fuera lo más normal. Mi susto era que el chofer notara que era chileno, temía que me pillaran y me llevaran preso. El tipo debe haber inventado la tarifa, me dijo “son treinta pesos”. Abrí mi bolso y le pasé el billete más chico que tenía, que era de quinientos pesos. Con un gesto que dejaba en claro que me consideraba un boludo, el chofer me dijo, “¿no tenés más sencillo?”, a lo que respondí con una negativa con la cabeza para no delatarme con mi acento. Finalmente, el chofer cortó un boleto, y abrió una caja de madera con una bronca con la que podría haberme devuelto a la carretera si no fuera porque estábamos a más de cien kilómetros del poblado más cercano. Llené el bolso con el montón de billetes ajados que me entregó, y me fui a sentar al último asiento del destartalado bus, en el que sus treinta pasajeros me miraban como si hubiera subido un marciano.

Lo primero que hice al llegar a San Rafael fue llamar a Chile para saber de mis héroes, los pilotos. Durante todo el trayecto había mirado la pampa eterna con la mente llena de esperanzas. Tenía la convicción de que habían logrado regresar, y gracias a Dios, así había sido. Ya estaban en sus casas después de haber cruzado la cordillera de ida y vuelta, desafiando un temporal que ni los aviones comerciales se habían atrevido a enfrentar, además de todos los otros problemas que habían tenido que sortear. Ahí supe que, antes de devolver el avión, habían llenado el estanque de combustible hasta el nivel que habría consumido el avión volando entre Santo Domingo y Tobalaba ida y vuelta, no dejando así ni un rastro de lo que había ocurrido. Después llamé a mis padres y luego a Washington para hablar con mi gringa: mi hija chica no entendía el porqué de tanta alegría. Finalmente, saludé a mis suegros y corté. Había sorteado el primer gran escollo.

Antes de tomar el bus a Mendoza pasé al baño, me miré al espejo, y me dio risa comprobar que tenía el bigote lleno de tierra y el pelo revuelto.

En Mendoza llegué a la casa de amigos chilenos que habían emigrado, quienes me esperaban. Comimos un maravilloso bife acompañado de un tinto mientras les contaba mi travesía. Deben haber creído que le estaba poniendo color. Apenas terminé de comer, me derrumbé en la cama.

A la mañana siguiente abrí un ojo sin entender dónde estaba: había dormido toda la noche sin moverme. Me costó rearmar mi cabeza, sentía como si todo lo vivido hubiese sido solo un sueño.

Después de mi primer desayuno fuera de Chile, me llevaron al aeropuerto desde donde viajaría a Buenos Aires en un avión de una pequeña línea aérea. No tuve problemas. No había control policial ni se requerían documentos. Antes de subirme al avión había llamado a un íntimo amigo de la juventud, que había partido a Buenos Aires con su señora y con quienes mantenía contacto frecuente. Sin explicarles mucho la situación, les pedí que me alojaran: contestaron que estaban encantados de recibirme y que me irían a buscar a Aeroparque.

Al llegar a Buenos Aires ya me sentía a salvo, pero ignoraba lo mucho que me faltaba para llegar a Washington. Abracé a mis amigos y partimos al departamento que arrendaban en La Recoleta. El resto de ese día se fue en contarles la aventura que había vivido, en llamar a mis padres y en conversar con la gringa y con mi suegro, el que me explicó en detalle lo que debía hacer.

El mensaje era claro; al día siguiente, a primera hora, debía presentarme en la Embajada de Estados Unidos, donde me esperaba el embajador.

Mi amigo, el dueño de casa —lo llamaré el Flaco—, tenía mi misma talla de ropa. Me prestó un abrigo más formal para la visita a la embajada (la que nunca más me saqué). El Flaco me llevó a la embajada a las 9.30 en punto. Apenas mencioné mi nombre, alguien llegó a buscarme a la puerta y en cosa de minutos estaba en la oficina del embajador. Este se levantó de su escritorio, nos saludamos y cerró la puerta, nos sentamos en un sofá y lo siguiente que hizo fue pedirme mi identificación. Le expliqué que en el allanamiento a mi casa había perdido mi pasaporte y mi cédula de identidad, y que solo tenía mi carné de manejar. Lo miró sin comprender de qué se trataba, y al devolvérmelo preguntó: “¿Who are you?”, mientras con el dedo apuntaba a su escritorio, en el que había un montón de télex de distintas autoridades de Washington, los que le ponían al tanto de mi llegada y pedían que me solucionara la vida. Me quedó claro que mi suegro había pedido ayuda llamando a todos sus contactos en las altas esferas del Gobierno.

Empecé a contarle que había sido miembro de Patria y Libertad. Nada más decir esto, me interrumpió, tomó el citófono que había al lado del sofá, y pidió a dos personas que vinieran. Al cabo de un minuto, entraron dos gringos que deben haber sido de la CIA y empezaron a preguntarme un montón de cosas acerca del movimiento. Después de todo el despliegue demostrado, no podía contarles que yo, en realidad, solo era un “goma” en la organización, y que estaba ahí de puro asomado. Así es que inventé la cantidad de armas que había, la cantidad de miembros con que contaba, y otro montón de datos que me hacían parecer alguien de peso en el comando. Total, el movimiento estaba muerto, y sus cabecillas estaban o en Ecuador, o presos. Tenía que jugar muy bien mis cartas. Los gringos tomaron nota de todo, felices, mientras el embajador me miraba como si yo fuera un Che Guevara.

Los dos gringos se retiraron y apareció una señorita argentina: el embajador me la presentó y me explicó que ella me ayudaría a hacer una serie de trámites. La señorita argentina resultó ser muy eficiente. Tuve que hacerme exámenes médicos y radiografías, y firmar una serie de cuestionarios y documentos. Al final del día volvimos donde el embajador. Antes de retirarse, la señorita argentina le comentó que yo había cumplido con todos los requisitos. Nos sentamos nuevamente en el sofá y me explicó que yo estaba en condiciones de volar al día siguiente en un vuelo de Panam con documentación preparada por la embajada, pero que había un problema que consideraba insalvable, y que

ellos no podían resolver: este era que, para salir del país, era indispensable tener el comprobante de mi ingreso a Argentina, el que, por haber entrado en forma ilegal al país, yo obviamente no tenía. Solo atiné a decirle que entendía el problema, y le pedí que me diera tiempo para solucionarlo.

Salí de la embajada y tomé un taxi directo al departamento del Flaco: Recuerdo que, en el camino, sentí mucho temor, y no pude dejar de preguntarme qué cresta hacía ahí. Entre medio de mi miedo, me preguntaba si era posible que el Flaco tuviera un contacto útil, posibilidad que se esfumó rápidamente cuando se lo pregunté y me dijo que no. Pero pensando y pensando me acordé de un cuento tan increíble como enredado, y era posible que por ahí hubiese alguna alternativa.

Sabía de una niña un poco mayor que yo que había vivido muchos años en Buenos Aires, y que había sido parte activa del movimiento. Ella había ayudado a uno de los cabecillas de Patria y Libertad a reingresar a Chile en circunstancias muy complejas, después de que éste hubiese simulado un accidente aéreo sobre el mar, declarándosele muerto cuando no se encontró el avión. Esto había ocurrido ya hacía tiempo, y yo no la conocía bien, solo supe de su participación en un hecho que no se podía revelar, pero su papá había sido cliente mío.

Ahora, cuando recuerdo esta situación, no puedo creer que las cosas hayan sucedido como fueron.

Conseguí el teléfono de mi antiguo cliente, lo llamé sin decirle que estaba fuera de Chile y, haciéndome el huevón, le pedí el teléfono de su hija diciéndole que la necesitaba para una pega de modelo en un asunto que yo estaba armando. “Dame un minuto, que no me lo sé de memoria”, dijo. Lo buscó en una libreta y me lo dio. Mientras yo le dictaba el número al Flaco, que estaba a mi lado, él escuchaba todo el cuento chino con cara de loco. Me despedí dándole las gracias y mandándole saludos a su señora.

Apenas corté con su padre, la llamé, con la suerte de que estaba en su departamento. Me costó bastante explicarle quién era yo y por qué la llamaba: la conversación no fue fácil, ya que ella casi había caído presa y no quería saber nada del movimiento. En un momento estuvo a punto de cortarme el teléfono, pero con toda calma le expliqué que solo necesitaba regularizar mi entrada al país, y que a partir del día siguiente no sabría más de mí. Ya más tranquila, me

dio el nombre y el teléfono de la persona que me podía solucionar el problema. Al despedirme le agradecí efusivamente su ayuda.

Si el personaje al que recurriría me tendía una trampa, se podía incendiar la pradera, pero había que seguir adelante. Así es que tomé aliento, y me concentré para hacer el llamado que debía. Diré que el personaje se llamaba Fausto Cabral. Marqué su número y al oír el “Hola, ¿quién habla?”, le dije: “Señor Cabral, soy chileno y amigo de...Tengo que pedirle un favor gigante”. “Decí, que estoy laburando, ¿qué querés?”, contestó él. Le respondí: “Perdí mi papel de ingreso al país, al que llegué la semana pasada en un vuelo de Braniff, y necesito una copia para viajar fuera de Argentina”. No alcancé a decir más. Me pidió que fuera al puerto, a la dirección de Aduanas, llevando conmigo la fecha y el número del vuelo de mi ingreso a Argentina, y que tenía que cortarme.

Busqué en el diario los vuelos de cualquier fecha y salí corriendo con el Flaco donde Cabral me había indicado. En el camino pensaba: “este, oliendo de lo que se trata mi petición, me va a estar esperando con un poli”. Es que me había parecido muy raro que casi ni me hablara y me citara a Aduanas sin titubear. Estaba al borde del colapso, pensaba: “me van a cagar ahora cuando estoy casi listo”.

El asunto es que llegué al mesón que entendía era el indicado. En el lugar había un millón de personas haciendo distintos trámites. Me acerqué a un señor que atendía en el salón gigante de un edificio venido a menos. En medio de un griterío, el hombre atendía como a cuatro personas a la vez. Con voz muy tímida le pregunté: “¿Señor Cabral?”. El hombre, casi sin levantar la vista me preguntó: “¿Quién lo busca?”. “Soy chileno”, contesté yo, jugándome el todo por el todo, a lo que él tipo respondió gritando a voz en cuello hacia el otro lado del mesón: “Che Fausto, te busca un chileno”. Cabral le gritó de vuelta: “Este boludo perdió su ingreso. Hacéle una copia, él tiene los datos, la fecha...”.

Nunca conocí a Cabral, que estaba en medio de un montón de gente. El que me dio el certificado casi ni me miró mientras tipeaba un documento con los datos que le dicté, y le puso un timbre. Creo que ni escuchó las gracias que le di, y siguió atendiendo a otros.

Con el Flaco volvimos a su departamento comentando lo increíble de lo que acababa de pasar. El no tener el famoso comprobante de mi entrada al país, lo que podría haber sido mi ruina, se había resuelto de una manera casi inverosímil. Los personajes con que me topé en Aduanas se habían portado

como los médicos sin fronteras, esos que van a la guerra arriesgando sus vidas, solo movidos por el deseo de ayudar al prójimo, con la diferencia de que estos habían actuado ilegalmente, sin riesgo de perder la vida, pero sí de terminar presos por ayudar a una causa que ni siquiera conocían.

Me causa risa recordar la cara del embajador cuando llegué con el preciado papel. El día anterior me había hecho saber lo que significaba no contar con el documento - debe haber pensado que eso lo liberaba de seguir adelante con el extraño trámite-, y sólo unas horas después yo reaparecí con el documento en la mano: dentro de muy poco podría amanecer en Washington.

Al otro día, a las once de la mañana, me presenté en la embajada. Hacía un frío increíble. Yo seguía vestido muy elegante con la ropa del Flaco. Los guardias ya casi me conocían. La secretaria me anunció y, después de golpear la puerta del embajador, abrió la puerta. “Good morning, sir”, saludé en tono triunfal. El, de acuerdo con el rito ya establecido, me invitó al sofá. Antes de sentarme, me saqué la chaqueta y le pasé el documento de ingreso. Lo tomó, lo leyó, y luego me miró como si hubiese estado frente al propio James Bond, sin poder dar crédito a este joven de veintinueve años que, en menos de veinticuatro horas, le demostraba que nada era imposible para él. Me informó que la reserva del vuelo estaba confirmada y, después de un momento, me entregó un sobre de manila de color amarillo lleno de documentos, entre ellos mi *green card* y el boleto de avión que salía esa noche a las 9.15 de la noche. Nos despedimos con un fuerte apretón de manos y con una mirada ya casi como de amigos.

Camino al departamento de mis amigos me parecía que lo único capaz de cambiar mi destino era que una bomba explotara cerca de mí. Entré triunfal al departamento con la llave que me habían pasado y al ver los papeles nos abrazamos como niños chicos, riéndonos y dándonos palmetazos. Celebramos con un rico almuerzo que preparamos entre todos. Yo bajé a un boliche que estaba en la esquina y compré una caja del mejor champagne que había y la caja más grande de chocolates que encontré.

En el estacionamiento de Ezeiza, devolví al Flaco el elegantísimo abrigo azul que tanto me había vestido y recuperé mi parka. Ellos me acompañaron hasta la puerta de ingreso a Policía Internacional, y después de largos y emocionantes abrazos, nos despedimos con los ojos llenos de lágrimas.



Recuerdo que no pude dormir durante el vuelo, en parte por un guatón que iba sentado a mi lado que no paraba de roncar, y en parte porque todo lo que tenía en mi cabeza me lo impedía.

Al aterrizar, me pasaron a una oficina para inmigrantes en la que, durante un largo rato, revisaron mis documentos y me hicieron toda clase de preguntas: por qué estaba ahí, si me venía a radicar, etc. Yo no llevaba más equipaje que un minúsculo bolso de mano y una caja de chocolates.

Al llegar a la salida, a solo unos pasos de distancia, estaban mi gringuita, mis suegros y mi hija, la que tenía una banderita chilena en sus manos.

## FAMILIA EXTENDIDA

No sabía leer ni escribir, pero entendía los números. Llevaba un cuaderno donde pegaba con engrudo las recetas que dejaba el doctor Schuasemberg, nuestro pediatra. Ella era la mama Tato, estuvo treinta y cinco años en mi casa, criándonos a mí y a mis dos hermanos menores. Mi mamá trató de enseñarle a leer, pero nunca pudo: no sé si realmente dedicó el tiempo y perseverancia suficiente a darle clases, o si sencillamente la Tato no tuvo la habilidad para aprender: sólo aprendió a escribir su nombre, así que por lo menos no tenía que pasar por la vergüenza de entintarse el dedo y dejar su huella cuando tenía que firmar algo.

Lo increíble de la Tato era que, cuando me dolía la guata o estaba con diarrea o tos, ni esperaba a que llegara la mamá de su trabajo: sencillamente revisaba el cuaderno con las recetas que ella pegaba, reconocía cuál era la de la diarrea o lo que fuera, y con el cuaderno en la mano se iba caminando a la botica de Don Julio - que estaba a dos cuadras de la casa- y pedía los remedios correspondientes. Dejaba la compra a la cuenta de la familia y se volvía feliz a la casa. En el caso de que mi malestar no fuera tanto como para quedarme en cama, yo la acompañaba donde Don Julio, quien siempre nos convidaba un caramelo. Muchas veces también nos acompañaba Flash, el perro de la casa, hasta que un día salió corriendo detrás de un gato y lo atropelló un camión. Por suerte no vi el atropello, pero sí vi cuando Eliecer, el jardinero, lo fue a buscar con la carretilla y lo trajo tapado con un saco para enterrarlo en el jardín.

¡Cuántas cosas han cambiado en el lapso de mi vida, la que yo no considero siquiera sea tan larga! Pero si lo pienso, setenta y seis años es bastante, mal que mal suman mas de tres cuartos de siglo.

Mi casa de infancia estaba en la calle Málaga. Recuerdo que durante los primeros años nos íbamos en bicicleta con un vecino, pasábamos por debajo de unos alambrados de púa y nos dedicábamos a sacar sapos bajo un sauce que había en Américo Vespucio con Martín de Zamora. Ambas calles eran de tierra en ese tiempo. Cuando les cuento a mis hijos menores, de once años, que el mismo día que yo nací las tropas aliadas liberaron a París de la ocupación Nazi, me quedan mirando, como si yo hubiera nacido en la época de Carlo Magno.

En preparatorias, me acuerdo que mi dentista me parecía un viejo gruñón... y debe haber tenido treinta y tantos años. Otro personaje de esa época

era la señorita Eliana. Ella iba a la casa a darme clases particulares de inglés antes de los exámenes. Para esa fecha ya hacía calor. Ella aparecía siempre con un vestido veraniego y entre los botones se le veían los sostenes. Yo esperaba con ansias las clases.

Después de tenerme, mi madre pasó nueve años antes de poder quedarse esperando guagua nuevamente, por lo que yo, en mis primeros años, fui hijo único. Mi mundo era muy mío, no tenía competencia, me inventaba aventuras, aprendí a subirme a los árboles y a entretenerme solo.

En el encierro medio carcelario de estos meses que estamos viviendo por el famoso coronavirus, me he acordado mucho de la Tato. Ella tenía la manía, mientras planchaba o limpiaba, de hablar sola en voz alta. En realidad, no era que hablara sola, más bien conversaba con ella misma, cosa que me he pillado haciendo también. Al levantarme camino a la puerta voy diciendo en voz baja: “vamos a ver si llegó el diario” ... “¡qué raro! ¡No llegó y ya son más de las 7!” Me llego a reír solo. La verdad es que, en esta famosa cuarentena, que ya me tiene medio chato, conversar conmigo mismo es una forma de sentirme más acompañado.

Casi me da un poco de vergüenza decir que yo no leo. Lo encuentro medio como de tonto, pero es la verdad. El otro día, haciendo memoria, me daba cuenta de que fuera de los libros de lectura obligatoria en el colegio, yo habré leído dos o tres libros en toda mi vida. Y el último fue hace como cuarenta años. Sencillamente no me puedo concentrar... voy en la tercera página y ya perdí el hilo. Sin duda es una debilidad, y leer -en estos días de condena solitaria-, habría sido una gran compañía.

Bueno, entonces, además de conversarme a mí mismo en vez de leer, le saco partido a lo que tengo en el momento: gozo observando. Para mi suerte, el ventanal de mi dormitorio da al cerro Manquehue en toda su plenitud, sin que nada se interponga entre nosotros, desde que se asoma, al amanecer, hasta que se pierde en la oscuridad, pasando por miles de colores, sombras, nubes, lluvia y hasta con nieve, como el día de hoy.

La naturaleza es un regalo maravilloso que siempre he valorado y que en estos días ha sido una gran compañía. Es gracias a esta forma de paz que me regala la vista al maravilloso Manquehue, que puedo divagar entre los recuerdos que me tienen escribiendo ahora mismo sobre anécdotas de mi infancia, las que

me vuelven a la cabeza con tantas imágenes, todas salpicadas en el tiempo, entremezclando personajes y situaciones, los que en su mayoría me hacen reír.

Es en estos días, en el silencio de vivir solo, donde dejo que la mente se vaya libremente donde quiera y le permita al sol entrar a acompañarme desde que se asoma hasta cuando lentamente se despide durante el crepúsculo, llenándome de calor natural y pintando de colores cambiantes cada día de este encierro. Las veces en que no está lo echo de menos, y hay momentos que la nostalgia me invade.

Nunca he sido bueno para estar solo. Me acuerdo cuando me separé, después de veinte años de matrimonio con Belinda, mi señora americana, tenía pavor de que ella quisiera irse de vuelta a Washington con todos los niños. Quedarme solo me hubiera matado de pena. Le agradezco infinitamente el haberse quedado en Chile.

Las separaciones familiares son quiebres dolorosos. La herida que causa en los hijos, independientemente de la edad que tengan, siempre es un desgarró que deja huellas. Yo agradezco todos los días a mis hijos la generosidad que han tenido, el nunca haberme reprochado por causarles el dolor de ver a su padre partir, formar otras familias y darles más hermanos. En mi familia nunca se ha hablado de hermanastros o medios hermanos: simplemente son todos hermanos. Las relaciones entre los hijos de mis diferentes matrimonios son de un cariño y amistad que me emociona y conmueve. Los mayores son padrinos y amigos de mis hijos del medio, y los del medio también son padrinos de mis hijos menores.

En el trayecto de mi vida se ha ido tejido una relación interfamiliar que también valorizo y agradezco enormemente. Es gracias a eso que hoy tengo el privilegio poco común de pasar navidad en la casa de mi primera señora con mis nueve hijos, mi actual señora, con mis nueras y nietos, todos unidos, formando una gran familia extendida que goza los encuentros con armonía y cariño.

## **TEJIDO DE AFECTOS**

Son tantos los dichos, como “lo comido y lo bailado no te lo quita nadie”, o “no hay que llorar por la leche derramada”. Y cuando queda una cagada de importancia te repiten que “por algo pasan las cosas”. En fin, son dichos que uno mismo almacena. Reconozco que en mi vida he bailado y comido sin privaciones.

Mi vida ha transcurrido tan rápido y tan llenas de experiencias: enamorarme tantas veces, gozar tanto, querer tanto. Nunca me faltó nada; he vivido como si hubiese sido rico. Sólo hubiese querido que mi hermano Felipe no hubiera muerto.

Hoy miro para atrás y me siento un privilegiado. Ahora, producto del famoso virus, que me ha tenido aquí dándole vueltas a la perilla de la vida, pienso que quizás aún estoy a tiempo de tatuarme los brazos con: “sí con todo y no ni llorando” ...porque, en realidad, son lemas de mi vida. Si bien no los tengo impresos en la piel, los tengo grabados en mi alma y mi corazón.

Lo que he hecho en mi vida ha sido producto de eso: ¡he querido, trabajado y vivido con todo! No en vano tengo nueve hijos que me llenan el alma de tal manera que me es difícil de explicar. Incluso me emociono al escribirlo. Los ojos se me llenan de lágrimas de puro goce. Y hoy, además, tengo la fortuna de tener una mujer a mi lado que me quiere y me llena de energía e ilusión.

Todos los días, antes de cerrar la puerta de mi departamento, me tanteo los bolsillos para asegurarme de llevar las llaves, el celular y mi billetera. En esta nueva etapa de la vida, además de tocarme los bolsillos para no olvidar

nada cada vez que salgo, también miro por la ventana al abrir los ojos todos los días, impregnándome de la maravillosa naturaleza que me rodea, para así llenarme de energía creativa y subirme al carro del post virus, el que estoy seguro traerá una nueva realidad donde la familia, los amigos y la verdadera belleza de la vida serán mi fuente de energía.

En vez de dar gracias a la vida, yo hoy digo gracias al encierro: me ha regalado muchas horas de rabia, pero también de energía para sacar adelante este nuevo plan de vida. Si Dios me dio la salud y las pilas que tengo es justamente para usarlas.

Mi abuelo, el primer Moro que llegó a estas tierras, me dejó un legado de fuerza y pujanza. Con diez y siete años recién cumplidos, solo y sin saber una palabra de castellano, debe haber traído como equipaje solo un atado de ropa y un baúl rebosante de energía y ganas de ganárselas a la vida. Después de abandonar su familia y su casa, en esta nueva tierra trabajó sin tregua toda su vida en Iquique. Sin alcanzar a conocerlo, me dejó como regalo a su único hijo, el que me engendró .

Los recuerdos permanentes de mi papá son los de un hombre cariñoso, recto, muy justo. Y me han acompañado siempre. Me acuerdo cuando me enseñó a pescar amarrando la mosca con sus manos temblorosas, igual que las mías. Yo, con alpargatas, lanzaba desde la orilla, mientras el papá con sus botas de pesca, en la mitad del río, lanzaba con gran estilo casi llegando a la otra orilla.

Las primeras imágenes de mi niñez que se me vienen a la mente son en nuestra casa de campo en Renaico con mis viejos y mis hermanos Felipe y

Gerardo. Me acuerdo de unos sapos, gaviotas y pescados de mimbre enormes colgando del techo de la casa, mandados hacer a un mimbrero por mi mamá, los que con mucha imaginación convirtió en lámparas.

En Santiago, me acuerdo de la mamá cocinando cosas exquisitas, manteniendo en la casa su gran estética. La veo con una permanente sonrisa expresiva y manos cariñosas. Gracias a usted mamá, por la imaginación que me dejó de regalo. Gracias también a usted, papá. Gracias a todas las personas que me dejaron regalos de cariño, entre las que no puedo dejar de mencionar a quien llamé “mamita”. La Tato pasó toda su larga vida con nosotros como parte de la familia... “la mama Tato”, como le decía el resto del mundo, a quien aún recuerdo diciéndome, cuando algo me perturbaba o me hacía daño: “no le haga juicio mi amor”.

La Nonita, mi abuela paterna, con quien veraneé varias veces en el hotel O’Higgins, donde ella vivía, me regaló recuerdos maravillosos patinando en la terraza en el techo del hotel, recorriendo Viña en coche a caballos, o yendo a la terraza del Miramar para ver la puesta de sol. Además, de almorzar todos los días en el restorán Ciro, obvio siempre en la misma mesa. Volvíamos caminado al hotel conversando felices, ella en su español mezclado con italiano.

La Yaya, mi abuela materna, que vivía frente a la plaza Italia, en esos edificios café encima del teatro, me leía las Odas de Neruda en su cama antes dormir siesta. Recuerdo también que, cuando me quedaba a alojar en su casa, oíamos los rugidos del león del zoológico al amanecer.

Ese es mi tejido de afectos, el que me llena la cabeza de ricos recuerdos de humor, ternura y cariño.

Cuando tenía siete años, nos mudamos del departamento en la calle Augusto Leguía, a una casa preciosa y muy grande, con un jardín enorme, en la calle Málaga 431. La casa quedaba a dos cuadras del colegio Verbo Divino, donde fui alumno fundador con el número 128. Mis recuerdos de esta época son curiosos de repasar hoy.

En el primer piso de nuestra nueva casa, el papá tenía su dormitorio y su baño, y la mamá lo mismo, además de una salita de estar conectada a su dormitorio. En otra ala de la casa había un living enorme y un comedor grande, que se usaba los fines de semana o en los muchos eventos sociales que tenían mis viejos. También había un área de cocina, el repostero, el comedor de las nanas, la despensa, los dormitorios de las nanas. Y un poco más allá, pasando la lavandería, estaba la pieza del mozo. Era una zona de la casa entretenida. Ahí, en muchas oportunidades, almorcé y deambulaba robándome cosas de la despensa a puerta cerrada.

En el segundo piso estaban nuestros dormitorios, el mío y el de Felipe. Después, cuando nació Gerardo, ocupó el suyo; a estos tres dormitorios se sumaba la pieza de la Tato y un baño que compartíamos. Además, había una kichinet con un montacarga desde la cocina, por donde nos mandaban el almuerzo y la comida. El desayuno se preparaba arriba. Teníamos nuestro living comedor, con una radio donde oíamos todos los días en la tarde “Residencial la Pichanga”, un gran programa de mi juventud hasta que me fui interno.



En verdad eran como tres casas en una. Mis padres en una en el primer piso, los empleados en otra, y en el segundo piso, los niños con la Tato.

También estoy impregnado de recuerdos en el internado en el colegio The Grange. Todos son recuerdos muy buenos, contrariamente a lo que muchos puedan creer. Obviamente, yo hoy no mandaría internos a mis hijos, sería de locos, pero en ese tiempo muchos fueron al internado o a la escuela militar. Ahora me da risa: yo, dentro de mi recorrido, pasé por los dos. Lo único más o menos malo de ese período de mi vida fue que todos mis amigos iban a la salida de los colegios de mujeres para conocer niñas y los viernes o sábados salían en grupo a bailar a Lo Curro. Yo, que nunca tuve hermanas y, además, vivía en el colegio, no conocía niñas de mi edad y para peor no sabía ni bailar.

Después de salir del colegio trabajé un par de años en una mueblería, que fueron un gran aprendizaje profesional y despertaron mis primeros sueños de independencia; fue ahí cuando decidí viajar.

Partí a vivir a Washington siendo despedido desde el aeropuerto de Los Cerrillos por mis viejos y un montón de amigos y amigas. Hoy me río mirando las fotos: viajé de terno gris y corbata con un maletín de oficina negro. En Estados Unidos, mi vida cambió radicalmente.

Llegué a vivir a un departamento donde ya estaba mi gran amigo Juan Carlos Edwards y Pedro Bianchi, a quien conocía, pero todavía no éramos amigos. El departamento tenía un dormitorio y un living comedor que también hacía de dormitorio. En el techo del edificio había una piscina. La vida en ese departamento y en la casa que vivimos después fue un carnaval permanente.

Me matriculé en el International Interior Design Institute para estudiar decoración: fue toda una experiencia. Por primera vez compartía clases con mujeres y, dentro de todo, era bastante tímido. Era casi el único hombre entre treinta mujeres y el único extranjero. Muy rápidamente me fui dando cuenta de que este curso solo me iba a servir para conocer mujeres. El resto era una lata, un curso básico. Duré muy poco y pronto encontré un trabajo de barnizador que era súper entretenido, me pagaban bien y de nuevo era el único extranjero y, además, el único blanco. Me hice de amigos y hasta empecé hablar como negro cuando estaba trabajando.

Mientras, mis amigas del instituto fueron de gran compañía. Me sentía un latín lover. Con el tiempo me compré una bicicleta, que guardaba a mi lado dentro del taller, donde pintaba con aerosol de distintos colores y muchos dorados para terminar dando pátinas de cera. Con las sobras del dorado, terminé pintando mi bici entera, cadena y neumáticos incluidos: era una escultura dorada, destellante y voladora.

Pronto empecé a conocer más gente y muy luego entré de mozo los viernes y sábados en la noche en una disco muy taquilla, donde me hacía mucha plata con las propinas. Fue el comienzo de una etapa muy libre en mi vida: ahí corté definitivamente mi cordón umbilical.

Los animales son más sabios que nosotros. Las hembras paren sus crías y apenas ven que ya están capacitadas para comer solas y entendieron el valor de la sobrevivencia, las empujan para obligarlas a valerse por sí solas, ya sea a volar, comer, reproducirse, defenderse o correr libres por las praderas. A

nosotros nos cobijan en exceso, nos acompañan dándonos demasiados consejos. Todo eso mezclado con reglas y expectativas que nos persiguen siempre, las que de alguna manera nos aprisionan si es que no realizamos debidamente el destete. Aunque quizás para algunas personas la importancia de desligarse del amparo no sea tan importante. Incluso puedo entender el no querer abandonar totalmente ese velo protector.

Volviendo a mi viaje, Washington para mí fue crucial en su momento, cuando, sin darme cuenta, inicié el proceso de la liberación lejos de mi casa. Ya no había nadie a mi lado para aconsejarme ni guiarme, no había nadie para cobijarme si me venía la pena, ni para aplaudirme si tenía éxito. Ahí es cuando uno decide día a día qué hacer, cómo hacerlo o no hacerlo. Fue ahí cuando, sin darme mucha cuenta, tomé las riendas de mi vida, sensación que hasta hoy gozo, asumiendo todos los errores y aciertos vividos.

## SENOGRAFÍA

Cada vez que oigo de alguien que habla cinco o más idiomas porque, su padre era empresario de compañías extranjeras, vivió en diferentes países durante años, me da envidia. Me encantaría hablar cuatro, ojalá cinco idiomas, eso para mí sería lo máximo, siempre y cuando incluyera al italiano, porque en el fondo, siendo mi abuela italiana, siento que esta lengua es parte de mi sangre. Ahora, si además dentro de esos idiomas estuviera el portugués, y yo pudiera entender lo que canta la María Bethania, sería como irse al cielo.

Por otro lado, no sé si me gustaría no sentir el apego único que tengo con mi país, lo que no es por patriotismo: es más bien que me cuesta no vivir en Chile. El único otro país en el que he vivido es Estados Unidos, cuando era joven y descubría el mundo. Y después, por razones un tanto especiales, en 1973, cuando el destino me mandó de vuelta a vivir en Washington.

En mi primera estadía, que duró alrededor de dos años, lo pasé muy bien. De hecho, esos años fueron de gran importancia y trascendencia para mí. La segunda vez, en el '73, lo hice arrancando del socialismo a la cubana que se imponía en mi país, con el que soñaba cada noche, preguntándome cuánto iba a durar ese gobierno. En el extranjero me sentía un inmigrante. Y en verdad lo era. Siempre he sentido pena por los que fueron deportados durante el gobierno de Pinochet, gente que no hablaba el idioma del país al que llegaba, que dejaba a sus familias, como las que mandaron a Alemania del Este. A muchas personas les cambió la vida en ciento ochenta grados: a veces se iban con su pareja, a veces solos. La señora podía llegar meses después o no llegar nunca. En algunos casos, hubo separaciones familiares definitivas y estas personas formaron otras familias en el extranjero. Sus hijos pueden ser hoy mitad alemanes o suecos. Algunos, después de sufrir el desapego, se rearmaron y formaron nuevos mundos: se enamoraron, estudiaron carreras impensadas, obtuvieron doctorados en La Sorbonne, y aún viven afuera.

En mi caso, vivir en Washington en 1973 me tenía en un estado de incertidumbre total, aunque estaba en una burbuja de privilegios. Mi señora era norteamericana, vivíamos en la capital de unos de los países más importantes del planeta, y mi familia política me quería. Me dieron todos los contactos para que pudiera iniciar una nueva vida. Pero me faltaba el guatón que vendía flores en la esquina de mi antigua casa, el humor local. Echaba de menos hasta el olor

de Chile. Vivía con la constante esperanza de poder volver lo antes posible. Quizás era muy huaso o bien muy regalón.

Finalmente, decidí aprovechar el tiempo y tomé un curso de Escultura durante un semestre en una escuela de gran prestigio a metros de la Casa Blanca. Era un edificio clásico y de grandes espacios, por el que circulaban estudiantes de distintas edades y culturas, lo que era una experiencia nueva para mí y muy dentro mis intereses. Fueron meses muy entretenidos. En mi curso éramos como treinta personas, la mayoría mujeres. Pasábamos días enteros experimentando con diferentes materiales y formas, hacíamos maquetas en alambre y en cartón, hasta que, al final, modelábamos en yeso. Uno de los desafíos fue modelar partes de mi cuerpo con una pasta semejante a esa con las que te sacan molde los dentistas. Te la echabas y cuando comenzaba a secarse, te hacías un molde. Yo hice uno de mi mano derecha. La mayoría de las mujeres los hacían de sus pechugas, unas en posición sentada, otras, tendidas.

En la presentación final, se exhibían todas las presas en yeso sobre un mesón enorme. Era una escena loquísima, con falos, pechugas, piernas, manos y pies. Parecía más un estudio de anatomía en una escuela de medicina que una muestra de arte.

Alternaba mis clases de escultura con visitas a los museos, además de investigar posibles proyectos para trabajar y tener ingresos. Pasaban los meses y la situación en Chile no daba señales como para pensar que el país se libraría de ese socialismo a la cubana muy pronto.

No fue un período fácil. Las noticias que daba la prensa, combinadas con las informaciones que recibía de mis padres y amigos, y especialmente de quien quedó a cargo de mi oficina, eran francamente negras. El futuro solo se alimentaba de la esperanza. Soñaba con que Allende terminara su mandato y viniera un gobierno de transición hasta llamar a nuevas elecciones, y que recuperáramos la democracia. El clima de incertidumbre e inestabilidad en que vivíamos hacían difícil planificar. Era como estar viviendo un viaje que no tenía ruta ni destino definidos.

El 11 de septiembre cambió drásticamente el destino del país y el de mi vida familiar. Ese y muchos días después los pasamos pegados a las noticias, las que a medida que pasaba el tiempo mostraban el horror, retratado en los cadáveres flotando en el río Mapocho, lo que hablaba de un clima muy tenso. Lo único que yo quería era volver a Chile, pero, por otra parte, mi señora y mis

suegros, con justa razón, no veían mucha lógica en esto: debe haberles parecido descabellado.

Después de varios meses de incertidumbre y de reflexión, decidimos volver a Chile. Los abogados definieron mi situación para que se me permitiera el ingreso al país y emprendimos el retorno.

Ya de vuelta en nuestra casa y reincorporados a la vida en Chile - que intentaba recuperar la armonía social-, tenía el desafío de volver a poner en pie mi actividad, adaptándome a los difíciles momentos que vivíamos. Mi oficina y tienda estaba en la calle Santa Magdalena, a una cuadra del Café Coppelia y a metros de Los Caracoles, en el corazón de Providencia, que por entonces era un polo comercial y social de mucha actividad. Ahí tenía mi *show room* de muebles, que de hecho resultaba muy atractivo: era la primera tienda de decoración como tal que hubo en Chile, en la que se exhibían muebles cromados, de acrílico, con mucho color, lo que para la época era revolucionario.

Con un destacado grupo de asesores de ese entonces, agregué una galería de arte al *show room*. Ahí expusieron reconocidos artistas, como Benjamín Lira, María Mohor, Tatiana Álamos y varios más. En vista del éxito obtenido, y acordándome de mi paso por la escultura, en junio de 1975, decidí hacer un concurso de escultura, cuyo tema serían, exclusivamente, los senos. La muestra se llamó “Senografía”. Se hizo una convocatoria a través de la prensa y de todas las universidades a lo largo del país, y se conformó un jurado de enorme peso en el que figuraban Juan Egenau, Raúl Valdivieso, Sergio Larraín, Teresa Serrano, Romolo Trevi y Juan Vial. La carátula de la invitación, dibujada por Benjamín Lira, y los extensos textos escritos por un historiador, expresaban la importancia de los senos en el arte. En un pasaje, decía: “por encima del vientre abultado de las primeras deidades prehistóricas, los enormes senos parecen universos en ebullición”.

El concurso, cuyo tema único entonces era los senos, invitaba a participar a todos los chilenos y extranjeros residentes, otorgando absoluta libertad en la selección de materiales. El primer premio era un millón de escudos en efectivo.

El concurso fue tan exitoso que recibimos más de sesenta obras en materiales de bronce, madera, jalea, yeso, y aluminio, entre otros. El día de la inauguración, la cola para entrar llegaba hasta la esquina. El ganador fue Carlos Lepe, quien más tarde llegaría a ser un ícono del Arte Pop en Latino América.

Yo no iba a perder la oportunidad de participar, por lo que como expositor anónimo y fuera del concurso, empecé la búsqueda de una modelo que se prestara para ello. Siempre me habían llamado la atención las grandes pechugas de una antigua secretaria de Patria y Libertad. La ubiqué, le propuse que fuera mi modelo, y ella aceptó con gusto.

Un frío domingo en la mañana, la fui a buscar a su casa. Llegamos a mi oficina que era un témpano, prendí una estufa y le hice un café caliente. Mientras conversábamos sobre cuál sería la mejor postura para que le aplicara la pasta para moldear, se nos ocurrió que se podía lograr una pose interesante si se acostaba “de guata” sobre mi escritorio, dejando que sus pechugas cayeran naturalmente al vacío, libres. Para que apoyara su cabeza y sus brazos usaríamos el respaldo de un sillón.

Puse una música adecuada. Ella se sacó la blusa y los sostenes y tomó la posición acordada, mientras yo, acostado de espalda en la alfombra para moldear sus pechos, tenía, directamente sobre mi cara, esas pechugas gigantes a las que el frío había dado piel de gallina. Tenía que embetunarlas, formando una capa relativamente sólida, y luego esperar a que la pasta se endureciera para poder desmoldarla manteniéndola adherida a su piel, lo que no era un esfuerzo menor.

No sé si fue porque el tamaño de las pechugas colgando era mayor a lo imaginado o qué, pero después de varios intentos los moldes eran de una forma tal que no podíamos sino reírnos de cómo habían resultado. Nos miramos, ella se vistió, apagamos la estufa y nos fuimos a la Fuente Alemana a comer un lomito antes de llevarla de vuelta a su casa y renunciar al proyecto.

## AÑO HISTÓRICO

En junio de 1989, sin saber lo que sucedería ese año en el mundo, partí en un tour a Rusia con quien era mi señora en ese momento y mi hija mayor. Nos acompañaba mi gran amiga la Susanita y su familia. En esos años, el turismo a la Unión Soviética estaba recién abriéndose y casi la única manera de viajar era en tour.

Aeroflot era la aerolínea que existía para llegar a Rusia, que salía de Buenos Aires, desde donde iniciamos el viaje. No me acuerdo cuántas horas duró el vuelo, pero sé que se me hizo eterno. Era un avión inmenso que paró en cuanto lugar pudo, recogiendo a los marinos de la flota pesquera rusa que retornaban a su país después de meses en alta mar. Las azafatas no hablaban ni una palabra que no fuera ruso. Cada tanto, pasaban con una tetera de plqué anticuada sirviendo leche fría en unos vasos de cartón, acompañados de unos trozos de chocolate amargo. La única entretenición del vuelo era escuchar las sonoras carcajadas y conversaciones a gritos de los marinos rusos.

En la última escala, en el aeropuerto de Trípoli-, me acosté en el suelo de cemento con la espalda acalambrada, a esperar la hora de salida del vuelo.

En el aeropuerto de Moscú, después de filas interminables, llegamos al control de ingreso. Con una actitud desafiante, un militar nos extendía la mano pidiendo los pasaportes y la documentación con las visas, mientras cotejaba la foto con tu cara, lo que consistía en mirarnos fijo sin pestañar durante varios silenciosos minutos. Finalmente, con toda calma, timbraba los papeles. Fuera de las películas de espionaje, nunca sentí esa calma tensa y nerviosa.

Camino al hotel, mis ojos de repente quedaron en modo pausa al ver un letrero gigante donde lo único que pude entender fue “Pink Floyd” y la fecha del día siguiente. En cuanto llegamos al hotel, corrí buscando una persona que hablara inglés para saber cómo se podían comprar entradas para el concierto. Me explicó que estaban agotadas, pero que no me preocupara: si iba a la entrada del estadio bastaría con que ofreciera un trueque con cigarrillos americanos y de seguro entraba.

Recién después de averiguar cómo entrar al recital de Pink Floyd, reparé en el hotel. Era una masa de concreto con seis mil habitaciones, un tanto venido a menos. Según supimos, era el hotel más grande de Europa.



Al día siguiente, bajé de inmediato al lobby para que me explicaran bien cómo era esto del posible trueque para entrar al recital. Hay que recordar que estamos hablando de una Unión Soviética en proceso de abrir tímidamente las puertas al resto del mundo, cosa que para el ruso promedio era deslumbrante. El poder fumar algo que no habían fumado por generaciones era de un status increíble. Para suerte mía, yo en esa época fumaba, y, además, eran Mallboro.

Pertrechados de cigarrillos, fuimos con mi hija universitaria a pararnos en la puerta del estadio donde daban el concierto. Era mi primer día en Rusia, me sentía bastante poco desenvuelto, para no decir cagado de susto. En las afueras del estadio reinaba un ambiente muy especial. Había mucha gente, cantidades de militares jóvenes, además de civiles vestidos de modo formal. Las mujeres iban todas vestidas como para una fiesta de graduación, con polleras de gazas y brillos, y el pelo tomado con unos rosetones brillantes, como envoltorios de cajas de bombones de lujo. Todos estaban en perfecto orden, formando filas en silencio. Eso no tenía ninguna similitud con lo que era un concierto en occidente: no había nadie en jeans, los que prácticamente no existían en Rusia.

Me decidí a iniciar el show de los Malboros. Con mi hija, nos paramos entre las muchas filas del público que entraban al estadio. Yo llevaba dos paquetes nuevos, uno en cada bolsillo del pantalón, por si uno no fuera suficiente. Saqué una cajetilla mostrándola como quien no quiere la cosa. No pasó más de un minuto, cuando se acercó un militar de mediana edad haciendo unos gestos como preguntándome si queríamos entrar. Con la cabeza le indiqué que sí, me hizo un guiño para que guardara los cigarrillos en el bolsillo y, acto seguido, empezamos a seguirlo. En el primer control - también de militares-, habló con tono muy decidido, nos hicieron pasar sin titubear. En el segundo control, ya dentro de los muros, pasó lo mismo. Luego, nuestro guía nos mandó por unos pasillos internos en el subsuelo: la música ya podía oírse fuerte por los parlantes. Dimos varias vueltas. Sorpresivamente nos asomamos a la cancha, que estaba llena de sillas y no había nadie de pie. Acercándonos al escenario, llegamos a la primera fila con todas las sillas vacías. Nuestro guía nos indicó por señas que escogiéramos dónde queríamos sentarnos, discretamente, le entregué la cajetilla.

Mientras él desaparecía, nosotros no podíamos creer donde estábamos. Mirábamos en todas direcciones este estadio enorme techado, que empezaba a llenarse de gente, toda muy ordenada, como viviendo una experiencia nunca

vivida, casi tímida y en estado de asombro. Poco a poco, algunos efectos especiales empezaron a iluminar el público. En cosa de minutos el estadio se llenó y en medio de un estallido de humos y explosiones que iluminaban hasta el techo del estadio ¡entró la famosa banda de Pink Floyd interpretando a full sus hits! Los primeros minutos fueron más bien fríos. El público estaba como atontado. Pero a medida que los efectos especiales empezaron a lograr un ambiente impresionante y Roger Waters cantaba todos los clásicos de la banda, el público enloqueció y para nuestra sorpresa empezaron a corear todas sus canciones de memoria. La banda se sumó en delirio con el ambiente, hasta que después de casi dos horas, al cierre del concierto, los uniformados lanzaban sus gorras al aire y los aplausos no pararon por mucho tiempo.

Eran tiempos de cambio, especialmente en la Unión Soviética que, después del fin de la segunda guerra, y ahora bajo el mando de Mijaíl Gorbachov, iniciaba su apertura mediante la Glásnost, abriendo así un camino de libertad de expresión. Miles de presos políticos y disidentes fueron liberados y la doctrina Brézhnev, que les daba apoyo militar a los regímenes comunistas del Este, fue abolida. Eran los tiempos de la Perestroika, soplaban vientos de libertad y también de decadencia, el Gobierno había perdido el control de la situación económica. En noviembre de ese año caería el muro de Berlín, lo que marcaría el fin de la era comunista en la región del Este. Sin duda, estar viajando por la Unión Soviética en ese momento fue algo muy increíble. Era vivir el cambio por dentro.

Al día siguiente del concierto iniciamos la visita a la ciudad. Lo primero que me impactó fue encontrar una ciudad enorme, llena de grandes avenidas y parques. Si bien había cientos de edificios de concreto de la arquitectura comunista del último siglo, el centro histórico era absolutamente espectacular. El conjunto de edificios del Kremlin - según nos explicó nuestra guía-, ocupaba una superficie de veinticuatro hectáreas a orillas del río Moscova. Era una ciudad amurallada de lo que, en algún momento, fueron los límites de la ciudad antigua. Dentro de estos muros, además de los muchos edificios de gobierno, vimos el Gran Palacio, una obra monumental y preciosa con salones impresionantes de alturas nunca antes vistas por mí. El gran salón contaba con muchas cúpulas y nichos de diez y ocho metros de alto. Ubicado en la cima de la colina, miraba al río, rodeado de otros palacios y catedrales de majestuosas arquitecturas rusas y bizantinas.

Dentro este conjunto de monumentos vimos la famosa Plaza Roja, que debe ser una de las plazas más grande del mundo, si es que no es la más grande.

Pero lo más impactante no es el tamaño, sino lo que representa. Por una parte, da cuenta de la historia reciente de Rusia con la tumba de Lenin, donde está su cuerpo embalsamado, con las escoltas de pie a sus costados y por donde se pasa en fila inda y en silencio para observarlo. Acercándome al ataúd, no me di cuenta de que llevaba una mano en los bolsillos, lo que era una falta de respeto. Un guardia se me acercó por atrás pegándome una feroz palmada en la mano, la que hizo eco en el silencio del majestuoso espacio, indicándome con ese gesto de rabia que me la sacara de inmediato.

De pie en el centro de la Plaza Roja se respira un asombro total por la majestuosidad y la mezcla ecléctica de edificios impresionantes, la Catedral De San Basilio con sus cúpulas por un costado, el Museo de Historia con su imponente fachada roja, el majestuoso edificio de las tiendas Gum. Esta es una tienda por departamentos construida hace más de ciento veinte años al fin de la época imperial. Su fachada ocupa más de dos cuabras de largo, todo esto alternado con jardines, iglesias de varios credos (todas cerradas , la religión estaba prohibida), más cientos de esculturas y monumentos que muestran el pasar glorioso de los muy distintos períodos y momentos que ha vivido esta ciudad, lo cual la hace muy emocionante.

Al caminar por las callecillas pude ver mujeres mayores, vestidas casi todas de negro, con sus cabezas envueltas en pañuelos anudados bajo el mentón. Iban en actitud de gran recogimiento, rezando el rosario, semi escondidas, a metros de las puertas clausuradas de las iglesias.

Después de esta impactante mañana, nos dedicamos a conocer las estaciones del metro, las que son conocidas como los palacios subterráneos. La mayor parte fue construida antes de la Segunda Guerra Mundial. Eso explica por qué casi todas están a más de ochenta metros bajo tierra: fueron concebidas como refugios ante posibles ataques nucleares.

La línea 5 - que fue la que visitamos - debe tener unas diez estaciones. Al verlas, cuesta entender el enorme trabajo de arquitectura y arte para construir las: mármoles, vitrales, esculturas de todo tipo. Era como estar dentro de catedrales más que en estaciones de metro, y lo más impactante fue ver cómo el público cuidaba el metro. No había rayados ni suciedad alguna, además de ser un lugar muy seguro, lleno de policías.

El lobby del hotel tenía un bar donde, en las tardes, nos juntábamos los de grupo. Había también algunos pocos turistas europeos, mezclados con las clásicas prostitutas vestidas muy elegantes, las que me tinca que no encontraban

muchos clientes, la entrada a los rusos estaba prohibida. En el bar aprovechamos de comprar botellas de vino para llevar al restorán, siguiendo el consejo secreto de nuestra guía, la que nunca pudo compartir con nosotros ninguna comida: nos dejaba en el restorán y nos volvía a busca a una hora determinada, obedeciendo las estrictas reglas del comunismo.

Una noche, le pedimos a la guía que el mini bus nos llevara y dejara a una cierta distancia para caminar un poco. Era un día precioso de pleno verano y los días soleados eran eternos. Recuerdo que me pareció muy extraño caminar sin ver ninguna propaganda: las vitrinas casi no existían. La gente que circulaba nos quedaba mirando, siempre con respeto.

Llegamos a un sitio donde decía “Peptopan”, me imagino que porque sonaba parecido a “restorán”. Subimos al segundo piso de un edificio de cemento sin gracia alguna. El salón era bastante oscuro, con lámparas y pantallas imitando velas. Solo había otra mesa con cuatro comensales, los que deben haber sido funcionarios de la elite del Gobierno. La señora que nos atendió nos entregó a cada uno un menú impreso en papel de carta. Con un inglés muy básico y mucho acento, nos describió las alternativas que ofrecía: en lo que todos nos fijamos fue el caviar. Nos lo trajeron en unos platos servidos. Eran porciones muy generosas de un caviar exquisito, sin adorno alguno. Intenté pedir limón sin éxito, me la jugué con lo que ya me había dado cuenta de que tenía un efecto inmediato: en una servilleta puse un par de billetes, pidiendo muy lento y pronunciado “lemon”. De inmediato aparecieron tres limones en la mano de la señora. No pedimos nada más, excepto que nos repitiera la orden de caviar.

En el hotel, nos tomamos un trago conversando entre señas con un grupo pequeño de clientes y con las chicas de la noche. Compartimos cigarrillos y anécdotas que solo pueden suceder en las noches moscovitas.

En nuestro último día en Moscú salimos a recorrer sin la guía y en grupos chicos por lo que parecía un distrito comercial muy activo. Había algunas tiendas y mucha gente joven en las calles vendiendo o haciendo trueque por lo que fuera. Si yo hubiera llevado a Rusia un par de blue jeans, me podría haber conseguido un tanque.

Sobre las veredas, estos vendedores ambulantes espontáneos vendían o intercambiaban, literalmente, cientos de gorras militares, condecoraciones de la segunda guerra, souvenirs de la ocupación de Afganistán... Yo aún conservo un

reloj de pulsera de soldados paracaidistas, con el emblema estampado en la esfera.

En esta locura de deshacerse de todos los emblemas militares se percibía una especie de hastío hacia todo lo que representara el régimen comunista. Lo extraño era que no había señales de represión policial. Paseamos comprando y canjeando diversos objetos por cigarrillos durante horas. Era una experiencia muy extraña: cada vez que entregaban sus mercaderías, los vendedores improvisados lo gozaban intensamente.

Para capear el calor, hicimos una lenta cola para comprar helado. Finalmente, apuntando a uno de los dos sabores que había elegido, me di cuenta de que la lentitud de la cola se debía a que, cada vez que llenaban el clásico vasito de papel, lo pesaban y cobraban por los gramos que contenía. Para sacar la cuenta del valor usaban un ábaco de madera deslizando las pelotitas de madera por el alambre.

Mi último día en Moscú, más que a conocer la ciudad, lo dediqué a vivir la experiencia de un día de verano en la capital del comunismo.

Después partimos a Kiev, donde llegamos luego de atravesar toda la burocracia comunista y de un vuelo de una hora y media. Sobre el vuelo, puedo decir que me llamó la atención el público ruso: siempre vestían como de domingo, con unas maletas de cartón piedra forradas en papel de diario para protegerlas. Acataban las colas con una resignación total, sin la más mínima mueca.

Kiev. No hay ciudad más linda en el mundo. Es tal cual como la describe Mijaíl Afanásievich Bulgákov, el gran escritor ruso. La verdad es que la ciudad es preciosa, con 1500 años de historia, atravesada por el río Dniéper, el más extenso de toda Europa. Ciudad de colinas suaves, de grandes avenidas y parques intensamente verdes, con un conjunto de monasterios destellantes con sus cúpulas doradas y el Monasterio de San Miguel, de color azul, que se acopla al cielo del verano asoleado.

Kiev fue la excepción dentro de todas las ciudades que visité. Era una ciudad de gente más alegre, no tanto como para decir que se respiraba un ambiente festivo, pero sí había un clima más sonriente y claramente se sentía una energía vital que hacía entender la fiereza de su pueblo. Cómo ha peleado para resistir todos los embates del intento comunista hasta el día de hoy.

Durante los dos primeros días, disfrutamos de unas ricas comidas de tradición propia, y del paisaje con sus catedrales milenarias.

Un día, mi amiga Susanita y yo salimos atrasados del hotel: la idea era ir al área de San Andrés bajando por las grandes avenidas, que ya habíamos recorrido los días anteriores. Al subir al taxi, le hice una señal al conductor con la mano abierta. Mostré mis cinco dedos, dando a entender que sabía que el valor del viaje era cinco rublos, como para demostrar que yo no era el típico turista del que, en todas partes, los taxistas se aprovechan. El chofer, mirando hacia atrás, me hizo el mismo gesto, pero lo repitió dos veces, dándome a entender que eran diez rublos. Con un poco de risa, acepté pagarle lo que me indicaba, pero dándole a entender que entonces yo manejaba, después de lo cual el chofer detuvo el auto, se bajó riendo igual que yo y se sentó como copiloto. Acto seguido, acomodé mi asiento (era el típico Lada de la época, con su palanca de cambios al piso con una bola transparente como manilla). No sé quién se reía más, si la Susanita o el chofer: mi desafío era alcanzar el taxi donde iban los primeros de nuestro grupo - ahí iba mi hija-. Para impactarlos con esta escena, le metí pata al acelerador y empecé a pasar autos por la izquierda y la derecha. El chofer me daba a entender con la mano que mi forma de manejar costaba mucho dinero, obviamente por las multas, a lo que yo le devolvía las señas indicándole que no se preocupara, que tenía muchos billetes. Después de varias cuadras logré pasarlos, tocándoles la bocina: aún recuerdo la cara de espanto de mi hija y del chofer del otro taxi. Un poco más allá nos detuvimos, nos abrazamos con nuestro chofer y le di treinta rublos como premio por su humor, los que no eran ni cinco dólares. Los choferes se quedaron parados en la calle conversando y nosotros nos alejamos sin que el grupo pudiera creer lo que había hecho.

Al día siguiente viajamos en bus hacia Praga, cruzando unos campos agrícolas un tanto abandonados, con construcciones campesinas de madera sin mayor encanto. Hoy me doy cuenta que, en realidad, estaba atravesando el sur de Polonia. Cuánta historia contemporánea tienen estas tierras: la primera y segunda guerra arrasaron con estos pueblos invadidos y diezmados cruelmente por los alemanes y rusos en distintas épocas.

Para mí, llegar a Praga tenía un especial interés. Primero, porque esta ciudad fue parte del imperio Austro Húngaro y mi abuelo paterno - que emigró desde Croacia en el año 1884- llegó a Iquique con pasaporte austro húngaro. Y, por último, porque ésta sería la última ciudad que visitaría, ya que tuve que

volver a Chile antes de lo planificado por un compromiso de trabajo, dejándome solo un día y medio para visitarla.

La mayor parte de mi excursión la hice caminando relativamente rápido para aprovechar el corto tiempo que tenía. Me fui directo a la ciudad vieja recorriendo sus callejuelas adoquinadas, cruzando el grandioso puente de piedra llamado el puente Carlos por sobre el río Moldova.

La historia judía de esta ciudad es de larga data, se remonta al siglo XII y termina con el exterminio judío durante la Segunda Guerra Mundial. Curiosamente, esta ciudad no fue tan destruida durante o después de la ocupación nazi, porque Hitler, en su cruel locura, la preservó para dejarla como “La ciudad museo de la raza extinta”

Su barrio judío, Josefov, hoy está casi intacto, al igual que su cementerio, el que fue uno de los lugares que más me emocionó. Ahí aprendí que hay cerca de doce capas de cuerpos unos sobre otros bajo tierra, que datan del siglo XV hasta la última tumba, en 1787, fecha en la que fue clausurado. El conjunto de miles de lápidas apiladas casi una encima de la otra, hoy cubiertas por moho, a la sombra de enormes árboles y con los cuervos graznando, fue algo absolutamente sobrecogedor.

Para dejar atrás esta impactante experiencia, me encaminé hacia la gran plaza en la Ciudad Vieja. Recorrer sus rincones es remontarse a una mezcla increíble de historia, la que está reflejada en su arquitectura: desde lo medieval, lo clásico, el art Deco y el art Nouveau, formando un intrincado tejido urbano, que me hacía imaginar al propio Kafka recorriendo esos vericuetos.

La gran plaza y su enorme explanada, como en muchas otras ciudades, partió siendo un mercado. En este caso, su historia se remonta al siglo X. Con el andar del tiempo, en el siglo XIV se construyó la iglesia de Nuestra Señora del Tun y el Ayuntamiento, lo que marcó el principio del poder político y religioso de la ciudad. Ahí ocurrieron grandes hechos, como la coronación de reyes y también acontecimientos trágicos, como ejecuciones varias. Esta magnífica plaza de nueve mil metros cuadrados en sus cuatro caras aún mantiene la mezcla de las fachadas originales de las casas particulares, como de importantes edificios, los que se fueron construyendo a través de la historia y donde hasta el día de hoy se celebran grandes acontecimientos todos los años.

Otro de los lugares importantes es la plaza de Wenceslao, con la estatua ecuestre de este santo . Fue en esta plaza donde, cinco meses después de mi visita, se reunieron miles de opositores al régimen comunista dando comienzo a la llamada Revolución de Terciopelo, que marcó el inicio del fin del comunismo en Centro Europa.

En fin. Después de concluir mi rápido recorrido por esta bellísima ciudad, estaba planificado que celebraríamos una última comida con el grupo, ya que ellos después seguirían su viaje y yo le pondría fin.

Al día siguiente, con el ritmo un tanto acelerado de la estadía en Praga, hice rápidamente mi maleta y me encaminé al aeropuerto. Como de costumbre, hice la cola hasta llegar al punto de embarque, presenté al militar de turno mi pasaporte y, en ese momento, me di cuenta de que no llevaba el documento que se exigía para entrar y salir de una ciudad a otra, y el que enumera las joyas u otros elementos que se deben declarar. Bastante nervioso, di en inglés toda clase de explicaciones, tratando de dar a entender que no me había dado cuenta de esta situación y aclarando que tenía un vuelo en una hora más. Lo único que me repetía el funcionario era “go back to hotel, go back to hotel”, haciéndome señas para que dejara pasar a la persona detrás mío.

Ya casi en estado de pánico, me fui a un rincón, abrí la maleta en el suelo y la revisé por todas partes, mientras miraba el reloj transpirando. Al final no me quedó otra que cerrarla y salir en búsqueda de algún militar de mayor rango, pensando en jugarme el todo por el todo, ofreciendo algunos billetes.

Me acerqué al primer militar que encontré poniendo mis cuatro dedos de la mano izquierda sobre mi hombro derecho repetidas veces. Ya sabía que este gesto significaba, ante cualquier militar, “cuatro estrellas”, es decir significaba que buscaba un oficial de alto rango. A la vez, mostraba mi reloj con expresión de urgencia total. El militar me hizo una señal de espera y se fue. Pasaron unos minutos eternos hasta que apareció un distinguido oficial con pelo canoso y unos ojos enormes vestido con un impecable uniforme. Cuando lo tuve en frente, casi muerto de susto, le expliqué con una actitud de niño bueno que desgraciadamente había perdido el formulario en cuestión y que no tenía otro remedio que pagar por mi error, pero debía tomar un avión en menos de una hora. En perfecto inglés me dice: “Passport please”.

Este distinguido oficial, el que obviamente había sufrido en carne propia los horrores del comunismo, revisó mis papeles con toda calma y mirándome a



los ojos me preguntó: “¿Going back to Pinochet?”. “Yes sir”, respondí tembloroso. Él se me acercó y dándome un abrazo casi fraternal me dijo: “For Pinochet no punishment”, mientras me devolvía el pasaporte y me acompañaba al control de salida.

## SOL BRILLANTE

Increíble cómo el sol influye en el ánimo. Ayer estaba nublado, hasta con chubascos, y yo no tenía ganas de nada. Hoy, a pesar del encierro prolongado en que nos tienen, el día maravilloso de sol me hace sentir que la vida ríe. Nada ha cambiado, tengo los mismos problemas de ayer, tengo los mismos proyectos de vida que tenía ayer. Pero hoy soy otro. Entonces pensé que, en verdad, es un regalo tener los sentidos tan afinados, porque en la vida hay muchos más días de sol que de lluvia, hay muchos más días de pájaros cantando que de silencio. Solo hay que estar atento a las señales que la naturaleza nos regala.

Con este sol y el ánimo encendido, me senté a escribir una carta cariñosa a un amigo que quiero mucho... y ahora, no sé por qué (¿será el brillo del día?) estoy repasando en mi cabeza episodios de mi vida que me llevan a agradecer los padres que tuve. Nunca antes había pensado que ellos me dieron una formación diseñada mágicamente para mí... Mi carta astral dice que el día que nací los astros estaban alineados para mi llegada a este mundo, y estaba descrita con un caballo que entra galopando, lleno de bríos y relinchos.

Ellos parecen que percibieron esto, y nunca me acortaron las riendas a un nivel que me desviara de mi destino.

Fui un potrillo lleno de energía, a veces difícil de domar, un tanto caprichoso por momentos en mi juventud, al que hubo necesidad de amansar y poner cercos para que no se desbocara: cercos que a veces agarré a galope y salté. Las riendas a veces no fueron suficientemente fuertes y me arranqué, pero lo lindo, y de lo que hoy me doy cuenta, es que mis viejos me aplicaron una domadura muy sabia: me contuvieron, pero nunca me pusieron barreras. Dejaron que me transformara en un potro capaz de vivir con mi propia energía, construida de la fina sangre con la cual ellos me concibieron y que se desplegó con los cercos a una altura adecuada y las riendas con la tirantez necesaria para permitirme destetarme de ellos e iniciar mi camino. Un camino con saltos y obstáculos que fui capaz de sortear. Con errores y aciertos, pero que no tengo la menor duda de que es mi propio camino.

Este potrillo no estaba hecho para pasar doce años en los establos de un colegio convencional, como tampoco quizás para entrenarme con expertos académicos tratando de enseñarme trucos para competir en una carrera.

Mis astros me pusieron en praderas verdes y amplias para que yo diera saltos y corcoveos sin temores, aprendiendo de mi propia musculatura por dónde tomar los atajos para encontrar agua cuando tenía sed y pasto cuando necesitaba comer.

El rigor de la vida, en vez de quitarme, me dio fuerzas para encontrar mis propios senderos, los que he recorrido con saltos, algunos bajos y otros altos, como hay siempre en todos los caminos. He tropezado a veces por exceso de bríos, pero me he levantado siempre, con energía y ganas de seguir corriendo.

Son tantos los senderos transitados, tantos los potreros de pasto fértil encontrados en la vida, que la energía vital y la generosidad de la naturaleza me regalaron muchos potrillos y potrancas de la más linda sangre que jamás soñé.

El camino sigue. Hoy miro a todas mis crías recorriendo sus propios senderos, librando sus propias batallas, saltando con fuerza las vallas, lo que a veces no es fácil.

Me lleno de orgullo y satisfacción cuando veo cómo, cada uno, va encontrando sus propios ritmos, alternando galopes y trancos lentos, para lograr la única meta realmente importante: la de ser personas de buenos sentimientos, con la fuerza y energía necesarias para caer y pararse, y finalmente repartir felicidad a quienes los rodean para que ella rebote de persona en persona...Imagino que es así como se hace una sociedad cada día mejor.

## LAS ANTENAS

Los años '70 fueron muy productivos e intensos para mí. Recién había cumplido los treinta, mi tienda de muebles daba sus primeros pasos y yo andaba con las pilas a mil. En el '75 inauguré una galería de arte y organicé el concurso "Senografía o Geografía de los senos", que fue un éxito total. Estaba feliz teniendo mis primeros hijos y con la cabeza llena de proyectos.

Un día de enero, de esos en que las nubes no se despegan del cerro por semanas enteras, estábamos en Zapallar, sentados en el César, como a las doce y media, tomándonos un trago a la espera de que saliera el sol, cosa que nunca sucedió. Compartíamos la mesa La Malú del Río, Benjamín Lira y yo. No me acuerdo como salió el tema, pero sí que, de repente, como en un estallido de energía, se nos ocurrió poner un anticuario en mi tienda. Ninguno de los tres tenía experiencia en el tema, pero la idea prendió con una fuerza desbocada. No parábamos de planificar. Era una explosión de ideas, al punto de que, después de almorzar, nos quedamos en la mesa para seguir pensando en este proyecto loco.

Decidimos hacer una sociedad formal entre los tres, pero sentíamos que nos faltaba alguien que supiera de antigüedades para darle más peso al negocio: se nos ocurrió convidar a Carlos Alberto Cruz. Definitivamente, el Chupo era un socio de mucho peso y, por causalidad, también estaba en Zapallar. Así es que esa misma noche fui a su casa para contarle del proyecto, que le pareció genial, luego de lo cual decidimos que participaría como director del anticuario.

A los pocos días, ya en Santiago y después de varias reuniones, empezamos a poner en marcha el proyecto. Inclusive nos reunimos en la tienda misma para ver dónde poníamos físicamente el anticuario. Finalmente armamos una sociedad limitada con aportes y retiros en partes iguales que firmamos en mayo de 1977 en la notaría Rubio, después de lo cual salimos a celebrar con un hotdog en el Dominó de la calle Moneda. Fue la primera sociedad que hice en mi vida y lejos las más entretenida.

Con gran entusiasmo empezamos a buscar antigüedades por todos lados. Fuimos a anticuarios más chicos, conseguimos distintos datos y hasta pusimos avisos económicos en los diarios de Santiago y Valparaíso. No era fácil en esos años encontrar cosas. Además, teníamos la competencia de compradores extranjeros, que ponían en los diarios avisos de compras a cada rato. Pero, al

cabo de algunos meses, juntamos un lote de cosas muy bueno y abrimos las puertas de nuestro nuevo boliche con gran éxito: era algo distinto a los anticuarios típicos y estaba lleno de objetos entretenidos.

Me acuerdo que un día, recorriendo los cerros y distintos rincones de Valparaíso a la caza de objetos, encontramos cosas geniales. A la vuelta nos quedamos en pana de neumático en mi auto, y sentados en el suelo, entre la Malú y yo cambiamos la rueda: cagados de la risa, uno sujetaba las tuercas y el otro las apretaba. Debe haber sido la primera vez en la vida, y posiblemente la última, que la Malú cambió una rueda.

Así pasaron los años. Entre medio Benjamín se mudó a vivir a New York, lo que abrió la posibilidad de comprar allá. Yo, feliz. Me encantaba viajar, y Nueva York me gustaba especialmente (de recién casado, había vivido un tiempo ahí). En fin. La cosa es que empecé a hacer viajes a Nueva York para buscar objetos. Llegaba al loft en la quinta avenida y la calle 20, donde vivían Benjamín y su señora la Francisca Sutil, que me recibían felices: incluso ahí había un colchón inflable que era mi lugar habitual de estadía. Nuestros clientes en Santiago esperaban con ansias la llegada de nuestras compras afuera.

Mientras, acá en Chile era bastante habitual que llamaran personas para ofrecer cosas para vender o poner objetos a consignación. Un día me llamó una señora para ofrecerme unos grabados de Piranesi. Partí a verlos. Los grabados eran unas reproducciones más bien mediocres, que tomé igual a consignación. Pero lo que sí me llamó la atención fue una mesa que estaba en la entrada: tenía una base de madera con dos águilas en los extremos y una cubierta de mármol blanco. Era extrañísima y me obsesioné con ella. La dueña, una viuda encantadora, no tenía pensado venderla, pero al ver mi enorme interés me dijo que le hiciera una oferta. A medida que la miraba por todos lados, me iba gustando cada vez más. Al final le dije: “Le pago 2 mil dólares”. Mi nueva amiga me dijo que sí al tiro. Volé a la oficina y volví con la chequera, y la subí al auto feliz.

Puse la mesa en un lugar de privilegio del anticuario y llamé al Chupo para impresionarlo con la nueva adquisición. Tanto le hablé de ella, que esa misma tarde pasó a verla. Yo realmente no sabía cuál era su origen: parecía un poco italiana, también un poco alemana. Era un mueble extraño. El Chupo la miró y me dijo que era una copia rara y que él sentía que me había clavado...

Me cagó con su veredicto. La opinión de un conocedor y coleccionista como él era lapidaria. En todo caso, yo la encontraba muy decorativa. Si no hubiese sido por lo que me costó, me la habría dejado para mí. Le puse un par de cosas bonitas encima y la dejé en la vitrina. Después de un mes estaba dispuesto a venderla en lo mismo que la había comprado, pero antes me faltaba otra opinión de otra persona de peso. Le pedí a don Mario Velasco, que era un anticuario muy respetado, que le diera una mirada. Cariñosamente, se comprometió a pasar a verla al día siguiente. Desde mi oficina en el segundo piso lo vi parado frente a la vitrina observando con mucha atención. Bajé y lo convidé a mirarla: la sacamos de la vitrina y la miramos juntos por todos lados. “Es curiosa”, me dijo, “no es antigua, pero aquí en tu tienda, que tienes cosas modernas y clásicas, se ve bien”. En el fondo, su opinión era para mí igual de lapidaria que la del Chupo. Resultaba poca cosa comparado con lo que había me había costado. Además, nadie había preguntado por ella. Era un clavo, sobre todo considerando que esto era una sociedad y tenía que responder a mis socios por mi cagada. Pero volví a ponerla en la vitrina... Por suerte había comprado otras cosas a las que le había apuntado bien. “Ya veremos”, pensé un tanto resignado.

Por esas cosas del destino, justo cayó en mis manos un libro de muebles americanos, los que en general son versiones adaptadas de muebles ingleses. Una de las fotos era la de un mueble que tenía un aire parecido a mi mesa de las águilas. Le saqué una Polaroid y la llevé a N.Y. Hasta llevé el libro para mostrárselo a Benjamín. A él le tincó y acordamos llevarla a Christie's, la famosa casa de remates para que nos dieran una opinión.

Al día siguiente me vestí con mi mejor pinta y, con la Polaroid en un sobre, partí a la tienda, en Park Avenue. Pedí hablar con alguien del área de muebles americanos y a los pocos minutos apareció un gringo muy buena onda. Al ver la foto, lo primero que preguntó fue: “¿Dónde está este mueble?”. Le conté que yo tenía un anticuario en Chile y que el mueble estaba allí.

El gringo no podía entender cómo este mueble había llegado tan lejos. Me explicó que era una pieza muy interesante, seguramente hecha en el taller de un famoso ebanista llamado Charles Lannuier. Por coincidencia, ellos tenían un remate de muebles americanos en tres semanas más, y se mostró interesado en incorporar el mueble a la venta, pero tenía que mandarlo de inmediato para alcanzar a ponerlo en el catálogo.

La embalé como si fuera un tesoro y la mandé a N.Y, quedando a la espera del remate con una ansiedad loca. Lo que nunca imaginé era que mi mesa despreciada por expertos y por el público aparecería en la tapa del catálogo del 5 de mayo de 1979, cuya copia aún guardo. Y no sólo eso. Además, me llegó una carta informándome que la mesa se había rematado en veintiséis mil dólares, como una pieza excepcional atribuida a Lannuier cerca de 1815.

Fue como si un caballo propio se ganara el Derby. Más allá de los billetes, mi trofeo fue confirmar que tenía buen ojo, gracias a la experiencia y también a un instinto propio. Eso me fue dando más seguridad para seguir apostando a mi olfato.

Para alguien que escogió como camino profesional el moverse siempre dentro de los cánones de la belleza fue muy valioso averiguar tempranamente que tenía mis sentidos bien afilados. Hace ya muchos años decidí que mis antenas serían mi principal herramienta no sólo en mi trabajo, sino en todo lo que hago en la vida. Los sentidos, para mi, son también las antenas del corazón.

Yo nunca fui a la universidad, pues no confiaba en que la academia me aportara conocimientos. Ahora me doy cuenta de que, en mi recorrer el camino de la vida, entregué a mis instintos la responsabilidad de mis logros y de mi felicidad. Las rutas y los atajos para llegar a las metas parciales de la vida se pueden recorrer de variadas formas. Yo escogí recorrerlos siguiendo mis propios principios éticos con libertad absoluta, siguiendo el guion de mi propio código, por lo que siento una total y propia responsabilidad en los aciertos y errores cometidos. En ese buscarle el lado a la vida, yo creo que también se entrena la flexibilidad para hacerle el quite a los hoyos y también para saber remediar a tiempo cuando notamos que dimos un paso en falso.

Volviendo al anticuario, recuerdo que una vez, estando en Portillo gozando con mis hijos, un sábado en la mañana me llamó Blanca Diana Vergara - quien estaba a cargo del anticuario-, para decirme que debía llamar sin falta, ese mismo día, a un gringo que se alojaba en el hotel Carrera porque estaba muy interesado en una cómoda europea que teníamos para la venta. Así, al final del día lo llamé y tuvimos una larga conversación con quien resultó ser nada menos que un buscador de la misma casa de remates donde hacía cuatro años le había pegado con el palo al gato con mi mueble americano. Durante la conversación, el gringo me habló sobre la importancia de los ebanistas alemanes a los que él les atribuía la fabricación de la cómoda. Yo, la verdad, solo sabía que era alemana, pero nada más. A medida que se alargaba la conversación, noté que el

gringo empezaba también a insinuar que era muy posible que esta cómoda fuera una copia posterior, y en ese caso sería un mueble sin mayor valor. Ahí fue cuando me di cuenta de que había cometido un gran error que no se puede cometer: el gringo se había dado cuenta de que yo no sabía realmente la importancia de lo que estaba vendiendo. Cuando eso pasa, en el remate el objeto se vende como una copia poco valiosa y alguien que sí conoce su valor la compra y después la vende, con las reales características, a diez veces el valor. Yo había dado un paso en falso: solo atiné a decirle que le enviaría mayor información la próxima semana.

Dejé pasar unos días, mientras elucubraba la mejor estrategia para borrar mi traspies. El jueves le mandé un télex al gringo inflándole el ego. Le comentaba que había conversado con mi socio sobre el mueble y que, en realidad, él tenía toda la razón, ya que esta cómoda se la había regalado el Gobierno alemán al presidente Bulnes en 1846 en agradecimiento por la colonización alemana. La verdad es que armé este cuento con bastante ignorancia de mi parte, porque la creación del Estado Alemán como tal fue recién en 1871 y, por otra parte, recién a finales de 1846 se había firmado la ley que permitía la colonización alemana, por lo cual aún no había llegado ningún colono.

Finalmente, el martes 22 de noviembre de 1983, la cómoda se remató en N.Y. a un valor alto y con la siguiente descripción: “Fine German Walnut marquetry and parquetry commode given in 1846 by the German government to the Chilean president Bulnes”.

La vida es así. No solo los aprendices cometemos errores, también los expertos. Hay que hacerles caso a las antenas.



## LA REVOLUCIÓN

El primero de enero, celebración del nuevo año, es recibido con fuegos artificiales destapando botellas de champagne. La gente se abraza deseándose un muy feliz año. En la mayoría de los países es un día feriado.

En una pequeña isla, la celebración duró mucho más que un día: celebraban una nueva vida. Ese primero de enero de 1959, Fidel Castro, a la cabeza de los milicianos revolucionarios, entró triunfante a La Habana después de pelear cuerpo a cuerpo por años contra el ejército del dictador Fulgencio Batista. Era un triunfo que se celebró casi en el mundo entero: los valientes milicianos habían derrotado al ejército poderoso del corrupto dictador, quien ya había escapado de Cuba. Era el triunfo de David sobre Goliat. Era el triunfo de los oprimidos. Un triunfo que emocionó al mundo.

Meses después, Fidel buscaba pilotos profesionales para entrenar a los pocos que quedaban en la isla...Me imagino muchos de ellos se habían ido y otros fueron fusilados como traidores.

Jaime Amunátegui, el único hermano de mi madre, era un joven pero experimentado piloto, a quien este llamado le pareció un apasionante desafío. Se embarcó a la Habana, viviendo varios meses una aventura llena de anécdotas. Una de ellas consistió en pilotear un DC 10 sobrevolando en círculos sobre la sierra, donde había brujos en trance intentando descubrir el lugar donde había caído el avión con el gran héroe de la revolución, Camilo Cienfuegos. Aventura que terminó después de varios aterrizajes y rastreos, se retiraron entristecidos por el fracasado intento.

Mientras tanto, en Chile, mis viejos planeaban un viaje a Estados Unidos, donde mi papá tenía que pasar un tiempo por trabajo. Por esos días, Jaime anunció que terminaba su estadía en Cuba, donde las cosas estaban cambiando de color. A mi mamá le pareció que esta era la situación perfecta para no dejarnos solos en la casa y convidó a Jaime a quedarse a cargo de nosotros. Hacía poco, había cumplido recién quince años.

Por su lado, mi viejo pensó que sería buena idea traer a nuestra casa a su madre, a quien él visitaba a diario en un departamento donde vivía sola. Pensó que así estaría acompañada durante ese mes y medio que estarían fuera.

Así fue como Jaime, cual héroe, llegó un día a mi casa. Aún recuerdo la imagen de su llegada. Venía bronceado por el sol caribeño, lleno de cuentos y fotos con Fidel y el resto de los revolucionarios y con un tocadiscos portátil gigante que compró en su paso por Miami, el que se instaló en el living.

Al día siguiente llegó mi abuela italiana, la Nonita, a quien yo quería mucho, pasé veranos enteros con ella cuando vivió por años en el hotel O'Higgins en Viña.

El día que se fueron de viaje mis viejos, la vida cambió. Jaime era un tipo alegre y gozador, era muy atractivo con su color fascinante, vestido con guayaberas y hasta con un dejo de acento cubano. A esto se sumó la presencia de mi abuela. Estaba también mi hermano chico, que en ese momento tenía como cinco años, la María Horta, una nana joven encantadora, la Tato nuestra mama, el Tex - un perro Bóxer regalón de mi viejo quien no estaba autorizado entrar a la casa- y finalmente yo, que iba caminando todos los días al Verbo Divino y volvía de igual modo. De vuelta a la casa, la rutina era tomar té, hacer las tareas, comer temprano y a la cama.

Pero con la llegada de Jaime, los chachachás y la salsa empezaron a sonar en las tardes, el Tex deambulaba feliz por toda la casa moviendo su chongo de cola como si estuviera de fiesta y La Nonita, que tenía prohibido fumar, andaba con los Libertis en los bolsillos. La Tato trataba infructuosamente de poner orden. Cuando llegaba del colegio, yo comía un pan con dulce de membrillo a la pasada, hacía mis tareas a la rápida y esperaba en pijama y con ansias el momento cúlmine de las tardes, cuando aparecía Jaime, prendía la música y se preparaba su mojito. A esas alturas, la Nonita ya estaba instalada fumando en su Berger de felpa roja, y el Tex figuraba echado cual largo era sobre el sofá. Jaime subía el volumen de la música y sacaba a bailar a la María Horta al ritmo de un disco de salsa que se trasformó en el hit de la temporada, ya todos nos sabíamos hasta la letra.

Esa fue para nosotros la verdadera revolución cubana, que vivimos en la calle Málaga, durante más de un mes.

## PIANISTA Y TORERO

Hace un montón de años, me acuerdo que, en una entrevista, una periodista me preguntó: “de no haber sido decorador, ¿qué te habría gustado ser?” “Pianista y torero”, contesté inmediatamente. No me acuerdo cómo siguió o terminó la entrevista. En todo caso, ni la entrevista ni mi respuesta pasaron a la historia, pero a mí esa respuesta me quedó grabada: no sé por qué contesté eso, tan seguro como burlón.

Mirando en retrospectiva, hoy siento que la respuesta escondía varias realidades. Lo de “pianista”, en primer lugar, tenía que ver con responder algo por completo ajeno a mí. Ser pianista es tener talentos casi imposibles para mi temperamento impaciente. Por otro lado, el pianista tiene una cierta elegancia. Vestido entero de negro y camisa blanca, sus manos recorren las teclas blancas y negras sobre el piano, sacando unos sonidos a veces lentos, como el fluir del agua en un riachuelo y en otros momentos como de relámpagos en una tormenta. Ese conjunto de cosas, sumado a la maestría de quien dedica horas y horas y años tras años al estudio, son para mí un símbolo, quizás, de algunas características que me hubiese gustado tener.

¿Y el torero? ¿Qué tiene de especial para mí? Básicamente la estampa. Son hombres enfundados en tenidas casi como de soldados. Sus sombreros, las medias y pantalones ajustados de color rojo como la sangre y naranja como los monjes budistas, sosteniendo una espada escondida detrás de la capa, y esa mirada desafiante al toro gigante y negro tiene algo de garbo, belleza y maestría. Claro: no me pongo del lado del toro, sino que oigo las tribunas enardecidas, alabando y vitoreando al erguido y valiente torero. Ambas artes, la del pianista y la del torero, están, además, cargadas de pasión.

Conversando una vez con mi hija Ema de diez años sobre su pasión por los perros, me preguntó a pito de nada cuál era mi pasión. Me quedé helado por un par de minutos, porque de alguna manera quizás en ese momento creí que no tenía ninguna pasión en particular. Hasta que ella, impaciente por mi nula respuesta, me dijo: “¿La decoración, o no?” De nuevo me quedé callado por unos minutos pensando y sintiendo que la decoración me parecía algo muy banal o superficial como respuesta, no me interpretaba. Hasta que de repente, de forma afirmativa y seguro de una respuesta que salía de lo profundo de mí, le dije: “¡La belleza es mi pasión!”

La vida me ha regalado tanto, que hasta me dio tiempo para gozar la belleza, tanto la que se ve a simple vista como también la que aparece en capas más profundas. He podido captar y gozar desde la belleza del sonido del viento hasta la del amor profundo.

La belleza por todas partes. Para mí, las relaciones entrañables son de una belleza enorme. De todo lo que he gozado, lo que más me ha llenado el alma es haber compartido con tanta gente que he querido. Pero de alguna manera extraña, siento que a muchas de las personas que quise tanto, como mis padres, me faltó tiempo para conocerlas más, para entrar en su profundidad. Estoy pensando en mis abuelos, que llegaron por casualidad a Chile como jóvenes buscando vidas mejores, o en Felipe, mi hermano, a quien casi no conocí. También pienso en amigos que se fueron muy jóvenes. Definitivamente me faltaron conversas con demasiadas personas con las que compartí la vida... Qué curioso, no hubiese imaginado que al escribir sobre la belleza escribiría sobre el amor...

Aun así, en las partidas más dolorosas, esas que lloré con ahogos y una pena infinita, he tenido la certeza de que en el segundo que se les acabó la vida, ya estaban en eso que llamo “cielo”, lo que me da un alivio gigante y una relación muy especial con la muerte. Mientras escribo esto me pregunto si habrá una cierta belleza aún en las pérdidas. No sé, pero sí creo que los que nos quedamos aquí somos los que sufrimos, los que echamos de menos. Nunca he vuelto al cementerio a dejar flores o a rezar por alguien. Me parece raro porque sé que no están ahí, pero sí les converso a menudo, especialmente en los momentos lindos.

Yo me armé mi propia versión de la belleza y de la muerte sin saber cómo, al igual que me armé mi propia estructura de felicidad y de vida, quizás con una simpleza que para muchos podría sonar extraña, pero a mí me acomoda completamente.

El hecho de irse para arriba también es algo que me resulta difícil de entender. Dejar a todo tu mundo de afectos con un dolor intenso es como egoísta. No sé cómo lo sentirá el que va camino a la felicidad eterna, es un tema lleno de recovecos raros. Yo lo imagino como una gran nube que se disipa a medida que vas adentrándote, y de repente están todos ahí mezclados: amigos, parientes y todas las personas que de alguna forma participaron en tu vida terrenal. Imagino que ahí arriba hay risas y abrazos, y no quiero mirar para abajo aún, porque veré tristeza. Pero por suerte la naturaleza humana es fuerte. Y,

desde arriba, los iré acompañando y guiando hasta que sanen sus penas y las distancias se acorten, hasta el día que compartamos todos juntos esa nueva vida sin límites para entregarnos amor, perdón, abrazos y risas eternas.

Se me ocurre que la muerte es como un regalo y un sufrimiento: te quita parte de la vida aquí abajo, con su belleza acotada. Pero, a la vez, te regala la belleza infinita, la que no tiene límites ni de tiempo ni de intensidad.

Mi madre agnóstica sufrió la muerte de su hijo Felipe antes de que cumpliera treinta años. Vivió esa pérdida con una pena desgarradora y con una rabia enorme. La muerte le arrebató a su hijo injustamente y se lo llevó para siempre, en un acto difícil de aceptar y menos de comprender.

Todo este misterio de la vida y la muerte ha sido tratado por filósofos y sabios por siglos y siglos, debe haber miles de versiones al respecto, al igual que las miles de versiones sobre la belleza. Vida, muerte, belleza. Hacen un trío.

Lo lindo de todo esto es que siento que me queda para rato y así compartir y gozar días, meses y años del cariño, el amor y la belleza.

---

Se supone que el pasar de los años nos hace más sabios, por lo tanto, más atentos y más flexibles a los cambios que se generan día a día.

Recuerdo cuando, en una muestra de decoración, no hace mucho tiempo, un grupo de señoras entró a mi espacio y, sin verme, una de ellas dijo: “esto debe ser de Moro”. Me asomé sorprendido y, casi con risa orgullosa, le pregunté por qué suponía que el local era mío. Ella me respondió: “Usted es como el Mick Jaguer de la decoración. Ya le conozco su mano”. Su respuesta me sorprendió, a la vez que me sentí muy orgulloso y agradecido por el reconocimiento. Pero también me ha hecho pensar que Mick, hoy, es una leyenda: en el campo musical ya no es de los más escuchados, pero tiene la suerte de que, aún hoy en día, cada vez que se toca una canción suya, el recibe unas monedas, lo que no es mi caso.

Mis desafíos son encontrar caminos donde mis experiencias de vida tengan valor y a la vez me llenen el alma. Yo por suerte sé que, hasta el final, afilaré mis sentidos cada vez más para ver, sentir y oler la belleza. Así como los perros descubren las trufas bajo la tierra, mi radar me dice que descubriré nuevos tesoros.



## DOÑA PERPETUA

Llegué a la Escuela Militar después de haber estado interno en el colegio, por lo que para mí no fue tan raro compartir la vida en la base 24/7 con mis compañeros, aunque cualquier internado es como un jardín infantil comparado con la escuela militar. Ahí te obligan a transformarte abruptamente de niño a hombre. Los lazos que se crean haciendo codo a codo cien tiburones a la seis de la mañana con menos cinco grados sobre el pavimento helado, con equipo de campaña y una mochila a la espalda, es algo potente.

El primer día, después de que nos raparon el pelo a cero, todos los reclutas recién ingresados hicimos cola para recibir las botas. Cuando me preguntaron mi talla de zapatos, respondí “42 y 1/2”, a lo que una voz ronca y fuerte, preguntó “¿42 o 43?”. Me di cuenta rápidamente que en lo militar no hay medias tintas.

Más tarde, en tenida de traje de baño azul tipo zunga, éramos un lote muy diverso de muchachos, provenientes de distintas ciudades y pueblos de Chile, con experiencias de vida, situaciones económicas y sociales muy diferentes, los que ahora permanecíamos de pie, al borde la piscina olímpica, antes de lanzarnos al agua. Varios no sabían nadar. Los mismos que inocentemente levantaron la mano para anunciarlo, y que, inmediatamente, recibieron una respuesta a toda voz: “¡Esto no es para señoritas!”. Al no quedar alternativa, se lanzaban a la piscina, y después de dejarlos manotear en el agua con cara de pánico, eran rescatados con un largo coligue.

Experiencias semejantes se repetían día a día, lo que fue generando un espíritu de camaradería muy especial, con nexos profundos, en el que no había diferencias entre flacos y musculosos, entre ricos o pobres. Ahí se compartían penas y risas por igual, como también las ampollas ensangrentadas en los pies, que pegadas a los calcetines al final del día, se repartían parejas entre todos.

Fueron grandes las experiencias que compartimos, como el juramento a la Bandera en un acto sobre el Morro de Arica, desfiles en casi todos los puertos del norte del país, en los que recalábamos en el Sargento Aldea, clásico buque de la Armada, o el desfile del 19 de septiembre en el Parque O'Higgins frente al Presidente de la República, y tantos otros momentos que guardo en mi memoria.

Recuerdo esos eventos, además de muchas anécdotas compartidas en las situaciones más diversas. Como cuando, desembarcando del buque en La Serena, al cadete Merry del Val se le cayó el fusil ¡al mar! O cuando, después de atravesar tormentas, estando todos mareados y vomitados de pies a cabeza, nos manguereaban para lavarnos con potentes chorros de agua. También se comentaban muchas aventuras secretas, como las escapadas nocturnas de cadetes avezados por los subterráneos del edificio y por entre los barrotes de la reja, así como aventuras amorosas que los uniformes desataban durante los fines de semana.

Uno de los mejores cuentos de esa época fue el del cadete Astorga durante las vacaciones de septiembre. Su familia era de Chiloé. Cada año, al día siguiente de la Parada Militar, Astorga tomaba el bus para pasar un tiempo con sus padres en Castro. Antes de volverse a Santiago, iba con su amigo de la infancia, Alvarito, a pescar en el río Notue, un río precioso que desemboca en la laguna Huillín. Se quedaban en la casa de una tía solterona que había heredado una parcela ahí. En esa época empezaban a florecer los espinillos, que, de acuerdo con lo que nos contaba, teñían las aguas de color amarillo.

Perpetua se llamaba la tía. Le decían la Perpe. Vivía en una casa de madera muy rústica, rodeada de gansos, gallinas y perros, y con la única compañía de su prima Eleonor. La dos pasaban los días alejadas del mundo, escuchando rancheras en la radio y tomando mate: una vida plácida de más para ellas, que apenas bordeaban los cincuenta años.

Perpe esperaba con ansias la llegada de su sobrino y de su amigo Alvarito, los que les alegraban la vida con sus cuentos. En las tardes comían las truchas que ellos pescaban, y además del habitual mate, se tomaban unas piscolas que llevaban de regalo.

Durante el último invierno, con el intenso frío, la Perpe estaba con una dolencia rara que le hacía padecer de grandes dolores al orinar, sobre todo antes de dormir. Apenas empezaba a ponerse el sol, le pedía a su querido sobrino que le preparara la última piscolita del día y luego le hiciera masajes en el abdomen bajo, ya que según ella era lo único que le aliviaba el dolor. Mientras ella permanecía sentada en un sillón un tanto venido a menos, Alvarito ayudaba a su amigo a poner los pies descalzos de Perpe en una palangana de cobre, hecha por gitanos, con agua tibia para el cansancio. Fue entonces cuando descubrieron que, bajo su amplia pollera floreada, que le caía casi hasta el suelo, la Perpe no usaba calzones.



Volviendo a las dolencias de Perpe, frente al fogón y entre ranchera y ranchera, ella se echaba para atrás y le pedía a su sobrino que le diera un masaje suave desde el ombligo hacia abajo, llegando tan abajo como pudiera para así calmarla. Este masaje, aparentemente era muy efectivo, ya que, además de hacerla dormir muy bien, parecía causarle un gran entusiasmo. Era tan lindo el río, y lo pasaban tan bien, que salvaban el pequeño escollo del masaje sin protestar.

Pasaron los días. Astorga y Alvarito pescaban y se reían a destajo con la rutina masajística, pero como todo en la vida, las vacaciones llegaron a su término. El último día, las primas se ajetrearon faenando un ganso para la cena de despedida, limpiaron un jarrón esmaltado que llenaron de flores silvestres y acomodaron los sillones frente al fogón, generando así un espacio más amplio. Además, hicieron aparecer un quesito de cabra aliñado para acompañar las piscolas.

Por alguna razón no clara, ese día la Perpe aparentemente estaba más adolorida que de costumbre, por lo que antes de la puesta del sol le pidió a su sobrino que iniciara el tratamiento. El ambiente estaba muy distendido. Las rancheras y las piscolas hacían su efecto mágico en la Perpe, quien guio suavemente la mano de su sobrino bajo la pollera. La Eleonor subió el volumen de la radio e invitó a Alvarito a bailar, quien, agradecido por esos días tan lindos, accedió encantado. Después de varios bailes en que se combinaron rancheras con algunas baladas, Eleonor, que ese día se había emperifollado y perfumado, de pronto le dijo al oído a Alvarito que, como regalo de despedida, le diera uno de esos masajitos, aunque ella no tenía ningún problema para orinar.

Esa noche inolvidable, todos gozaron intensamente.

## RUBIROSA

Mis padres eran grandes anfitriones. Durante los veranos, les gustaba convidar a sus amigos a pasar algunos días en el campo, donde se bajaba casi todas las tardes a pescar al río, y se terminaba el día con ricas comidas, en las que yo a veces también participaba, tenía como trece años.

Una noche, después de la comida, me acuerdo de que, sentados en el living frente a la chimenea, estaban unos amigos de mis viejos conversando sobre una persona que en esa época parece que era muy conocida. La Ximena Santa María, que era más joven que mis viejos, hablaba con mucha soltura de esta persona como de un “playboy”. Yo pregunté que era ser “playboy” y mis viejos empezaron hablar en francés al tiro, cosa que hacían cuando no querían que yo entendiera, pero la Ximena me explicó que eran hombres jóvenes con buena pinta, que las señoras mayores convidaban a viajar y les regalaban toda clase de cosas para que las acompañaran. Yo inmediatamente dije que cuando fuera grande quería ser playboy. Mi viejo dejó de hablar francés y me dijo en un castellano bien clarito que me fuera a acostar. Se produjo un silencio y partí a mi pieza, pero me quedé escuchando detrás de la puerta. No podía entender por qué yo no podía viajar por el mundo convidado por una señora, que, además, por lo que alcancé a oír, eran mujeres lindas y muy ricas.

Cuando me desperté, lo único que quería era encontrar a la Ximena para que me explicara por qué hacían esa injusticia conmigo. Ella me dio a entender que mis padres querían que yo fuera una persona correcta, y que Porfirio Rubirosa, el playboy al que ella se refería, no lo era tanto, porque no trabajaba y solo se dedicaba a jugar polo y a correr en auto.

A medida que me iba contando más detalles de su vida, yo más encontraba que ese señor Rubirosa era lo que yo quería ser. Me pasé el día pensando en lo injusto que mis padres eran conmigo porque no me dejaban ser como Rubirosa.

Esa noche, después de comida, se pusieron a jugar canasta. Al despedirme para irme a dormir, no sé cómo saqué patas y dije que eran muy injustos conmigo porque no me dejaban ser playboy. La mamá atinó al tiro y me dijo: “Mi amor vaya a acostarse y yo mañana le explico”.

No tenía a nadie a quien preguntarle más detalles sobre quien yo encontraba encarnaba mi destino: estaban solo las nanas y los trabajadores del campo.

Al día siguiente, el papá salió temprano al campo y la mamá me convidó a su dormitorio. No me acuerdo muy bien qué me explicó, pero me habló también de los gigolós, y un montón de otras cosas, desprestigiando ese modo de vida. Pero la verdad es que no logró borrarle la idea de que yo era una víctima, a la que no dejaban ser feliz acompañando a estas señoras y pasándolo bien.

Con los años, supe que este señor, de nacionalidad dominicana, se educó y vivió en París, donde su padre - un militar- era el embajador de la República Dominicana. A los diez y siete años, y ya de vuelta en su patria, inició una vida que le traería grandes aventuras y fortuna. Su trampolín fue casarse nada menos que con Flor de Oro, la hija del dictador Trujillo, quien fue por treinta y un años casi dueño de República Dominicana. A tal punto actuaba como dueño que, dentro de todas las barbaridades que cometió, le cambió el nombre a la capital, denominándola “Ciudad Trujillo” y decidió que todos los niños en las escuelas debían llamarlo papá Trujillo.

Este siniestro personaje, que en un comienzo estaba en contra del matrimonio, finalmente accedió transformando la boda en una fiesta fastuosa en palacio. Y como premio a su actual yerno, que hablaba cinco idiomas y tenía muchas conexiones en Europa, lo designó embajador en Paris.

Al cabo de algunos años, este hombre deportista, piloto y muy astuto, se separó de Flor de Oro, pero mantuvo su rango diplomático. Al poco tiempo continuó su carrera matrimonial casándose con grandes estrellas de cine de la época, las que caían bajo el encanto de este hombre que ya se había transformado en un gran jugador de polo. Se comentaba que, además de ser muy elegante, encantador y un gran bailarín, la naturaleza lo había dotado de grandes habilidades en la cama y de un aparato de importantes dimensiones. Esta última idea llegó a tanto que, en algunos restaurantes de la época, en la ciudad luz, cuando se pedía un Rubirosa, los mozos traían el pimentero más grande del lugar.

Dentro del abanico de mujeres que se casaron o tuvieron amoríos con Ruby, como lo llamaban, hay que mencionar a la actriz Danielle Darrieux, de quien se decía era la mujer más linda de Europa. Mientras estuvo casado con

ella, en un incidente bastante confuso recibió tres disparos... Más tarde se casó con Doris Duke, una mujer muy refinada, gran coleccionista de arte y dueña de una fortuna estimada en mil trescientos millones de dólares de la época. Entonces sucedió que su protector, el dictador, nombró a Porfirio embajador en la República Argentina, donde Doris decidió no acompañarlo permanentemente y solo lo visitó en algunas oportunidades. Ruby se dedicó a jugar polo y hacer amistades con Perón y muy especialmente con Evita.

Después de algunos años, Doris se divorció de este personaje, pero le dejó de regalo un enorme avión, su casa en París con toda la colección de arte y cinco caballos de polo.

Un par de años después conoce y se enamora de Bárbara Hutton, una señora de la alta sociedad americana, y considerada la mujer más rica del siglo xx. Se casaron en Beverly Hills. Pero después de cincuenta y un días se divorcian por su infidelidad con la actriz Zsa Zsa Gabor. Sin importar esta situación, Bárbara le regaló dos millones y medio de dólares y una finca.

Ruby volvió a París y, al cabo de algún tiempo, conoció a Odile Rodin, una joven actriz francesa de apenas diez y nueve años. Al poco tiempo se casaron y Ruby, siendo treinta y un años mayor que su nuevo amor, empezó a hacer una vida más alejada del mundo de las celebridades. Vendió su mansión y se fueron a vivir en las afueras de París. Se comenta que después de nueve años de matrimonio, una noche, celebrando la victoria de su equipo en el campeonato de polo en París, mientras festejaban, Ruby se dio cuenta que Odile se había retirado aparentemente acompañada por otro hombre. Por lo que quedó solo y abandonado bebiendo con amigos hasta altas horas. A las siete de la mañana, con la mente nublada, salió en su Ferrari convertible a toda velocidad. Minutos más tarde murió al chocar contra un árbol.

Este personaje, que inspiró a Fleming para hacer la película de James Bond, fue despedido en el cementerio por su joven viuda y solo un puñado de amigos.

Mi viejo tenía razón cuando no quería que yo fuera playboy.

## MR. & MRS. PEW

Todo partió a fines de los ochenta, cuando pensé que algún día el sistema de paneles divisores de oficinas - que estaba en gran auge sobre todo en Estados Unidos-, iba a llegar a acá, donde aún se trabajaba a puerta cerrada. Entonces agarré una revista de diseño interior americana donde había un reportaje con fotos de estos muebles: vi que varias de las fábricas grandes de paneles divisores y muebles de oficinas modulares estaban en Michigan, más específicamente en los alrededores de Grand Rapids.

Agarré un avión con destino a Grand Rapids que hacía escala en Chicago, ambos destinos desconocidos para mí. Llegar a sitios de habla inglesa no era problema para mí. De hecho, siempre pienso que hablar inglés bien me abrió muchas puertas y me ayudó para atreverme a dar los pasos que di fuera de Chile. Pero este es otro tema.

Volviendo al asunto en cuestión, cuando llegué al aeropuerto de Grand Rapids reservé una habitación en un motel y partí . Quedaba en la mitad de la carretera. Después de comerme un hamburger en un boliche que estaba a distancia caminable, intenté dormir, pero entre el ruido de los camiones, que parecían pasar a metros de mi cama y la incertidumbre del día después, no fue una tarea fácil. Pedí que me despertaran a las siete y media.

A la mañana siguiente, después de tomar desayuno, miré las direcciones de las empresas mencionadas en la revista que había traído, además de las halladas en revistas que compré en el aeropuerto de Chicago. Con esto hice un listado, y pedí un taxi. Le pregunté al chofer si podíamos hacer un recorrido por todas las direcciones de mi lista. Me miró con una cara media desencajada y me explicó que las distancias entre una y otra dirección eran muy grandes. Me advirtió que sería bastante caro, y que tardaríamos, al menos, toda la mañana...

- “Ok”-, le respondí. Y partimos...En realidad no tenía muchas opciones.

Visitamos cuatro empresas. Yo llevaba como únicas herramientas mi patudez y un montón de tarjetas de visita con mi nombre y dirección en Santiago de Chile.

El taxi esperaba afuera mientras yo entraba a estas empresas gigantes, pidiendo en la recepción hablar con algún representante de exportación. Fue un aprendizaje violento. Descubrí que la mayoría tenía sus oficinas en N.Y. o en Chicago... Pero los gringos son muy corteses y valorizaban el haber llegado de tan lejos. Siempre había alguien que me recibía amablemente y me regalaba un montón de catálogos de sus productos. Después de un rato intercambiábamos tarjetas de visita y yo volvía a mi taxi.

Una de las empresas que visité ese día estaba de aniversario de no sé qué cosa. Toda la oficina celebraba con torta y globos. Me hicieron pasar y me convidaron a su celebración. El único logro que tuve, además de llenarme de los típicos catálogos, fue intercambiar tarjetas con mucha gente que estaba sorprendida con mi presencia ahí.

Mi última visita, antes de finalizar este decepcionante tour, fue a una empresa que se llamaba Steelcase, la que luego supe era una de las tres compañías fabricantes de muebles de oficina más grandes del mundo y que facturaban más de dos mil millones de dólares al año.

Repetí mi performance de pedir en la recepción poder conversar con alguien de exportación o distribución. Después de unos minutos, apareció un señor mayor muy amable, quien me invitó a sentarnos en una pequeña sala de reuniones, donde conversamos por varios minutos tomándonos un café. Yo creo que le pareció curioso que una persona tan joven, que solo tenía una tienda de decoración en Santiago de Chile y ninguna vinculación con el mundo de los muebles de oficina, estuviera sentada frente a él, explicándole que los quería representar.

Esta vez la cosa cambió. El hombre no solo me estaba dando pelota, sino que se ofreció a mostrarme parte de las oficinas. Cuando supo del recorrido que yo había hecho antes de llegar ahí y que tenía un taxi esperando afuera, me pidió que cancelara el taxi: él se ocuparía de enviarme después a mi hotel.

Durante casi una hora, este señor me mostró las distintas áreas y me presentó a sus colegas, casi como si yo fuera un marciano que hubiera aterrizado ahí.

Al término de nuestra visita, me regaló una agenda y una lapicera impresas con el logo de la empresa, además de catálogos y un gran apretón de manos. Agradeció mi interés y se comprometió a mantener contacto conmigo.

Después me acompañó a la puerta, donde un auto de la compañía me llevó de vuelta a mi motel.

La cosa es que mi relación con Steelcase duró casi veinte años, y en una de las muchas veces que volví a esas oficinas en Grand Rapids, me tocó estar en el último día de trabajo de aquel señor amable que me recibió la primera vez. Se jubilaba después de haberle dado la vida a la compañía. A la hora de almuerzo, un grupo de los que estábamos bajamos al comedor, recogimos la bandeja para sacar el menú del día y nos sentamos junto con él para acompañarlo. No éramos más de ocho personas. Antes de devolver las bandejas para irnos, se acercó una compañera de trabajo con un muffin, al que le había puesto una vela para celebrarlo, con un gesto simpático, la sopló repartiendo sonrisas.

La situación me pareció tan dura que abracé a ese señor que me había abierto la puerta, al señor que había visto en mí algo que otros no vieron, y el que, finalmente, vino a Chile, y gracias a su informe me dieron la representación de la empresa.

Al terminar el almuerzo, cada uno volvió al trabajo. Excepto mi amigo, que, como en las películas, debe haber ido a su escritorio para meter sus pertenencias en una caja de cartón y saludar al portero con un “good by” para siempre.

Vivir y trabajar en las grandes ligas es duro. Los que triunfan en el mundo de los grandes negocios, le dedican a eso muchos años de vida, muchas veces a costa de sacrificar parte del goce personal. Y esta compañía no era la excepción. Hasta hoy es una empresa familiar que partió hace ya muchos años en un galpón fabricando artículos de fierro. Su mayor accionista, y en la práctica su dueño, es Mr. Pew.

Durante mis muchos años de representar a esta compañía, desarrollé una verdadera amistad con quien estaba a cargo de Sud América: Terry Mcallister, un gringo muy buena onda y empático, tanto así que para su matrimonio viajé por el fin de semana a Texas.

Eran años exitosos para nosotros. Recién habíamos ganado la propuesta para amoblar la torre de la Compañía Telefónica, compitiendo con las mejores empresas de muebles de oficina del mundo. Mal que mal eran más de mil puestos de trabajo.

Sin aviso ninguno, un día recibí un llamado de mi amigo Terry en el que me contaba que Mr. Pew venía a Chile con su señora en un viaje de turismo. Llegaría desde Galápagos. Se alojaría dos noches en Santiago antes de tomar un barco en Valparaíso que los llevaría por el sur para terminar en Buenos Aires.

Mr. Pew era el típico gringo con mentalidad de empresario del norte de USA: muy dedicado a trabajar y con una vida casi módica, bastante alejada del mundo.

Él y su señora llegarían por su cuenta al hotel Hyatt. Terry me llamaba, obviamente, para que yo me ocupara de Mr. Pew en Santiago, lo que a mí me daba la oportunidad de lucirme.

Acordados los pormenores, los pasé a buscar un sábado a las diez de la mañana, con la intención de mostrarles un poco de Santiago en su único día aquí.

Nos encontramos en el lobby del hotel, y ya en el auto, me cuenta que el día anterior, a su llegada al hotel, en medio de una confusión con un grupo de turistas que había llegado en bus, les habían robado las dos maletas que traían .... ¡Que cagada!

Me explicó que ya había hecho un reclamo formal en el hotel, y me pidió que, por favor, los acompañara a comprar de todo para él y su señora, la que me miraba con cara de espanto mientras me contaban este cuento.

Fue una mañana de locos. Recurrí rápidamente a mis mejores opciones de compra. Los llevé a Clic, una de las tiendas más elegantes de Santiago, para que se abastecieran de todo, desde trajes de baños hasta tenidas formales para las comidas en el barco.

Ella entraba y salía del mostrador para mostrarnos distintas opciones de vestidos. El gringo era de muy pocas palabras y un tanto inseguro. Al final terminé yo escogiendo desde las enaguas hasta los vestidos de noche. Respecto a Mr. Pew, yo creo que nunca se había vestido tan elegante en su vida: chaqueta azul cruzada, pantalón gris de paño y zapatos Ferragamo para ambos.

Nos paseamos por todas las tiendas de Santiago. Hasta le compré a la señora dos carteras de cuero de chancho en Romors, y cuando digo que les



compré era porque lo único que hacía Mr. Pew era firmar su tarjeta de crédito, sin entender realmente cuánto pagaba en dólares. Terminamos agotados como a las dos de la tarde, sin almorzar, comprando ropa interior y dos maletas.

Me pidieron que los dejara en el hotel porque necesitaban descansar, así que partimos para allá. En la puerta del hotel conseguí dos maleteros para ayudarlos con todo el equipaje, y le pedí a Mr. Pew que me entregara todas las boletas de las compras hechas para que ellos pudieran subir a descansar en su habitación mientras yo veía qué podía hacer respecto al seguro. Quedamos en encontrarnos en el hotel a las 10 a.m. del día siguiente para ir a Valparaíso.

En cuanto subieron a su pieza, yo fui directo hablar con el gerente del hotel. Para mi gran suerte, nos conocíamos perfectamente bien. Antes, él había trabajado en el hotel Cordillera (el actual Crowne Plaza), el que yo había decorado años atrás. Nos sentamos en su oficina, y me dijo que estaba al tanto de todo lo ocurrido, pero que el cuento de que las maletas se les habían perdido en el hotel era imposible. Yo le expliqué en detalle lo importante que era este gringo para mí, y le pedí que, por favor, hiciera algo.

Después de varias tazas de café y entendiendo bien mi situación y quién era Mr. Pew, me prometió que trataría de conseguir un “ok” para que el seguro se hiciera cargo del asunto. Nos despedimos con un abrazo en la puerta del hotel y partí.

Al día siguiente, a las diez en punto, con un día de sol precioso, estaban mis dos gringuitos vestidos a la pinta con sus dos flamante maletas esperándome llenos de sonrisas.

Ella se sentó atrás, mientras su marido se acomodaba adelante, diciéndome: “Fernando, i am very impressed”, mientras me explicaba que el día anterior, antes de la comida, había subido el gerente para contarles que gracias a mi gestión el seguro del hotel les entregaba, en un sobre en efectivo, la totalidad de lo gastado, que sumaba seis mil quinientos cuarenta y cinco dólares.

El gringo no cabía en sí de entusiasmo y me decía que nunca había tenido tanto cash en su billetera. Mientras me alababa, su señora, sentada detrás, me palmoteaba muy delicadamente el hombro en señal de agradecimiento.

Lo que podría haber terminado en un caos, terminó siendo hasta para mejor. Yo había llamado a mi amigo Terry, en la noche, para contarle la cagada

que había pasado. Él se tomó el cuento con mucha gracia y se reía contándome que Mr. & Mrs. Pew en Estados Unidos se vestían en JC Penny.

Como teníamos tiempo y el día de sol nos acompañaba, decidí llevarlos a almorzar al lado del mar, camino a Con Con. Un poco pasado Higuierillas encontramos un restorán con terraza, casi en las rocas mismas, hasta con pelicanos flotando a nuestro alrededor. Era uno de esos días exquisitos de fines de noviembre. Al poco rato, el sol estaba pegando firme y como no tenían toldo, el dueño del restorán nos ofreció chupallas y, además, nos sacó una foto mientras saboreábamos un caldillo de congrio que les había pedido junto con un jarro litrero de vino blanco con frutillas, que la gringa se lo chupeteó.

Para coronar, nos anduvimos retrasando un poco y en la entrada misma al puerto de Valparaíso, el acceso al muelle estaba con una cadena cruzada debido a la hora.

Al acercarse un carabinero a mi ventanilla, le expliqué que la señora sentada detrás mío era paralítica y que, obviamente, no podía caminar los doscientos metros hasta el buque. Él bajó la vista para ver a la gringa, la que lo saludaba moviendo su mano mientras le sonreía. Muy atento, el carabinero soltó la cadena y, finalmente, dejé a los gringos literalmente en su cabina, listos para emprender su viaje, mientras nos despedíamos como si fuéramos viejos amigos.

## SICOLOGÍA APLICADA

Los sábados en la mañana eran los días en que mi tienda de ese entonces se llenaba de gente. La mayoría era un desfiladero de parejas, que la recorrían como visitando una exposición. Estamos hablando de principios de los setenta, y la mía era la primera tienda de decoración que se abrió en Chile.

Yo venía llegando de vivir unos años en Estados Unidos, por lo que traía en mi memoria visual un montón de cosas que había visto en distintas tiendas y revistas de decoración. Más que modelos específicos de muebles, lo que yo traía en la cabeza eran soluciones en base a diferentes materiales y colores, o sencillamente combinaciones de materiales y estilos mezclados de manera atrevida.

Estados Unidos no tiene un estilo propio de diseño, como en el caso de algunos de los países nórdicos o Italia. En cambio, Estados Unidos, por su tamaño, es casi un continente, hay una enorme diversidad de maneras de vivir. Miami, San Francisco, Boston, Atlanta o Nueva York tienen climas muy distintos, hábitos de vida casi opuestos, formas de vestir particulares, variedad en los modos de diversión. Se trata de una combinación de razas, costumbres y hasta tipos de comidas distintas entre las diferentes áreas del país. Eso hace que la oferta de muebles, tapices, y materiales sea muy diversa para satisfacer a tan variado y amplio público.

Si yo no hubiera vivido allá, y mi experiencia visual solo se hubiera abastecido aquí en Chile, no habría podido inaugurar en esa época una tienda con muebles hechos en acrílico, o lacados en diversos y atrevidos colores, ni mucho menos mesas con bases cromadas y cubiertas de cristal.

Mi desafío en ese momento era mostrar cosas distintas a las habituales en Chile, pero intentando adaptarlas en algo a nuestra forma de vivir acá. Nuestro mundo visual de ese entonces era muy reducido y más bien conservador. En ese momento, el país vivía tiempos políticos complejos y el contacto con el resto del mundo era acotado. No había ni televisión.

Mi apuesta podría haber fracasado rotundamente, lo que pasa tantas veces cuando se introducen modas o formas de vida que afuera son exitosas y aquí fracasan porque el timing no calza. Por suerte no fue mi caso y el público lentamente empezó a ver mi propuesta como una alternativa complementaria a

nuestras formas de vida. Poco a poco, los visitantes de los sábados empezaron a venir también en la semana, y no solo a mirar, sino que pedían información y precios.

En esa época mi secretaria y yo atendíamos, y preferentemente era yo quien atendía las consultas. El público era mayoritariamente femenino. Yo creo que, para los hombres, en esos tiempos, acompañar a las mujeres a una tienda de decoración era como acompañarlas a la peluquería.

Me acuerdo de una de mis primeras experiencias atendiendo parejas. Estaba sentado en mi escritorio -que justamente era con patas cromadas y cubierta de cristal-. La pareja estaba viendo alternativas de muebles para elegir como regalo de matrimonio. Ella era mucho más entusiasta que él. Recorriendo opciones para el dormitorio, a cada insinuación que ella hacía sobre su gusto por muebles menos conservadores, él se oponía con un tono muy descalificador.

Como para descomprimir el ambiente, pasamos a ver posibles modelos de sofás para el living. El encontraba “raros” los modelos y cuando vimos posibles colores, ella se fascinaba mientras su futuro marido, con el ceño fruncido, ya ni opinaba. Al rato, nuestra entrevista terminó con un adiós formal de parte del novio y una mueca de desconsuelo de parte de la novia, que solo atinaba a darme las gracias.

Al poco tiempo, la frustrada novia pasó nuevamente por la tienda. Esta vez como una decepcionada mujer separada, la que escogió con total libertad el color del cubrecama que quería poner a la cama que tenía en casa de sus padres

Así, mi primera entrevista fue un fracaso, el machismo me jugó una mala pasada. Esa y muchas otras experiencias me fueron enseñando que mi trabajo, más allá de mostrar alternativas de muebles o soluciones relacionadas con decoración, debía ser de sicólogo y casi de asesor matrimonial en algunos casos.

Tengo la enorme suerte de que, cuarenta años después de ese aprendizaje, sigo trabajando y gozando con los mismos desafíos, aunque obviamente a escalas muy distintas. Pero me doy cuenta de que, en todos los casos, la experiencia va sumada a la psicología, que es mi aliada indispensable.

Son tantas las oportunidades en que la psicología, combinada con la empatía, me han ayudado a resolver situaciones complejas. Por ejemplo, cuando me ha tocado trabajar en proyectos grandes y viajar a NY. con clientes a

comprar muebles de esos que se buscan con pinzas para complementar algún proyecto.

A propósito de esto, me acuerdo de una anécdota en el anticuario Hyde Park, ubicado abajo en West Broadway. Se trataba de un local de dos pisos repletos de muebles del más alto nivel, donde el más económico costaba varios ceros en dólares. Fue justamente ahí donde descubrí un cabinet hecho en la India durante la colonia inglesa. Era una verdadera joya, de líneas muy puras, lacado negro opaco con marquetería blanca hecha de colmillo de elefante.

Yo estaba con mi cliente, un hombre muy buena onda y con quien ya éramos amigos, pero que no era un conocedor de muebles de este nivel y que no captaba realmente dónde estábamos metidos. A él le pareció que este mueble calzaba perfecto con otros muebles italianos de diseño contemporáneo que ya habíamos comprado.

Quien nos acompañaba durante el recorrido era Mr. Bernard, el dueño del local, quien, al ver nuestro interés en el mueble hizo una descripción muy detallada de su importancia y nos dio su precio. Por unos minutos se produjo un gran silencio, hasta que mi cliente le hizo una oferta un tanto agresiva. Mr. Bernard, un tanto ofuscado, pero muy elegantemente, le respondió: “Señor, este mueble no fue hecho para un público como usted. Yo creo que debe buscar la solución para su decoración en otro anticuario...” El silencio que se produjo en ese momento sí que fue largo y denso, por lo que antes de que se produjera algo complejo, mirando a mi cliente, le dije en castellano: “¿te parece que nos despedamos?” Nos despedimos muy amablemente de Mr. Bernard y nos fuimos.

Afuera de la tienda, mi cliente me dice. “¡puta! Me humilló este gringo...” “Es que te tiraste muy fuerte, tendrías que habértelo pololeado un poco al gringo antes. Y preguntarle si le podías hacer una contra oferta, pero ya cagaste...”, le contesté.

Mi cliente, que no era un pobretón, quedó picado porque el mueble le había quedado gustando y, entre risas, propuso ir a almorzar bien a Il Mulino, para ver qué hacíamos. En el restorán, mientras tomábamos un buen tinto y comíamos excelente, acordamos que yo iría donde Bernard al día siguiente y vería como arreglar el pastel.

Así fue. Usé toda mi empatía y sicología y hoy el mueble luce maravilloso en Santiago de Chile.

## LA RUEDA

Mi trabajo de ese momento era lo más latero y monótono que he hecho en la vida. Bueno, no estaba pensado para que me entretuviera, mal que mal era un castigo. Yo le había sacado y chocado el auto a mi viejo y, como castigo, él me consiguió una pega en Laboratorios Geka, en la calle Portugal, durante mis vacaciones de enero y febrero. El sueldo íntegro de los dos meses era para ayudar a pagar los gastos del choque.

En este trabajo tenía frente a mí un libro gigante de contabilidad, lleno de columnas con cifras, de esos que con la computación ya dejaron de existir. Al lado del libro, tenía una máquina calculadora que hoy solo debe haber en los museos. Era como un decodificador de mensajes, de esos que se ven en las películas de la

Segunda Guerra: una máquina metálica gigante, pesadísima, con una manilla que se operaba para atrás y para adelante dependiendo si había que sumar o restar. Era realmente una máquina infernal llena de perillas que se posicionaban sobre los números. Yo cotejaba las sumas que figuraban en la última línea de las columnas del libro con el resultado que me daba la máquina.

Esto lo hacía desde las nueve de la mañana hasta las doce treinta, cuando tocaba el timbre para almorzar, y después, desde las dos de la tarde hasta las seis y media, de lunes a viernes. Cuando llegaba trasnochado aprovechaba la hora de almuerzo, me iba a los baños del personal, me metía a un escusado, cerraba la puerta y dormía un rato.

En la primera línea del libro figuraban todos los productos, tanto de limpieza como de higiene personal. Me acuerdo de uno de los productos que lideraba las ventas: era el champú Pilotonic.

Los viernes yo rajaba en micro a un lugar cercano a la estación Mapocho para juntarme con mi amigo Juan Carlos, quien también venía saliendo de la pega. En esa época, se salía por ahí para tomar el camino a Viña. Yo tenía diez y nueve años en ese entonces. Hacíamos dedo a la hilera de autos que a esa hora enfilaban para la playa. En general nos demorábamos su poco para que nos llevaran porque la mayoría de los autos iban llenos. Hubo veces que nos tuvimos que separar y hacer dedo cada uno por su lado.

El punto de llegada era la clásica “Rueda”, un boliche bohemio por donde desfilaron grandes gozadores de la noche. El local quedaba en una calle paralela por donde pasaba el tren a Quilpué, cerca de Chorrillos. Para mí era el punto de partida obligado que marcaba el inicio del fin de semana.

El bar se empezaba a llenar tipo diez de la noche. La orquesta, que estaba en el altillo, comenzaba a tocar sus temas de cada viernes, que la verdad eran una mezcla de ritmos increíble, digna del mejor mezclador de música. La Rueda cerraba al amanecer, el ambiente era loquísimo, lleno de gente del más amplio espectro de la raza humana, mucho hombre solo y muchas chicas de mini con caderas acentuadas y pechos voluminosos.

Lleno hasta el tope, la gente ocupaba la barra, las mesas y hasta los pasillos de baldosas rojas bastante gastadas. En el medio había una tarima de madera pintada blanca como pista de baile, con la clásica bola de espejuelos, que giraba y brillaba con los rayos de luces rojas al ritmo del twist y el rock a un volumen ensordecedor. No faltaban las noches en que había una rosca tipo bar del oeste y los guardias intervenían, también a combos para aliviar las tensiones. Pero esto no afectaba mayormente el ambiente, aun en los momentos que se daba la competencia del baile.

Ir a la Rueda ya era mi costumbre de los viernes. Dejaba mi ropa de trabajo escondida y me ponía unos zapatos blancos, que guardaba ahí: ya a esas alturas era amigo de los mozos y de varios parroquianos habitúes de todos los fines de semana. Apenas anunciaban la competencia de baile por los parlantes, la Lucrecia dejaba plantado a quien fuera con quien estuviera conversando, se me acercaba y nos preparábamos para bailar. Ella siempre con la misma pinta, zapatos de taco bajo para el baile, pollera bien ajustada, blusa casi siempre blanca provocativamente abrochada, su pelo rubio oxigenado y una sonrisa contagiosa y gritona. Era genial.

Éramos la pareja oficial de la competencia. A estas alturas Don Julio, que debe haber sido el dueño, se paraba arriba de una silla con micrófono en mano entusiasmado al público para que participara en la competencia. Detallaba los tres primeros premios con un muy buen billete para los tres ganadores, los que eran escogidos por el “aplaudiómetro” del público, que chiflaba a todo pulmón, aplaudía y gritaba al final de la competencia señalando a los ganadores. La Lucre tenía su claqué propia que la seguía todos los fines de semana.

Ya sobre la tarima, nosotros y como diez parejas más éramos en general los competidores.

Para mí este era un momento crucial. Teníamos convenido que si ganábamos el premio lo repartíamos mitad y mitad. Esa mitad a mí me permitía tener plata para el fin de semana, era el único billete que recibía.

La competencia empezaba bailando relativamente normal. A medida que la gritadera iba en aumento, se entraba en un frenesí que combinaba todos los ritmos al mismo tiempo con muchas vueltas y hasta caídas al suelo. La cosa terminaba en una especie de baile callejero bastante extenuante, con acrobacias improvisadas en el momento, lo que enloquecía al público. La Lucrecia y yo teníamos un número clásico que dejábamos siempre para el final: la Lucre, quien ya a estas alturas estaba transpirada como caballo de carrera, con el pelo pegado a la cara y la blusa ya bastante desabrochada y empapada, se paraba en las manos y yo la sujetaba de las piernas, mientras la pollera se arrugaba en forma bastante sensual. Y así seguíamos bailando por un par de minutos hasta que terminábamos agotados, sentados en el suelo cagados de la risa.

En medio del público enardecido, Don Julio pedía bajar el volumen de la música y, parado en la silla nuevamente, esta vez con un pito en la boca como un empresario circense, empezaba a gritar el número asignado a todos los competidores. Con tanta alharaca, era muy difícil diferenciar entre el segundo y tercer puesto... hasta que llamaban nuestro número: entre la Lucre con su claqué y nuestra energía desbordante siempre nos ganábamos el primer premio: era el minuto en que la Lucre saltaba arriba mío, abrazándonos como cuando los futbolistas celebran un gol.

La noche continuaba por varias horas más, y nuestros tragos eran regalo de la casa. Finalmente, en forma discreta, Don Julio nos pasaba el fajo de billetes en su oficina. Con eso yo pagaba una pensión cerca de la plaza donde nos quedábamos con Juan Carlos y me sobraba bastante plata para el domingo e incluso unas monedas para la semana.

Los sábados, en general pasábamos el día en Reñaca con bastante caña después de una noche larga y celebrada. Muchas veces con una siestecita al sol. Mal que mal, el sábado, a veces, bailaba en una disco en Valparaíso más bien grande, con premios aun mejores que los de Don Julio, pero no bailaba con mi querida Lucre, lo que le quitaba la mitad del encanto. Aun así, este bailoteo del



sábado tenía la gracia de que a menudo aparecían unas señoritas para formar pareja que, aunque no ganáramos, más tarde en la noche igual premiábamos.

Me acuerdo de un sábado en que nos juntamos un lote grande de amigos para ver la puesta del sol en la playa y decidimos ir a la disco en Valpo. La idea era ir no muy tarde para alcanzar a dar una vuelta por los bares cerca del puerto.

Deben haber sido como las diez de la noche cuando partimos en dos autos. Estábamos en la avenida grande, más o menos al frente donde está actualmente el edificio del Congreso. De repente oímos un montón de sirenas y vimos una iglesia preciosa en llamas (después supe que era una de las iglesias más antiguas de Valparaíso). Paramos el auto y corrimos a la copucha. Toda la zona estaba acordonada. Se habían juntado montones de vecinos, algunas señoras se persignaban y lloraban. Era un espectáculo dantesco. Unos seminaristas que se alojaban al lado de la iglesia rescataban muebles y los dejaban ahí en la calle. No sé cómo o por qué yo pasé entre la gente, bajé el cordón y me metí también a sacar muebles. De repente, cuando estaba dentro de la iglesia, en medio del humo y con el techo ya en llamas, un cura se puso a gritar que había que salvar un cristo gigante que estaba cerca del altar mayor. Debe haber tenido fácil unos tres metros de alto. Algunas personas alumbraban con linternas a través del humo, los bomberos acarreaban una enorme escala de madera, mientras el cura y otras personas, entre ellas yo, sujetábamos al Cristo y otros soltaban la cruz, que estaba unida a un pilar gigante. Finalmente logramos soltarla y corrimos con la cruz y el Cristo hacia la calle.

Había en el ambiente una adrenalina gigante. Se había agolpado muchísima gente: periodistas, policías, las compañías de bomberos lanzando unos chorros gigantes de agua que nos empapaban al entrar y salir y un montón de curiosos.

Esto duró horas. Si bien el incendio logró apagarse, la iglesia resultó muy dañada. La confusión era gigante. Los curas emocionados nos agradecían a los disímiles personajes que estábamos ahí. Finalmente, salí y me junté con mis amigos, que también habían estado ordenando el despelote de muebles y santos que estaban en la calle.

Me acuerdo que después nos sentamos en el auto medios mojados, muy acelerados, todos hablábamos al mismo tiempo, y yo me sentía medio héroe.

Después de la experiencia anterior, ya no había mucha onda como para ir a una disco, ni menos para competir bailando: la noche había tomado un rumbo muy especial. Al final nos volvimos a Viña a la casa de uno de mis amigos que vivía allá y después de conversar repitiendo cien veces las mismas cosas del incendio se dio por terminada la noche.

Lo que yo no me imaginaba es que, a la semana siguiente, en la portada del *Ercilla*, un diario y magacín muy popular de la época, bajo el título “Cristo salvado de las llamas” había una foto gigante con todos los que habíamos trabajado descolgando la Cruz, y yo en primer plano con mis zapatos blancos. En la foto aparezco sosteniendo con la mano izquierda el cuerpo y con la otra sujetando la cruz, rodeado de varias otras personas y un bombero encaramado en la escala.

Aún guardo la tapa del diario. Mis viejos no podían creer lo que habían visto en el diario. Yo vivía con ellos en esa época, y cada vez que partía a Viña les contaba que había ido a la playa y el resto nada muy especial. Obviamente, omitía toda mi vida de bailarín en un boliche de mala muerte en compañía de la Lucrecia. Pero esa semana fui la estrella, el niño maravilla. Recién era la segunda semana de enero, aún faltaba casi todo el verano y muchos bailes más en La Rueda.

Así transcurrieron mis fines de semana, cada vez más bravos. Un día estaba en mi casa conversando con mi madre en la salita, cuando llegó mi viejo con el “*Ercilla*” doblado bajo el brazo y el semblante un tanto descompuesto. Abrió el diario sobre la mesa. Esta vez la portada traía el título “El bar La Rueda centro de drogas y prostitución”. La nota se acompañaba de varias fotos, por suerte ninguna de la competencia de baile, pero sí muchas donde aparecíamos mis personajes amigos y yo apoyados en la barra casi de espalda. Yo estaba bastante tapado por el resto de la gente, pero desgraciadamente reconocible y con mis zapatos blancos.

Esa portada no la tengo guardada, pero sí recuerdo a mi viejo con la voz bastante subida de tono diciéndome: “hasta cuándo Luis Fernando, cuándo va a usar el sentido común, cómo se le ocurre” ... y muchos otros epítetos en un tono cada vez más alterado. Cómo sería que mi vieja, en silencio, de repente se paró y se fue de la pieza.

A las pocas semanas Don Julio al parecer cayó preso y La Rueda cerró sus puertas dejando muchos recuerdos memorables en una generación de vividores.

## CROACIA

Recién estacionado el auto, nos fuimos caminando hacia donde se veía que estaba pronta a iniciarse una procesión. Todo pueblo estaba todo reunido frente a la iglesia. Una monja, de hábito hasta el suelo y cabeza cubierta, dejaba caer suavemente unas flores amarillas sobre los adoquines a pocos metros del borde de la bahía, por donde imaginé que pasarían los niños y adultos que conformaban la procesión.

Cuando uno anda de viaje los días son todos más o menos iguales, el calendario no corre. Por eso fue que, recién al ver la procesión, nos dimos cuenta de que era el día de Corpus CHRISTI.

Me fui acercando hacia donde empezaban a desfilar, niños y adultos. Iban detrás de quienes llevaban la imagen de Cristo y otras figuras, mientras entonaban cánticos religiosos. Subí a las escalinatas del pórtico de una casa para tener un mejor ángulo del desfile, el que duró un buen rato frente a nosotros.

Con mi señora Magdalena, a quien muy cariñosamente le digo Mae. Estábamos iniciando un viaje muy especial y emotivo para nosotros. Es que, al poco tiempo de conocernos, nos dimos cuenta de que nos unía algo potente, ambos éramos descendientes de croatas, ambos sabíamos el lugar exacto de donde provenían nuestros abuelos y bisabuelos. En mi caso, era la isla de Brac: más exactamente del pueblo de Pucisca, que era donde estábamos en ese momento. Un pueblo de casas de piedra, bordeando una pequeña bahía, con botecitos amarrados al borde costero, y al fondo una pequeña iglesia blanca coronada con un campanario diminuto que hacía repicar su campana. Realmente era un pueblo muy encantador.

Terminado el desfile, buscamos y encontramos nuestro hotel, que quedaba a pasos del lugar donde estábamos parados y de la iglesia. Tocamos una campanilla que colgaba de la puerta y nos recibió una joven que, por suerte, hablaba perfecto inglés, El croata es como chino, imposible de entender una sola palabra. Ya chequeados, decidimos dar una vuelta caminando por las pocas callecitas que conforman el pueblo.

Me acuerdo perfectamente caminando de la mano con la Mae, comentando que lo que acabábamos de presenciar era como una recepción de bienvenida a nuestros orígenes.

Yo sentía una emoción enorme. Imaginaba a mi abuelo a sus diez y seis años partiendo hacia el pueblo de Brac a esperar en el muelle para subirse al primer buque que lo llevaría, sin destino, a buscar una mejor vida.

Después volvimos a nuestro hotelito, que era una casa más de piedra. La habían reconstruido después de su destrucción durante la guerra de los Balcanes: esa atroz y violenta guerra que dejó heridas profundas en las ciudades y pueblos de la región, además de miles de muertos en forma totalmente evitable si el mundo no se hubiera hecho el loco con lo que ahí estaba sucediendo.

En el hotel éramos muy pocos huéspedes y su dueña se nos acercó para conocernos. De inmediato sentí una proximidad más que amable.

“Tú eres Moro”, me dijo, “¿Tú sabes que tu familia vivía en esa casa?” mostrándome el lugar a cuyas escalinatas me había subido para ver el desfile. Me dio una especie de carne de pollo al escuchar esto. “No creo”, le contesté, “Mi padre estuvo aquí hace años y le sacó una foto a la puerta de la casa de su padre, la que era muy chica y tenía una inscripción con el nombre familiar...”. “Antes que se oscurezca vamos a ver. Por detrás había una inscripción, dijo Ruzica, la amorosa dueña”. Y así fue: sobre la puerta había una piedra cruzada que decía “edificio Moro” y en números romanos estaba grabada la fecha 1545. Le saqué miles de fotos.

Casi oscureciendo, caminamos de vuelta al hotel, donde nos sentamos en la parte de atrás, bajo una enorme higuera, a conversar sobre la historia de este pueblo. Ruzica estaba muy entusiasmada con nuestra visita y más aun sabiendo que ambos veníamos de lo que hoy es Croacia.

Me contó que cuando supo que había un Moro chileno que tenía reservas, llamó a su abuela, que vivía en Split para contarle. La abuela se había emocionado recordando cómo sus hijos jugaban con los Moros frente a la casa y que había sufrido mucho cuando habían quemado la casa y su biblioteca durante la famosa guerra de los Balcanes. Después de una larga restauración, hoy la ex casa de los Moros es la alcaldía del pueblo.

A partir del 1400, Dalmacia pasó a ser parte de la República de Venecia, hasta mediados del 1800. Por eso, muchos comerciantes venecianos se acercaron en estas costas, entre ellos la familia Moro.

Finalmente, comimos acompañados por Ruzica durante más de una hora, de quien ya éramos íntimos amigos. Comimos muy rico, y con varias copas de un espumante local. Aprendimos muchos pequeños detalles de la vida e historia de ese pueblo y acordamos que, a la mañana siguiente, iríamos a la salida de misa a pedirle al cura párroco que nos mostrara el acta de nacimiento de mi abuelo.

¡Qué día y qué noche más imborrable! Con la Mae, no parábamos de mirarnos con emoción profunda y felices imaginando todo lo que se nos venía por delante. En unos días más, después de recorrer la isla, cruzaríamos de vuelta al continente para buscar el pueblo de Sfinisce, que es de donde vienen los Brzovic, sus antepasados.

Nuestra habitación en el hotel miraba justo a la iglesia y a la bahía. Ese Domingo me desperté con la campana de la iglesia anunciando la misa. Si bien no soy muy de misas, ese día sentí muchas ganas de ir. Me duché rápido, bajé y me instalé en una de las primeras filas. Miraba a mi alrededor, observaba con detención las caras de quienes me rodeaban y los detalles del interior de esta iglesia. La misa fue muy solemne. Yo trataba de imaginar si mi abuelo habría conocido esta iglesia, y miraba al cura, pensando que él no tenía idea que en un rato más íbamos a estar hurgueteando juntos en el pasado de mi familia.

Así fue. En menos de una hora, Ruzica, la Mae, el cura y yo figurábamos en la sacristía revisando un libro grueso y gigante abierto sobre una mesa. Ruzica le explicaba al cura la razón de estar ahí y le daba nombres y fechas aproximadas para encontrar lo que buscábamos.

A los pocos minutos, el libro abierto mostraba la fecha de bautizo de mi abuelo. Todo era muy especial. Hasta el cura estaba emocionado. Yo le sacaba fotos al libro y a la ocasión. El cura preguntó si queríamos ver si encontrábamos el certificado de mi bisabuelo, a lo que obviamente dijimos que sí. De nuevo, como por arte de magia, apareció el documento. Ruzica fue la primera en leerlo y con una cara de impresión gigante y riéndose me dijo: “¡Tu bisabuelo estaba casado con la hermana de mi bisabuela!”.

Fue una experiencia inolvidable. Nuevamente fotografiamos el documento y a la salida nos tomamos una foto todos juntos, muy emocionados, especialmente mi nueva pariente y yo.

El cura era una especie de reliquia viviente. Bastante viejo, pero muy lúcido, nos explicó que él había nacido en esa aldea y que por esos años era muy pequeña, y no le sorprendía tanto lo que habíamos descubierto: el pueblo era una comunidad casi familiar.

Eran unos días de sol preciosos y nos quedamos varios días más recorriendo la isla, hasta que cerramos la hoja de este capítulo y, después de muchos abrazos y besos, nos despedimos de Ruzica y enfilamos hacia el ferry que nos llevaría de vuelta al continente.

Para nosotros dos, obviamente, más allá de encontrar nuestras raíces, eran unos días como de luna de miel, aunque en ese entonces éramos solo pololos viviendo unas vacaciones increíbles, recorriendo los vericuetos de esta tierra llena de pequeñas lomas de olivos, acantilados y playas preciosas de aguas transparentes.

Ya en Split buscamos un hotel para, al día siguiente, partir en búsqueda del pueblo de Svinisce, del que solo sabíamos que no era fácil encontrarlo.

Partimos después de tomar un rico desayuno. En el mapa casi no aparecía el sitio que buscábamos. Nos perdimos varias veces. Cuando parábamos preguntando por el pueblo, escrito por mí en un papel, solo nos miraban levantando los hombros, en demostración de que no tenían idea ni siquiera de lo que estábamos preguntando....El mapa nos mostraba un camino minúsculo que cruzaba un pequeño pueblo. Ahí encontramos un señor que hablaba algo de inglés: solo tomó el papel, reescribió en croata el nombre de nuestro destino y nos dio a entender que faltaba mucho por recorrer. Seguimos adelante y, después de un buen rato, me bajé del auto a preguntarle por el pueblo a un grupo de mujeres. Al ver el nombre escrito en el papel, una se agarró la cabeza a dos manos pronunciando el nombre en voz alta. Todas se largaron a reír y nos hacían señas hacia la izquierda y después vueltas y vueltas hacia arriba.

Yo me sentía como un imbécil, mostrando un papel en la Gran Avenida y preguntando por el camino a Mendoza...Al cabo de un rato, empezamos a subir por un camino donde ya no había más pueblos, solo bosques y gente de

edad. Nos dimos cuenta de que los jóvenes habían emigrado hacia la civilización.

Estas son las cosas que uno hace cuando está muy enamorado. No solamente seguir buscando, sino que, además, cagados de la risa.

De repente le preguntamos a un viejo solitario en el camino, el que sin dudarlo, abrió la puerta trasera y se subió al auto. Sin parar de conversar en Crota, muy formalmente nos dio a entender su nombre. Mientras nos daba la mano, una mano envejecida y con las huellas de una vida dura, no hubo forma de transmitirle que no le entendíamos ni una palabra. Él, un viejo solitario y cansado, estaba feliz compartiendo subido al auto. Después de muchas curvas y sin parar de conversar, nos pidió que nos detuviéramos en una bifurcación del camino, indicándonos que debíamos seguir derecho. Sin hueveo, era como estar a mitad de camino a la Parva. Después de muchos viejos más, a los cuales le mostrábamos el papel, y habiendo serpenteado entre medio de bosques, por este camino casi abandonado, finalmente encontramos un letrero oxidado y medio ladeado que decía el nombre del pueblo que alguna vez existió.

Solo quedaba una iglesita envejecida y clausurada a machote, además del cementerio, el que recorrimos entre las cruces y lápidas de piedra, casi siempre con fotos de los difuntos en color sepia, enmarcadas en marcos redondos. Junto a las fotos figuraban los nombres de los fallecidos, con sus fechas de nacimiento y muerte.

Ahí, entre las varias familias, estaban los de apellido Brzovic, y para mi sorpresa, también había algunas con el apellido Tafra, que yo conocía en Chile, inclusive un Tafra compañero mío en el Grange, que vivía en Punta Arenas. Fueron minutos de recogimiento y a la vez de triunfo. Habíamos cumplido con nuestra aventura de reencontrarnos con nuestras raíces.

Cuando iniciamos el camino de vuelta al plano y a la civilización, comentábamos la admiración por estos valientes y corajudos parientes. Especialmente este último, que debe haber bajado caminando solo, por horas y días hasta llegar al puerto más cercano, para buscar nuevos y mejores mundos.

Hace un siglo y medio, dos jóvenes que aún no cumplían diez y ocho años abandonaron sus familias y su casa en lo que en ese momento era parte del Imperio Austro Húngaro, para buscar un mundo mejor.



Después de haber navegado más de tres meses con frío y hambre, en 1867 el joven Luis Moro desembarcó en el puerto de Iquique. Unos años después se casó, tuvo un hijo, y posteriormente se internó en la pampa, trabajando de sol a sol en el salitre, con todos los altibajos que vivió esta industria minera.

Años más tarde, el joven Mateo Brzovic, en 1899, desembarcó en Punta Arenas. Con el tiempo él también se casó y formó lo que fue la exitosa hacienda ganadera Ototel Aike, en Porvenir. Tuvo 18 hijos, dentro de los cuales uno sembró la semilla desde donde viene quien hoy es mi señora.

El mundo es enorme y a la vez pequeño. Tanto sus formas como quienes lo habitamos y nos movemos es curiosa. Nuestros destinos están sellados. Lo que creemos que es azar no lo es. Nuestros guiones están escritos desde el momento que nacemos hasta que nos vamos de aquí, no está en nuestras capacidades cambiarlo. Nunca podremos morir en una fecha distinta a la que está marcada, tampoco podremos eludir nuestros amores, nuestras diferencias de edades, nuestras variadas miradas de la vida, nuestros talentos y diferencias. Todas son anécdotas dentro de un guión que nada ni nadie podrá quitarnos el placer maravilloso de recorrerlo.

Solo está en nosotros la capacidad de cuidarlo y gozarlo.

## POST VIRUS

Hoy, este virus feroz que nos ha atacado en forma despiadada nos obliga a reflexionar sobre cuáles son los verdaderos valores en cada uno de nosotros y dónde deberíamos poner nuestras energías una vez terminado el confinamiento.

En mi caso, he vivido cosas que no experimentadas antes. Para empezar, he tenido que asumir el uso del famoso zoom, que a mí me incomoda mucho, no por razones técnicas, sino porque me produce una sensación extraña: me imagino los diálogos entre los que están libres y los que están presos hablando a través de un vidrio, teléfono en mano. Estoy consciente de que, para muchos, el zoom no solo ha sido una gran herramienta para salir del paso ahora, sino que se dieron cuenta de que trabajar así les trae grandes ventajas, como ahorro de tiempo trasladándose por horas dentro de la ciudad y muchas otras cosas buenas. Por eso, creo que cuando nos liberen seguirán trabajando desde sus casas, al menos parte de su tiempo.

Qué duda cabe de que el mundo post pandemia será otro. No solo nosotros, acá en Chile, vamos a cambiar muchos hábitos, por decirlo de alguna manera, sino que será más general.

En estos meses hicimos un magíster de vida, el mundo hizo un doctorado de vida. No seremos nosotros solos los que decidamos ciertas formas de vivir: el mundo nos obligará hacerlo. Viviremos más dentro de nuestras casas, las relaciones humanas que hacíamos en restaurantes, gimnasios, teatros o lo que sea, serán limitadas.

Rediseñaremos gran parte de nuestro antiguo habitar. Imagino que nuestras vidas tenderán a virar hacia lo esencial, a lo simple. El maquillaje externo lo revisaremos, botaremos o dejaremos de lado. Creo que la tendencia mundial cambiará radicalmente. Las ciudades modificarán sus diseños, harán que la vida sea más eficiente y segura, nuestras casas sufrirán cambios, las prioridades serán otras.

No sé por qué, pero me imagino que las áreas públicas como “los distritos del lujo” van a cambiar radicalmente: vamos a darle una nueva interpretación a lo que consideramos un lujo en nuestras vidas.

Hace algunos años, siendo entrevistado, dije que mucha gente tenía más plata en su garaje que en el resto de la casa, queriendo graficar que para muchos

la exhibición “para afuera” era más importante que el modo de vivir “para adentro”. Ahora siento que el valor de la aprobación del mundo exterior va a tender a perder importancia y que nuestra vida íntima, nuestras relaciones humanas, van a virar hacia una valorización más honesta y profunda.

Vamos a querer más al vulnerable que al canchero, vamos a gozar más con lo simple que con lo superfluo, las ambientaciones de nuestras casas van a ser más para nosotros que para nuestros invitados. Una vez más, las experiencias vividas nos llevan a adaptar nuestros hábitos.

Estos meses, en que he vivido sin poder salir, como un león encerrado en mi propio habitar, me llevaron a reflexionar sobre las cosas de las que realmente quiero rodearme en mi día a día. Me di cuenta de que había objetos, obras de arte y muebles que no eran indispensables para mi vida. Más allá inclusive: me percaté de que hay cosas que he arrastrado de etapas anteriores y están aquí solo por inercia. Revisé con calma cómo es mi vida cotidiana, a quiénes veo, cómo comparto mi vida con quienes me rodeo, y más importante aún, cómo vivo realmente, qué me emociona en mi habitar diario y qué me sobra.

Lo primero que hice fue un inventario mental de las cosas que me aportan felicidad, las que me emocionan, las que me regalan algo rico. Sólo tiene sentido rodearme de las cosas por las que siento algún tipo de afecto, puede ser el destapador de vinos que en algún momento alguien que quiero me regaló, o dejar que en alguna parte se vea esa foto que me trae ricos recuerdos.

Reconozco que, para mí, lo meramente práctico no es tan importante, no le doy prioridad a eso: no tengo camisas de esas que no se arrugan y sí guardo esas camisas bien gastadas a las que les tengo cariño.

Me voy a deshacer de todo lo que no me aporte un estado emocional rico. Lo voy a vender o regalar, y me quedaré solo con lo que haga falta para despertarme y acostarme feliz.

En mi trabajo, estas experiencias vividas obviamente me llevarán también a compartir lo experimentado. Esta reflexión tiene consecuencias en mi trabajo. Mi honestidad profesional me obliga, al menos, a comentar algo de todo esto que siento sobre esta nueva forma de habitar nuestras casas.

Muchas veces he pensado ¿qué soy yo profesionalmente? Digo que soy decorador, aunque no me interpreta realmente. Diseñador tampoco me calza y

no cubre lo que hago. Yo creo que, en realidad, soy un acompañante profesional en el desafío de cómo gozar la vida en nuestras casas.